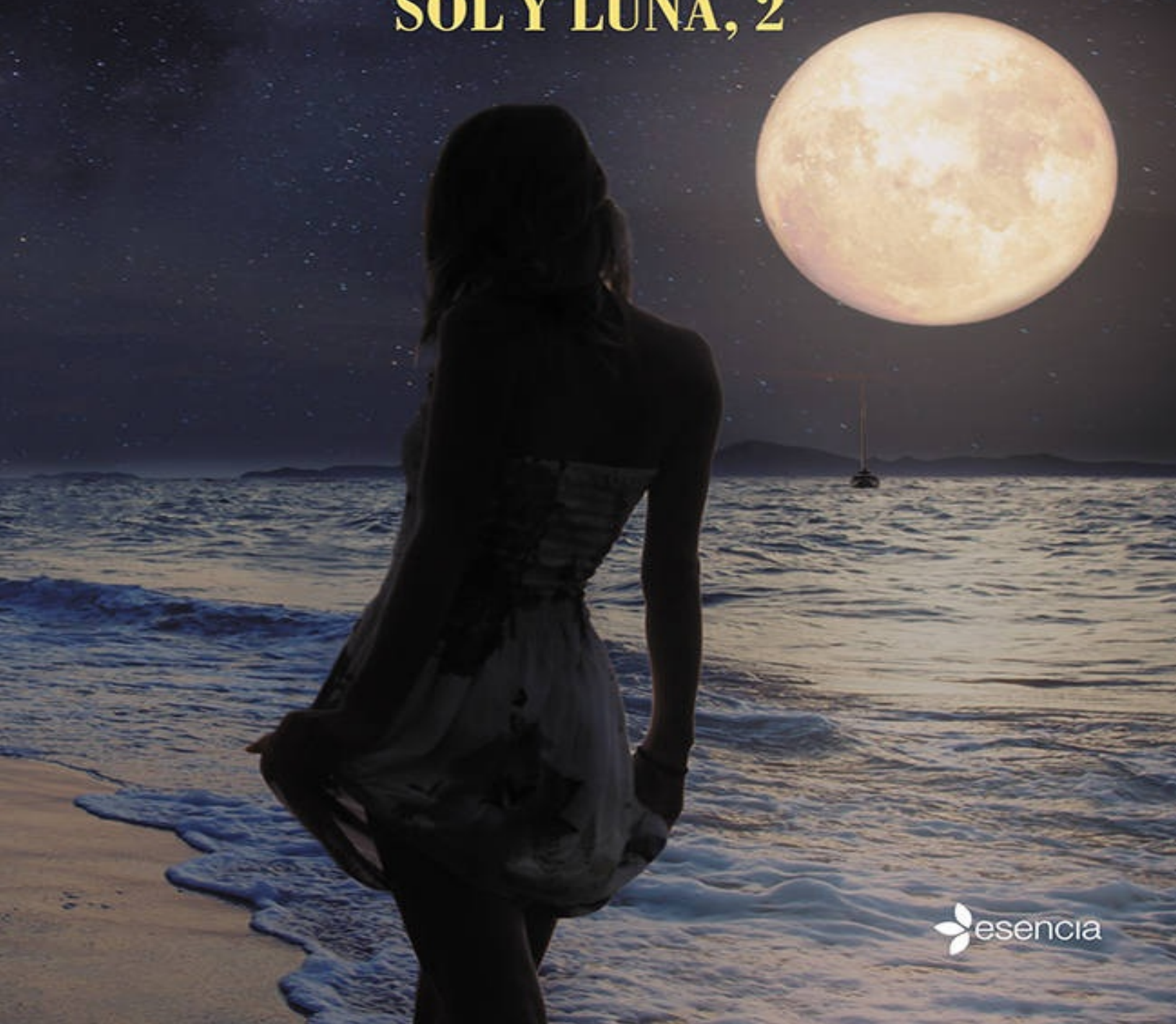


Isabel Keats

ESCRITO EN LAS ESTRELLAS

SOL Y LUNA, 2



Índice

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Agradecimientos

¡Gracias!

Sobre la autora

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Capítulo 1

Costa de Cádiz

El mar estaba cada vez más encrespado y Kors Van Dijken notaba que empezaban a fallarle las fuerzas, pero como siempre lo había acusado su padre con desprecio, era más terco que una mula y no estaba dispuesto a rendirse. Jadeante, se apartó un mechón de pelo empapado que le dificultaba la visión y siguió nadando sin soltar su preciosa carga.

Aún le costaba creer que acabara de ser testigo de un intento de asesinato en el interior de una cueva excavada por el mar en mitad de un acantilado. La mujer inconsciente a la que trataba de mantener a flote debía de haber nacido con los astros alineados de un modo muy favorable, puesto que sólo una inmensa cantidad de buena suerte explicaba que, justo hoy, él hubiera decidido ir a pescar a ese preciso lugar, en ese preciso momento.

Avistó la embarcación detrás de una ola gigantesca, cuya cresta de espuma lo golpeó en pleno rostro y le hizo perder la máscara de buceo y tragar grandes cantidades de agua salada. Sin dejar de toser, enfiló hacia el barco echando mano de sus últimas energías. Después de unos minutos interminables, consiguió agarrarse a la barandilla de acero de la escalerilla y, con un esfuerzo titánico, logró alzar el torso de la mujer, que seguía inconsciente, hasta el primer escalón.

—¡Balu! ¡Balu! —Trató de hacerse oír por encima del estruendo del mar y del viento.

Por fortuna, el chico, preocupado por su tardanza, llevaba casi una hora escrutando las aguas turbulentas que sacudían el catamarán con violencia creciente y, al oír su nombre, su rostro oscuro, en el que podía leerse un profundo alivio, se asomó de inmediato por la popa.

—¡Ayúdame a subirla a bordo!

Subir a bordo un cuerpo inerte con la sola ayuda de un niño de diez años mientras el barco se balanceaba sin control no fue tarea fácil y, cuando por fin depositó a la empapada mujer sobre una toalla que el chico se había apresurado a extender encima de su propia cama, Kors se derrumbó en el suelo del camarote durante unos segundos, casi sin resuello.

—Balu, cierra todas las escotillas y ve soltando el ancla. ¡Y encierra al perro en un camarote!

Mientras Balu salía disparado a cumplir sus órdenes, Kors se apresuró a despojar a la mujer de la ropa empapada antes de que cogiera una pulmonía. Sin miramientos, fue arrojando al suelo las prendas mojadas a medida que se las quitaba. Cuando terminó, envolvió los cabellos chorreantes con otra toalla y la tapó con la sábana. Luego buscó en el armario diminuto hasta dar con una gruesa manta de lana; la arrojó con ella y remitió bien los extremos para que la mujer no saliera despedida.

El barco cabeceaba cada vez más y, con una maldición, se apresuró a subir a cubierta. Por fortuna, el pequeño había conseguido recoger el ancla sin ayuda, así que Kors se sentó frente al timón y puso rumbo al puerto de Barbate, que era el que le quedaba más cerca, confiando en alcanzarlo antes de que la tempestad estallase con toda su furia.

Por la mañana, como hacía cada día, había estudiado el pronóstico del tiempo con atención. Su idea había sido refugiarse en un puerto seguro mucho antes de que las cosas empezaran a ponerse feas. Sin embargo, todo aquel asunto del rescate de la mujer que en ese momento estaba tumbada sobre su cama, más muerta que viva, había desbaratado sus planes por completo, y se dijo que tendrían suerte si lograban esquivar la tormenta, que, a juzgar por las amenazadoras nubes cada vez más negras y las intensas rachas del viento, prometía ser de las fuertes.

Encendió el *winche* eléctrico, cazó casi la totalidad de la vela mayor y dejó la génova lo más aplanada posible. Con el timón apretado con fuerza entre las manos morenas, corrigió el rumbo según las indicaciones que marcaba el GPS.

—¡Balu, ve a mi camarote y cuida de la chica, no quiero que se caiga de la cama!

El niño frunció el ceño. Le habría gustado negarse, decirle que prefería mil veces quedarse arriba con él y demostrarle que se había convertido en un buen marinero, pero ya conocía lo suficiente al *sahib* Kors para saber que sería inútil protestar, así que, de mala gana, obedeció y bajó al camarote.

La mujer no se había movido ni un centímetro. La tensión de la sábana y la manta, bien remetidas, la mantenía sobre la cama, a pesar de los bruscos bandazos que daba la nave. Balu se le acercó con precaución, sus pies descalzos no hacían el menor ruido al pisar el suelo; muy despacio, se inclinó sobre la figura inmóvil con curiosidad y retrocedió a toda prisa con un grito ahogado.

El rostro lleno de contusiones de aquella extraña criatura que el *sahib* Kors había rescatado de las profundidades marinas estaba tan pálido que, al instante, le vino a la cabeza el día que su propia madre, muy enferma y mal alimentada, había muerto en mitad de una populosa calle de Calcuta ante la indiferencia total de los viandantes que acudían presurosos a realizar sus quehaceres diarios, esquivando con habilidad el cadáver y al niño pequeño que lloraba desconsolado, aferrado a su sari.

Dirigiendo hacia sí mismo los insultos más brutales que conocía, Balu se obligó a controlar su temor y se acercó de nuevo a la cama. Temblando, se arrodilló junto a ella y clavó los ojos en la manta durante un buen rato, hasta que pudo distinguir el movimiento, casi imperceptible, con el que subía y bajaba al compás de la respiración de la mujer.

Al menos, aquella *nagini* no estaba muerta, se dijo aliviado. Con precaución, se acercó un poco más. Llevaba grabados en la memoria los cuentos que le contaba el anciano mendigo con el que había vivido después de morir su madre, antes de que éste lo vendiera al que se convirtió en su siguiente amo a cambio de un puñado de rupias. El viejo, con esa forma sobrecogedora que tenía de contar las historias—que siempre lograba que se estremeciera de espanto—, le había advertido que los *nagás*, aunque aparenten dormir, nunca están del todo inconscientes. A lo mejor aquella criatura estaba esperando que se confiara para utilizar su magia contra él, antes de morderle e inyectarle su veneno, que, como era bien sabido, resultaba mortal.

Fascinado y aterrorizado a un tiempo, se preguntó si esa *nagini*, al igual que sus hermanas, tendría una cola de serpiente de mar como decían las leyendas. Entonces su curiosidad triunfó una vez más sobre el temor que sentía. Con mucho cuidado, apartó las sábanas para poder ver las escamas de color verde brillante, y, de nuevo, un pequeño grito de horror escapó de su garganta. Aunque de piel mucho más blanca que la suya, las piernas de aquella *nagini* eran normales y corrientes; sin embargo, la sábana en la que yacía estaba empapada de sangre.

Sin perder un segundo, Balu salió del camarote y corrió a cubierta.

—¡*Sahib* Kors, *sahib* Kors!

—¿Qué demonios ocurre ahora? —preguntó el aludido con impaciencia, al tiempo que restaba cinco grados a babor para mantener el rumbo.

—La *nagini*... —Balu se detuvo jadeante.

El *sahib* volvió los penetrantes ojos castaños hacia él y el chico tragó saliva antes de continuar.

—¡La *nagini* está herida, *sahib* Kors! ¡Hay mucha sangre!

Kors soltó una ristra de coloridas maldiciones y obscenidades en holandés mientras comprobaba que el rumbo era el correcto, antes de conectar el piloto automático.

—¡Ven aquí, Balu! ¿Ves esta aguja? —El niño asintió con la cabeza—. Mírala con mucha atención; si pasa de estas dos rayas, vienes corriendo a avisarme. Si ves otro barco, me avisas también, ¿entendido?

—¡Sí, *sahib*!

Kors era consciente de que dejar a un niño de diez años al mando de una embarcación en mitad del océano durante un temporal de aquellas características no era la decisión más prudente del mundo, pero cuando venían mal dadas no había más remedio que establecer prioridades. Sin dejar de maldecir, bajó a toda prisa a su camarote, se acercó a la cama y apartó las sábanas de un tirón.

—¡Por las gónadas del gran Drake, al que confío tengas en Tu gloria! —exclamó estremecido.

Kors Van Dijken tenía la mala costumbre de dirigirse a Dios —uno que, por cierto, se parecía sospechosamente a su padre— como si ambos estuvieran inmersos en una discusión interminable.

Qué demonios iba a hacer ahora, se preguntó mientras examinaba el cuerpo de la mujer en busca de la herida de la que manaba aquella ingente cantidad de sangre. Sin embargo, a pesar de que le dio la vuelta, no encontró en su piel nada más que unos cuantos arañazos leves. Desconcertado por completo, contempló la figura que yacía en su cama desangrándose y, de pronto, el camarote retumbó con la nueva sarta de maldiciones que salieron de su boca. ¡Aquella mujer estaba sufriendo un aborto!

Miró a su alrededor semienloquecido, tratando de encontrar un remedio para detener aquel desastre, pero lo único que se le ocurrió fue quitarle la toalla del pelo, doblarla y apretarla entre sus piernas en un intento desesperado por detener la hemorragia. A los pocos minutos, también la toalla estaba empapada de sangre, así que repitió la operación con la sábana que acababa de hacer a un lado. Cuando apartó la sábana ensangrentada, observó una masa grisácea llena de coágulos y comprendió que debía de ser el tejido embrionario. No sabía mucho de partos, de fetos ni de placentas, pero era consciente de que, si el cuerpo femenino no expulsaba aquellos desechos, podría producirse una grave infección.

Por suerte, la hemorragia parecía haberse detenido; lleno de alivio, comprobó que ya sólo fluía un pequeño hilo de sangre. Colocó la última toalla que quedaba limpia entre sus piernas y, con infinito cuidado, la tomó en brazos y la dejó sobre la manta que había caído al suelo. Quitó la sábana ensangrentada y, aunque el colchón estaba manchado también, volvió a hacer la cama con una de repuesto que sacó del armario en el que guardaba la ropa blanca. Apenas había terminado de remeter los extremos de la manta para que la mujer quedara bien sujeta cuando, de pronto, el catamarán sufrió una fuerte sacudida acompañada de un ruido ensordecedor. Kors salió despedido y se golpeó contra una de las paredes del camarote.

—¡¿Qué demo...?!

Ni siquiera se molestó en terminar la frase antes de echar a correr escaleras arriba.

—¡Lo siento, *sahib*! —El niño estaba a punto de llorar—. ¡He intentado no chocar, pero lo he visto demasiado tarde!

Kors se asomó por la popa y, a la luz trémula de aquella mañana tormentosa, distinguió apenas la punta oscura de un enorme contenedor que flotaba a la deriva en el mar embravecido. No era extraño que alguno de los miles de cargueros que recorrían los océanos, trayendo y llevando mercancías de una punta a otra del planeta, perdieran unos cuantos contenedores durante una tempestad, y aquellos artefactos metálicos de aguzadas esquinas que resultaban casi invisibles entre las olas se convertían a menudo en trampas mortales para otras embarcaciones.

—¡*Sahib!* ¡*Sahib!* —La aguda voz infantil atravesó el fragor de las olas y el viento, y lo hizo reaccionar de inmediato—. ¡La aguja! ¡Se ha vuelto loca!

El holandés se abalanzó sobre el panel y desconectó el piloto automático. Tomó la rueda del timón entre sus manos para tratar de enderezar el rumbo, pero fue inútil; la embarcación no respondía. Al intentar esquivarlo, el contenedor semihundido debía de haber rozado el timón y lo más seguro era que hubiera roto las dos palas y, probablemente, también las hélices del motor.

—¡No me...!

La situación no podía ser más catastrófica, pero, a esas alturas, Kors Van Dijken ya había agotado su abundante repertorio de tacos y blasfemias. De un salto, se introdujo en la cabina, encendió la radio y conectó el canal 16.

—¡*Mayday!* ¡*Mayday!* ¡*Mayday!* Aquí *Sea Bitch*, ¿me recibe? Cambio.

Se oyó un ruido estático, seguido de una voz metálica:

—*Sea Bitch, Sea Bitch, Sea Bitch*, aquí salvamento marítimo, copiado canal 27.

—Aquí *Sea Bitch*, acabo de chocar contra un contenedor medio sumergido. Timón y motor inutilizados, estamos sin gobierno.

—Díganos su posición, *Sea Bitch*.

—35 grados, 55 minutos norte, 5 grados, 56 minutos oeste. A unas quince millas de Barbate rumbo 180.

De nuevo se oyó el desagradable ruido estático antes de la decepcionante respuesta:

—*Sea Bitch*, en estos momentos todos nuestros efectivos están ocupados con un carguero de trescientas mil toneladas afectado por una vía de agua en mitad del Estrecho. ¿Cree que puede llegar a puerto por sus propios medios?

«Jodido —se dijo el holandés—, más que jodido»; sin embargo, se encogió de hombros con fatalismo.

—Haré lo que pueda.

—Manténganos informados, *Sea Bitch*, cambio y corto.

Con el emisor todavía en la mano, Kors se quedó mirando la radio, ahora muda, hasta que un violento bandazo lo sacó de su abstracción. No había tiempo que perder.

—Esto va a ser un festival —dijo entre dientes.

Rebuscó frenético en el interior de un arcón oculto bajo los asientos del pequeño salón, sacó dos chalecos salvavidas y le lanzó uno de ellos al niño.

—¡Balu, ponte esto y engánchate a la línea de vida!

El pequeño obedeció en el acto.

—¡Prepárate, Balu, haz todo lo que te diga! —A pesar de sus gritos, la voz del holandés apenas se oía por encima del estruendo.

Kors era un lobo de mar experimentado y sabía de sobra que lo mejor sería tratar de ganar fondo; acercar el barco a tierra en aquellas condiciones técnicas y climáticas sería una maniobra suicida. Decidió que lo mejor sería correr el temporal, una maniobra que venían realizando los barcos en circunstancias similares desde hacía siglos. De esa manera, aunque les haría estar más expuestos a sus efectos, navegarían con la tempestad por la popa, es decir, dejándose arrastrar por ésta, y centrando el protagonismo sobre la góndola, en la proa, para conseguir mayor estabilidad.

Escudriñó el horizonte con atención y juzgó que quedaban suficientes aguas libres a sotavento, así que se concentró en dar con el equilibrio adecuado entre el trapeo de las dos velas. Consultó el Tridata una vez más; la velocidad del viento era de ocho nudos en la escala de Beaufort. Con un viento tan duro, determinó que sería conveniente utilizar algún tipo de estacha que pusiera la popa a las olas.

En cuanto comprobó que el niño se había colocado el arnés y que había enganchado éste al cabo de seguridad que le impediría caer por la borda, ladró una nueva orden:

—¡Balu, ata los cubos que usamos para pescar a esos dos cabos! ¡Hazlo con uno de los nudos que te enseñé!

El muchacho obedeció con diligencia y no tardó mucho en tener las asas de ambos baldes amarradas al extremo de cada una de las cuerdas.

—¡Tíralos por la borda, a popa!

Balu echó el brazo hacia atrás y lanzó primero un cubo y luego el otro con todas sus fuerzas a las aguas revueltas del color del plomo. Enseguida, las dos estachas empezaron a ofrecer resistencia, reduciendo así la velocidad de la embarcación. Con un profundo sentimiento de alivio, Kors comprendió que el invento aguantaría, al menos por el momento.

—¡Ahora quiero que vuelvas abajo!

—¡Pero, *sahib*...! —Balu no quería dejar al *sahib* solo, saltaba a la vista que la cosa se estaba poniendo cada vez más fea.

—¡Haz lo que te digo! —bramó Kors, ajustando de nuevo la góndola—. ¡Quiero que le des de beber a la mujer! ¡Es muy importante! ¡Apáñatelas como quieras, pero cuando vaya a echar un vistazo espero que se haya bebido al menos un vaso entero del caldo que compramos! ¡¿Lo has entendido?!

El chico asintió con la cabeza y, sin más protestas, desapareció en el interior del barco. En ese momento empezó a caer un diluvio de proporciones bíblicas, y el holandés, que apenas distinguía el contorno de su mano si se la ponía frente a los ojos, acabó calado hasta los huesos en menos de un minuto.

Las olas batían la popa sin cesar y, en un momento dado, un violento golpe de mar penetró por la bañera hasta el interior de la nave. El agua lo empapó todo y el sistema eléctrico de la embarcación se apagó de golpe.

Kors alzó el puño hacia el cielo y gritó furioso:

—¡¿Qué va a ser lo próximo?! ¡¿Una ballena azul en el puto medio?!

A modo de respuesta, un potente rayo cayó a pocos metros de la proa, ramificándose en todas las direcciones, y lo obligó a entornar los párpados deslumbrado.

—¡Era broma, Tronco! ¡Hay que ver qué poco sentido del humor tienes!

Se apartó un mechón empapado del rostro y siguió concentrado en la tarea, casi sobrehumana en aquellas condiciones, de lograr un buen equilibrio con el aparejo para mantener el barco más o menos parado mientras trataba de cortar las olas sin chocar contra ellas, a pesar de la escasa visibilidad y de tener las manos entumecidas por el frío.

Las horas se sucedían con lentitud pavorosa y cayó la noche, pero el holandés no bajó la guardia ni un minuto, atento a esquivar a toda costa las olas de través mientras rogaba en silencio para que la bañera, la parte más vulnerable del catamarán, siguiera resistiendo el embate continuo del oleaje.

—¡Toma, *sahib*!

La voz infantil lo sobresaltó. Volvió la cabeza con rapidez y descubrió a Balu a su lado, cubierto con un inmenso impermeable amarillo que arrastraba por todos lados y con una taza de plástico en la mano. Kors se abalanzó sobre ella, la rodeó con torpeza con los dedos congelados, agradecido por el calor que desprendía, y se la llevó a la boca con ansia, sin importarle que el líquido ardiente le abrasara la lengua.

—Mmm. Café. Estás en todo, Balabhadra *el Afortunado*.

Encantado con aquella alabanza, el niño sonrió y los pequeños dientes blancos relucieron en la semioscuridad, aliviada tan sólo por el débil resplandor proveniente de algún que otro relámpago cada vez más aislado.

Un par de horas más tarde, Kors se dijo que lo peor había pasado y, por fin, pudo relajarse un poco mientras la aurora empezaba a teñirlo todo con una suave luz rosada, que permitía apreciar el agreste contorno de la costa africana a pocas millas. El viento había ido amainando lentamente hasta convertirse en una brisa fuerte. El holandés parpadeó un par de veces; notaba los ojos irritados por el aire, la sal y la falta de sueño, pero aún no había llegado el momento de descansar.

—¿Qué hacemos ahora? —Una vez más, el pequeño hindú había abandonado la seguridad del camarote y se encontraba a su lado.

—¿Cómo está tu paciente? —preguntó a su vez con voz ronca.

—La *nagini* está igual. —Kors había oído hablar de los *nagás*, unas criaturas de la mitología hindú parecidas a las sirenas, y no le extrañó que Balu, que además de supersticioso tenía una gran fantasía, hubiera tomado a la mujer inconsciente por uno de ellos—. He conseguido que bebiera casi un vaso de caldo con una pajita.

—¿Se ha despertado? —Alzó una ceja sorprendido.

—No, lleno la pajita de caldo, tapo la punta con un dedo y, cuando la he metido en su boca, suelto.

—Chico listo.

El holandés le dio un cariñoso pescozón, y el niño se hinchó como un pavo. Admiraba con toda su alma al *sahib* Kors. Era cierto que no era el tipo más amable del mundo, pero tampoco había conocido mucha amabilidad en su corta vida, por lo que aquélla no le parecía una cualidad indispensable.

El *sahib* se había portado muy bien con él desde el principio. No sólo no lo había arrojado por la borda cuando lo había descubierto escondido debajo de un rollo de cuerda en uno de los camarotes de proa, sino que se había ocupado de alimentarlo, curarle las heridas más recientes y enseñarle un montón de cosas interesantes sobre los barcos, el mar y la navegación. Balu estaba decidido: cuando fuera un hombre, sería capitán de un velero como el *sahib*.

Kors entornó los párpados para protegerse de los primeros rayos de sol y escrutó con intensidad el horizonte hasta que distinguió una abertura entre las paredes escarpadas del acantilado y, más al fondo, lo que parecía una minúscula ensenada bastante bien protegida del viento y las olas.

Acercarse hasta allí sin motor y con el timón averiado no iba a resultar una tarea sencilla; sin embargo, se dijo que, comparado con sobrevivir en semejantes condiciones a la violenta tempestad que acababan de dejar atrás, llevar el barco hasta ese pequeño puerto natural sería pan comido.

Balu permaneció muy atento a las órdenes, breves y claras, que le lanzaba el holandés cada cierto tiempo mientras efectuaba la complicada maniobra de aproximación, y casi una hora más tarde echaban el ancla, por fin, frente a una pequeña playa de arenas doradas completamente desierta.

—¡Otra de Tus pruebas superadas con nota! —gritó Kors antes de echar la cabeza hacia atrás y lanzar una estruendosa carcajada.

El niño, a su vez, alzó los brazos al cielo con gesto victorioso y le dirigió una deslumbrante sonrisa a aquel gigante de largas barbas y pelo más largo aún, de un color que jamás había visto antes de conocerlo, parecido al de los campos cubiertos de hierbas secas de su aldea natal justo antes de que llegara el monzón. En realidad, nunca había dudado de que el *sahib* Kors lo conseguiría.

—¡Voy a soltar al perro! —Balu bajó corriendo en busca del animal, que llevaba un rato arañando la puerta del camarote con las uñas.

Kors entró en su camarote y caminó hacia la cama. La mujer seguía inconsciente. La larga melena estaba muy enredada y tenía un enorme hematoma a un lado del rostro que daba el único toque de color a las mejillas cadavéricas. En general presentaba un estado tan lamentable que el holandés fue incapaz de calcular su edad, aunque, a juzgar por el cuerpo esbelto, de miembros largos y piel tersa, calculó que era joven.

Notó que aún quedaba bastante caldo en una taza que estaba sobre la mesilla, así que decidió probar el sistema de Balu y le dio un poco más con la pajita. A pesar de que una parte del líquido resbaló por la comisura de su boca, el resto llegó a su destino. Rellenó la pajita dispuesto a repetir la operación, pero notó que se le cerraban los párpados. Llevaba despierto casi veinticuatro horas en las que no había dejado de batallar contra los elementos y se sentía exhausto.

En ese momento, Balu apareció en el umbral de la puerta seguido de un perro de tamaño mediano y de aspecto lastimoso. El pelaje de color canela crecía bastante ralo en algunas partes debido a un brote de tiña del que habían tenido que tratarlo durante varias semanas, y en su cuerpo esquelético se podían apreciar numerosas señales de antiguas cicatrices. Para rematarlo, le faltaba una de las patas traseras. Aquel perro cojo y desastrado hacía buena pareja con el niño enclenque de piel oscura salpicada también de numerosas marcas, y a quien un labio superior deforme le impedía cerrar la boca por completo.

—Balu, tú quédate aquí. Si se despierta, me avisass.

El holandés se dirigió al camarote que quedaba enfrente, un poco más pequeño que el suyo, se tiró sobre la cama sin molestarse en desvestirse y cayó en una especie de coma sin sueños del que no despertó hasta bien entrada la tarde. En cuanto se espabiló, corrió con una fuerte sensación de intranquilidad en dirección al que había sido su camarote hasta el día anterior. Sin embargo, no debería haberse preocupado. La mujer seguía inconsciente —un estado del que no iba a salir en los próximos días—, y el pequeño Balu, que dormía profundamente a los pies de la cama con el perro hecho un ovillo a su lado, ni siquiera se enteró cuando lo alzó entre sus brazos y lo llevó hasta el diminuto camarote que ocupaba en la proa.

Capítulo 2

Costa de Marruecos

—Traga.

La orden, pronunciada con aspereza, la obligó, de mala gana, a poner en movimiento los doloridos músculos de la garganta. A pesar de que aún no había conseguido abrir los ojos, distinguía sin problemas las dos voces que se alternaban en aquel largo duermevela en el que estaba inmersa, que hablaban en inglés y retumbaban en su cerebro dolorido: una voz masculina malhumorada y cortante a la que, sin embargo, acompañaba un tacto tierno y delicado, y otra más aguda e infantil que llegaba siempre precedida por el alegre repiqueteo de unas uñas en el suelo, cuyo dueño resultaba bastante más torpe a la hora de alimentarla o darle de beber. En su cabeza los había bautizado como Gruñón y Feliz.

En realidad, lo que le habría gustado decirle a Gruñón —quien, al parecer, llevaba la voz cantante— era que ya no quería beber más caldo, que *odiaba* el caldo, y más ese aguachirle sin apenas sabor. Que lo único que deseaba era dormir tranquila y no tener que despertarse hasta, al menos, dentro de un año o dos...

Lo que ignoraba por completo era que, en poco más de un mes, y en circunstancias similares, su hermana melliza expresaría un deseo muy parecido.

—Abre la boca.

¡Otra vez! ¿Acaso no podía dejarla en paz ni un minuto? Quiso levantar la mano y apartar esa molesta cuchara de sus labios, pero alguien debía de haber colocado una tonelada de piedras sobre ella, porque fue incapaz de moverla. Sin embargo, hizo un esfuerzo sobrehumano y, por fin, consiguió alzar los párpados —aunque uno de ellos sólo a medias— el tiempo suficiente para enfrentarse a unos rasgos toscos requemados por el sol y cubiertos de pelo rubio muy cerca de su rostro.

—¡Aleluya, la Bella Durmiente despierta al fin! —Su tono sarcástico le resultó irritante, pero a pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas, no fue capaz de abrir la boca y mandarlo al infierno como merecía—. Venga, enséñame otra vez esos bonitos ojos verdes.

Decididamente, el tipo ese resultaba pesadísimo, así que Sol dejó de luchar y volvió a sumirse en aquella agradable oscuridad.

—¡Caldito!

Fue la voz aguda de Feliz, seguida del molesto golpeteo de la cuchara metálica contra sus dientes, la que volvió a despertarla lo que le parecieron apenas unos minutos más tarde. En esta ocasión, consiguió abrir los párpados y mantenerlos abiertos durante más tiempo y, sobresaltada, contempló el rostro de un niño de piel oscura que la examinaba muy de cerca con curiosidad.

—¡Sabía que eras una *nagini*! —El chico tenía algo extraño en la boca y ceceaba un poco al hablar—. No tienes cola de serpiente, pero esos ojos...

Sin dejar de charlar, volvió a empujar la cuchara contra sus labios. Harta ya de aquel tratamiento tan poco delicado, Sol hizo un esfuerzo que le hinchó las venas de la garganta y logró articular dos palabras: —¡No... más!

El niño se quedó paralizado con la cuchara en el aire, atrapado en el brillo furioso de aquellos relucientes ojos verdes, hasta que consiguió reaccionar. Aterrorizado, dejó el bol y la cuchara en la mesilla de noche y salió corriendo del camarote seguido de su fiel compañero sin dejar de gritar:

—¡*Sahib* Kors, *sahib* Kors! ¡La *nagini* ha despertado y quiere echarme mal de ojo!

El holandés, que en ese momento estudiaba muy concentrado una de las palas del timón que había logrado desenganchar y subir a bordo, maldijo entre dientes y se apresuró a ponerse en pie.

—¡Ya te he dicho que no es una *nagini*, Balu!

—¡He visto sus ojos! ¡No son como los míos o los tuyos, *sahib*!

El perro lanzó un par de ladridos, como si quisiera darle la razón al niño.

—Tampoco mi pelo es como el tuyo. —El holandés se apartó con impaciencia uno de los rubios mechones que habían escapado de su cola de caballo antes de descender los pocos escalones que llevaban al camarote.

Balu lo siguió, pero cuidando en todo momento de permanecer parapetado detrás de sus anchas espaldas.

—¡Cuidado, *sahib*! No te acerques tanto —susurró muy preocupado.

La mujer se había incorporado apenas contra la pared y observaba aquel entorno desconocido con expresión de desconcierto. La verdad, pensó Kors, era que la pobre no resultaba muy atractiva. En realidad, su aspecto era el de un espantapájaros de sexo indeterminado, aunque tenía que reconocer que aquellos ojos verdes —aunque uno de ellos apenas podía abrirlo—, grandes y rasgados, que lo miraban con desconfianza resultaban poco corrientes.

Seguía extremadamente pálida, y la mitad hinchada de su rostro lucía ahora una variada gama de tonos que iban del púrpura al amarillo. Además, había perdido mucho peso durante el tiempo que había permanecido inconsciente. Por si fuera poco, a Kors no le había quedado más remedio que cortarle la larga melena —llena de sal, pegotes de sangre y tremendamente enredada— casi a ras del cráneo para facilitarle su aseo, y debía reconocer que sus dotes de peluquero dejaban bastante que desear.

—¿Qué... hago... aquí? —Su voz sonó rasposa por la falta de uso.

—Esperaba que fueras tú la que me lo contaras a mí —respondió él con sorna, al tiempo que se sentaba a su lado sobre el colchón y colocaba la palma de la mano, fresca y llena de durezas, sobre su frente.

Una vez más, Sol pensó que tanto el tono como la expresión burlona de aquel rostro de facciones rudas estaban en extraño desacuerdo con la delicadeza de su tacto. El desconocido llevaba el pelo rubio recogido en una larga coleta que le caía por la espalda y una barba poblada cubría casi por completo sus mejillas. La nariz era grande y estaba algo torcida, como si se la hubiera roto más de una vez; lo único atractivo que había en su rostro eran los grandes ojos castaños, tan dulces como los de una ternera, que parecían completamente fuera de lugar entre aquellos rasgos feroces, más propios de un bárbaro de las Galias.

En respuesta a su comentario, Sol movió la cabeza en una negativa casi imperceptible; no tenía la menor idea de cómo había llegado a parar al camarote de aquel barco junto a aquellos dos extraños compañeros. En ese momento, reparó en el perro mestizo que, sentado sobre sus cuartos traseros y con la

lengua rosada colgando, observaba la escena con curiosidad, y se corrigió mentalmente: aquellos *tres* extraños compañeros.

Sin embargo, a juzgar por sus siguientes palabras, el hombre entendió a la primera lo que encerraba aquel leve movimiento.

—Te encontré en una cueva cerca de Barbate. Estaba pescando y subí a la superficie a explorar. Un hombre gritaba y lloraba a tu lado. Debía de pensar que estabas muerta, porque te dejó allí, envuelta en una especie de sudario. Así que ya sabes: puedes apuntar esa fecha en rojo en tu calendario. Me debes una de las gordas.

Kors notó la ligera arruga que se marcó entre las delicadas cejas castañas de la mujer por el esfuerzo que hacía para concentrarse en lo que acababa de decirle.

—¿Un... un hombre?

—Un tipo alto, fuerte, pelo rubio y largo como el mío, pero mucho más guapo que yo. —La arruga de su frente se hizo más profunda, y el holandés decidió que estaba demasiado débil aún para mantener esa conversación, por lo que hizo ademán de levantarse del colchón—. Será mejor que descanses un poco. Todavía es pronto para las explicaciones.

—¡Espera! —Sol alargó la mano y la dejó caer sobre su antebrazo.

Al sentir el casi imperceptible roce de los dedos delicados sobre su piel, Kors experimentó una fuerte sacudida que lo detuvo en seco. Extrañado y molesto a un tiempo, se volvió hacia ella con cara de pocos amigos.

—Tengo mejores cosas que hacer que pasar la mañana de charleta contigo.

Su voz de bajo retumbó en el pequeño camarote. Kors Van Dijken estaba acostumbrado a que la gente retrocediera ante su rudeza. Sabía que su tamaño y la tosquedad de sus rasgos hacían que muchos lo consideraran un tipo peligroso; sin embargo, lo sorprendió no detectar ni el más leve signo de temor en aquellos peculiares ojos verdes.

—Acabo de recordar... —Su tono seguía siendo muy débil—. Yo...

Se llevó la mano al abdomen y, una vez más, Kors comprendió al instante lo que quería preguntarle. C cogió la pequeña mano entre las suyas en un reconfortante apretón, la miró a los ojos y negó en silencio con la cabeza. Los ojos castaños, libres ahora de cualquier rastro de ironía, rezumaban compasión, y ella también entendió aquella mirada sin necesidad de palabras. Una lágrima, gruesa como un guisante, escapó entre los párpados tumefactos, rodó a lo largo de la nariz —que, milagrosamente, seguía intacta— y quedó atrapada en los labios resecos, seguida de otra y otra más.

Testigo involuntario de aquel dolor silencioso, el holandés tragó saliva un par de veces y se refugió tras la habitual fachada de brusquedad para esconder su emoción.

—Nada de lloros. Ahora, a dormir —ordenó—. Ya hablaremos cuando recuperes las fuerzas.

Con suavidad, la obligó a recostarse de nuevo sobre el colchón y se volvió hacia el niño, que durante todo ese tiempo había estado observándolos desde la puerta, vigilante.

—¡Vamos, Balu!

El pequeño lo obedeció sin rechistar y, un segundo después, Sol estaba sola en el camarote, con los ojos clavados en el techo mientras sentía en la piel el rastro cálido de las lágrimas que se deslizaban sin cesar por la comisura de sus ojos.

Jamás había experimentado una congoja semejante; sentía un dolor sordo a la altura del corazón que convertía en molestias insignificantes los que aquejaban al resto de su cuerpo. Lloró y lloró sin parar, hasta que, exhausta, notó que los párpados empezaban a pesarle. Segundos después, se sumió de nuevo

agradecida en aquella confortable negrura en la que la pena no podía alcanzarla.

Cuando, unas horas más tarde, Balu regresó cargado con un plato de comida en una mano, una taza de caldo en la otra y aquel perro feo que parecía su sombra a la zaga, Sol lanzó un suspiro de resignación y trató de incorporarse un poco.

—¡Lo he hecho yo! —Los ojos, casi negros, brillaban llenos de satisfacción, y el chico no notó la mirada aprensiva que ella lanzó a aquel montón de grumos oscuros que flotaban en una salsa sospechosa.

—¿Qué es?

—Estofado de carne. —Sin preguntar, Balu se sentó en el borde del colchón y empezó a darle de comer.

Sol abrió la boca, obediente, a pesar de que aquel engrudo desprendía un desagradable olor a pegado, y se obligó a tragar. Hacía dos días que había recobrado el conocimiento, pero aún se sentía tan débil como un gato recién nacido. Sabía que tenía que comer si quería recuperar las fuerzas, pero se juró a sí misma que, en cuanto pudiera levantarse de aquella cama, prepararía algo que fuera realmente comestible.

Apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos morenos cruzados sobre el pecho desnudo, Kors observó la forma en que la joven arrugaba la pequeña nariz con una sonrisa socarrona.

—Un gran cocinero, nuestro Balu, ¿no es cierto?

Ella se encogió de hombros resignada y logró preguntar antes de la siguiente cucharada:

—Balu. ¿Como el oso de *El libro de la selva*?

—Es un diminutivo de Balabhadra, que significa «afortunado». Está claro que sus padres tenían un sentido del humor bastante peculiar.

A Balu, concentrado en darle de comer sin derramar ni una gota, no pareció importarle en absoluto aquel comentario.

—Vaya. Pensaba que era hijo tuyo. Os pareéis tanto... —replicó sarcástica.

El holandés echó la rubia cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada ensordecedora mientras el rostro oscuro del pequeño se iluminaba con aquella sonrisa tan singular, que, debido a la deformación de su labio superior, le confería el aspecto de un diablillo que hubiera escapado del inframundo.

Kors había notado antes aquel humor ácido y debía reconocer que le hacía gracia.

—No, el pequeño diablo y su perro tiñoso se colaron de polizones en el barco cuando estaba amarrado en el puerto de Calcuta. Al parecer, no le gustó mucho que su amo le quemara la oreja con un hierro al rojo.

Balu volvió a sonreír como si aquello no fuera con él.

Sol miró el gurrño ennegrecido que ocupaba el lugar de su oreja derecha y apretó los labios. Saltaba a la vista que aquella terrible historia la había impresionado, pero no hizo el más mínimo aspaviento ni lanzó ningún gritito de horror como habrían hecho el noventa por ciento de las mujeres que conocía, y Kors se vio obligado a admirarla por ello. Como si se diera cuenta de que él la acababa de someter a algún tipo de prueba, ella alzó la barbilla y replicó desafiante:

—A lo mejor quería ponerte un pendiente. Están muy de moda.

Al oír su comentario mordaz, Balu y su *sahib* se rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

—Pensó que así daría más pena —contestó el chico al fin, secándose las mejillas con el dorso de la mano—, y me darían más limosnas.

En verdad, Sol estaba sobrecogida. Tanto por la historia en sí, como por el modo en que aquellos dos peculiares personajes se la tomaban a broma.

—Quizá sus padres no andaban tan desencaminados —dijo, por fin, sin despegar los ojos de los rasgos feroces, cubiertos de pelo rubio—. Tal vez Balabhadra hizo honor a su nombre el día que te cruzaste en su camino; no todo el mundo estaría dispuesto a acoger bajo su ala a semejante pareja.

—Tonterías. —Su interlocutor arrugó la nariz con disgusto y descartó la idea con un gesto de la mano—. Llevo a Balu a bordo porque me resulta útil y, respecto al chucho, no pierdo la esperanza de que un día se caiga por la borda y nos libremos de él de una vez. ¿No es así, Balu?

El niño asintió sonriente.

Sol se llevó una mano a los cortos cabellos y decidió cambiar de tema.

—¿Podrías darme un espejo, por favor?

—No. —El gigante rubio se negó lacónico, como había hecho ya en anteriores ocasiones.

—¿Tan fea estoy?

—No llevamos espejos a bordo. Dan mala suerte.

—Al parecer, la respuesta es «Sí» —musitó, hablando consigo misma.

Incómodo, Kors se dio media vuelta y salió del camarote.

—Balu —la mujer volvió los inquietantes ojos verdes hacia él y, al oír su tono sedoso, el pequeño tragó saliva—, tú eres un chico listo, ¿verdad?

Balu asintió sin pronunciar palabra.

—Te has dado cuenta de que soy una *nagini*, ¿no es así?

Un poco antes, el holandés le había explicado a Sol el porqué de aquel extraño nombre con el que el chiquillo se dirigía a ella.

De nuevo, Balu movió la cabeza arriba y abajo en silencio.

—Pues, si no quieres que te eche una maldición y mande detrás de ti a todas las serpientes marinas de los alrededores, quiero que me traigas ahora mismo uno de esos espejos que no existen en este barco, ¿entendido?

Aterrorizado, Balu asintió por tercera vez y salió disparado a cumplir el encargo. Unos minutos después, regresó con el espejo que el *sahib* había utilizado para afeitarse en cubierta hasta que decidió que no merecía la pena tomarse la molestia.

Sol alargó el brazo para coger el pequeño espejo de mano, lo alzó hasta su rostro y se quedó completamente inmóvil.

«Así que esto es lo que se siente cuando te conviertes en un monstruo», se dijo sin dejar de examinar su reflejo con frialdad.

La hinchazón de los párpados había bajado un poco y ya podía mantenerlos abiertos. Sin embargo, la piel alrededor del ojo se había vuelto de color negro, mientras que el globo ocular estaba inyectado en sangre, y todo el lado izquierdo de la cara seguía inflamado y lleno de hematomas. No obstante, lo peor era su pelo. Hasta entonces había sido su rasgo más sobresaliente; de un brillante tono castaño claro, que los finos mechones decolorados por el sol realzaban aún más, siempre había caído en ondas espesas hasta más abajo de sus hombros. Ahora había perdido todo su brillo, y los raquíuticos mechones mal

cortados apuntaban en todas las direcciones, del mismo modo que las púas de un puercoespín. Abstraída, se preguntó si los sentimientos de Jeremy seguirían siendo los mismos si la viera en ese estado, pero al instante hizo a un lado ese pensamiento; no era el momento de hacer conjeturas.

Según le había contado aquella especie de bárbaro malhumorado, había pasado ya casi una semana desde que la rescató, y, sin motor ni timón, con la radio fuera de juego y ningún teléfono móvil a bordo, aún pasarían unas cuantas más hasta que logran salir de allí. Estaba atrapada en una cala solitaria en algún lugar de la costa de Marruecos, así que era inútil que se preocupara por algo sobre lo que no tenía el menor control. Ahora tocaba concentrarse en recuperar la salud y, para ello, trataría de borrar de su mente a Jeremy, a su hermana, que debía de estar muerta de preocupación por no tener noticias suyas y..., por supuesto, al bebé. Al pensar en aquel efímero proyecto de vida, notó una dolorosa punzada en el estómago. Apretó los labios con fuerza y parpadeó un par de veces resuelta a contener las lágrimas.

Kors, a quien Balu había corrido a avisar en cuanto se dio cuenta de la rigidez que había adquirido el cuerpo de la *nagini*, observaba desde la puerta las emociones que pasaban por el rostro femenino y las interpretó mal.

—Crecerá de nuevo.

El comentario, hecho en un tono áspero, la hizo alzar el rostro hacia él sobresaltada. Pero, una vez más, trató de esconder su emoción bajo una capa de ironía.

—Ahora van a pensar que tú eres la chica y yo el chico.

—Seguro. —Los ojos castaños seguían fijos en ella, inescrutables.

—Espero que no regañes al niño, digamos que... lo he obligado a obedecerme.

—A pesar de lo poco que te conozco, ya me he dado cuenta de que eres una mujer de recursos.

—No lo sabes tú bien...

Los labios se alzaron ligeramente en las comisuras como si se riera de sí misma y, una vez más, Kors no pudo evitar que lo invadiera un repentino sentimiento de admiración hacia aquella mujer, que se enfrentaba a la adversidad con una sonrisa desafiante. De inmediato hizo aquellos pensamientos a un lado, molesto consigo mismo. La admiración no era algo que acostumbrara a experimentar en sus relaciones con las mujeres. Deseo, lujuria, lascivia..., esa clase de sentimientos le resultaban mucho más familiares, aunque, desde luego, no con aquel espantapájaros enfrente.

—¿Me ayudas a llegar al cuarto de baño?

Los últimos días, Sol se había sentido demasiado débil para valerse por sí misma, y aquel desconocido de rasgos feroces, que parecía más dispuesto a trocear miembros humanos con un hacha que a cualquier otro tipo de actividad, se había ocupado de ella con un mimo y una dedicación asombrosas. La había lavado, alimentado, peinado y, por lo que le había contado Balu, también la había atendido durante el espeluznante proceso de su aborto.

De hecho, aunque en ese momento llevaba puesta una camiseta que, a juzgar por las inmensas proporciones, debía de ser suya, hasta entonces había permanecido desnuda debajo de las sábanas, imaginaba que para facilitarle la tarea. Quizá debería sentirse avergonzada, humillada o una mezcla de ambas emociones, pero desde que sus padres murieron en un accidente de moto cuando era niña y su vida cambió de un modo radical de la noche a la mañana, se había vuelto una experta en descartar de un plumazo las cosas desagradables sobre las que no tenía control alguno y borrarlas de su mente.

Aquellas manos grandes, con esas palmas llenas de callos tan típicas de los marinos, habían recorrido con un paño jabonoso a modo de esponja hasta el último rincón de su cuerpo, y luego, con la misma meticulosidad, habían secado con una toalla todos y cada uno de esos rincones. Sol había

estudiado la expresión reconcentrada de los grandes ojos castaños con detenimiento, y en ningún momento había detectado el menor indicio de deseo en ellos.

Muchos hombres antes que él la habían tocado; habían recorrido su piel de un extremo a otro de su cuerpo con sus dedos; habían hecho el amor con ella horas y horas. Sin embargo, por primera vez en su vida, uno de ellos la cuidaba y la aseaba con mimo —una tarea que no tenía nada de agradable— sin esperar nada a cambio, sin lujuria de por medio; simplemente, porque era un ser humano que en esos instantes necesitaba su ayuda.

Debía reconocer que encontraba aquella actitud de lo más refrescante. Al parecer, y aunque nadie lo diría al verlo, aquel holandés irascible aficionado a maldecir y a blasfemar como un carretero era en realidad una de las mejores personas con las que se había topado en la vida. Dudaba mucho que ninguno de sus conocidos hubiera estado dispuesto a hacerse cargo de un pequeño mendigo y su perro mestizo y enfermo como había hecho él.

—Eso está hecho —respondió Kors.

Sol apartó la sábana y sacó las piernas por un lado de la cama. Kors la sujetó por los brazos y la ayudó a incorporarse. Durante unos segundos, tuvo la sensación de que el camarote había empezado a girar y se tambaleó mareada, pero él la sujetó más fuerte y ordenó con rudeza:

—¡Ni se te ocurra desmayarte!

Ella no sólo no se desmayó, sino que consiguió dar unos pasos a pesar de que Kors podía sentir el temblor de sus extremidades. Con rapidez, rodeó su cintura con un brazo antes de que éstas le fallaran y caminó a su lado, muy despacio. La camiseta que le había prestado le llegaba hasta medio muslo, y las largas piernas parecían un par de palillos. Resultaba increíble la cantidad de peso que había perdido durante esos pocos días en los que no había sido capaz de ingerir nada más que alimentos líquidos. El holandés tan sólo esperaba que aquello, sumado a la gran pérdida de sangre producida por el aborto, no le provocara una anemia galopante; podía sentir la fragilidad de sus huesos bajo su mano.

Esperó junto a la puerta del baño a que terminara y, cuando estuvo lista, la acompañó de nuevo hasta la cama. Sol se dejó caer sobre el colchón con un suspiro de alivio, tenía la frente empapada de sudor.

—Bueno, ya he perdido demasiado tiempo haciendo de señorita de compañía. Tengo un barco que arreglar. —Kors, que se había sentado al borde del colchón para ver si tenía fiebre, hizo un amago de ponerse en pie, pero ella lo detuvo con una sola palabra.

—Espera.

El holandés se giró de nuevo hacia ella con las rubias cejas fruncidas en su habitual gesto feroz.

—¿Sabes qué? Que puedes ahorrártelo. —Los labios agrietados se fruncieron en una mueca burlona. Kors relajó los músculos de la frente desconcertado.

—¿El qué?

—El numerito del cascarrabias sin sentimientos.

Él la barrió con una mirada tormentosa y contraatacó al instante:

—Y tú, ¿sabes qué? Que tienes todo el aspecto de alguien que va en busca de un cerebro.

—Qué cruel compararme con el Espantapájaros de *El mago de Oz*. —Hizo un puchero.

A Kors lo sorprendió que hubiera cazado al vuelo el significado de su comentario, y se llamó hijo de perra por meterse con su aspecto físico en semejantes circunstancias. Sin embargo, sus siguientes palabras le hicieron olvidarse de la culpa.

—En cambio, tú no te pareces nada al Hombre de Hojalata, está claro que tienes un corazón que no te cabe en el pecho.

Contra todo pronóstico, aquel comentario pareció molestarlo aún más, y de nuevo frunció el ceño amenazador.

—Para tu información, yo no tengo corazón. —Su expresión habría hecho que más de uno retrocediera asustado; no obstante, en los labios femeninos seguía, fija, la misma sonrisilla irritante—. Tengo la impresión de que el golpe que te diste ha sido demasiado para tu inexistente cerebro.

De pronto, con un movimiento inesperado por completo, ella extendió la mano, cogió la suya, se la llevó a los labios y besó la palma endurecida.

—Gracias —se limitó a decir.

Su gesto lo dejó petrificado. Sin saber qué responder, Kors se quedó mirando esas mismas manos que seguían unidas, una grande y callosa y la otra delicada y de dedos esbeltos, que, sin embargo, parecía acostumbrada al trabajo duro, hasta que consiguió reaccionar. Con brusquedad, retiró la mano y salió del camarote precipitadamente.

¿Qué le ocurría con aquella mujer?, se preguntó un poco más tarde mientras fregaba la cubierta del catamarán con más energía de la necesaria. Cada vez que lo tocaba recibía una descarga, como si estuviera conectada a una torreta de alta tensión. Desde luego, no sería porque lo atrajera su aspecto de *ecce homo*, se dijo frotando con más furia aún.

—¡Balu, pareces una nena! ¡Dale ahí con fuerza! —Sin querer, pagó su malhumor con el pequeño, que se afanaba a pocos metros de él.

—¡Sí, *sahib* Kors!

El chico redobló sus esfuerzos y, una vez más, el holandés se sintió culpable. ¿Qué demonios le ocurría? Primero se metía sin la menor compasión con una mujer que acababa de pasar por una experiencia terrorífica y ahora lo hacía con un niño indefenso que lo admiraba como si fuera un jodido héroe. Furioso, se apartó el mechón rebelde que tendía a escapar de su coleta de la frente sudorosa.

—Ya es suficiente. Balu, ponte a proa con la caña y a ver si pescas algo para la cena.

El chico obedeció encantado y corrió a coger una de las cañas.

—¿He oído algo de pescar?

Sorprendido, Kors alzó la vista y vio que la mujer había conseguido subir a cubierta por sus propios medios, aunque en ese momento se aferraba, muy pálida y como si le fuera la vida en ello, a la botavara. El holandés lanzó una maldición, se acercó hasta donde estaba a toda prisa y la alzó entre sus brazos. Ella se aferró a su cuello con un suspiro de alivio.

—¿Quién te ha dado permiso para subir?! —bramó, pero fue inútil.

Sin demostrar el menor temor, ella se acomodó mejor entre sus brazos.

—No sabía que necesitara un permiso. —A pesar de sus palabras desafiantes, su voz era débil.

—Ya nos das suficiente trabajo a Balu y a mí como para que encima sufras una recaída —afirmó hiriente—. A este paso no vas a recuperar nunca la memoria.

La joven alzó la cabeza de su hombro y lo miró perpleja.

—¿Quién te ha dicho que he perdido la memoria?

—¿No? —Ahora era él el que la miraba desconcertado—. Ni siquiera me has dicho tu nombre.

—¿Acaso me lo has preguntado?

—No quería que te agobiaras por tu amne... —Se interrumpió de golpe y, de nuevo, su rostro adquirió su característica expresión salvaje mientras la depositaba con mucho cuidado sobre una de las redes que había a ambos lados de la génova, a la sombra de una vieja vela que habían extendido entre

Balu y él para refugiarse del sol inclemente—. ¡Esto es ridículo! ¿Me estás diciendo que te acuerdas de todo lo que te ocurrió?

—Por supuesto que me acuerdo, menos de la parte en la que estuve inconsciente, claro está.

«Como si hablara con el tonto del bote», se dijo Kors. Entonces echó la cabeza hacia atrás y alzó los brazos al cielo, implorante:

—¿Por qué a mí, Señor?

Al ver sus aspavientos, tanto ella como Balu, que seguía con interés la discusión mientras colocaba un poco de cebo en el anzuelo, soltaron una carcajada. Incluso el perro canela lanzó un par de ladridos agudos, sumándose al alboroto.

Kors dejó escapar un resoplido, cogió un viejo almohadón y se lo colocó detrás la espalda para que estuviera más cómoda. Cuando estuvo satisfecho, se sentó frente a ella con las piernas cruzadas y entornó los párpados amenazador.

—Lo primero: ¿cómo te llamas?

—Sol.

—Sol, ¿qué?

—Sol Lawrence.

—¿Edad?

—Un poco indiscreto, ¿no? —Parpadeó con coquetería, pero al ver su mirada impaciente, confesó —: Cumpliré veintiocho el mes que viene.

—¿Eres inglesa?

—Española.

—Hablas muy bien inglés, para ser española.

—Tú también lo hablas muy bien, para ser holandés. —Sol notó que las pobladas cejas rubias del bárbaro se fruncían de nuevo y decidió ser un poco más comunicativa—. Mi padre era inglés.

—¿Quién te atacó, Sol Lawrence? ¿O fue un desconocido?

—Claro que lo conocía.

—¿Tu novio? ¿Tu marido?

Ella negó con la cabeza y, por unos segundos, sus ojos se perdieron en el intenso azul del océano.

—Mi hermano —reconoció al fin con suavidad.

—¡Que alguien me retuerza las pelotas hasta dejármelas moradas! ¿Tu hermano te hizo esto?

—Está enamorado de mí.

—La puta que...

Ella alzó la mano y cortó en seco aquella nueva y, lo más probable, colorida maldición.

—En realidad, no es mi hermano.

Él puso los ojos en blanco exasperado.

—Un poco de seriedad y concreción, por favor. Creo que la pregunta es sencilla: ¿es tu hermano o no es tu hermano?

Sol se encogió de hombros displicente.

—Crecimos juntos, para mí es mi hermano, pero él siempre ha estado enamorado de mí.

Kors se relajó un poco; por fin empezaba a ver más claro cuál había sido el móvil de la agresión.

—Así que quiso echar un polvo, tú te negaste, y el tío, despechado, te pegó una paliza.

Ella se pasó una mano por los cortos cabellos y, como le ocurría siempre, le sorprendió la ausencia de los familiares mechones.

—Georg no es así. Es el hombre más bueno del mundo. —Entornó los párpados y se lo quedó mirando unos segundos pensativa—. O el segundo más bueno, no sé. Ahora que te he conocido a ti, el *ranking* está más complicado; quizá tendría que establecer unos nuevos criterios de valoración.

—¿Te importaría dejar de decir que soy bueno?

Su expresión asqueada la hizo sonreír.

—¿Crees que el hecho de ser una buena persona puede afectar a tu masculinidad?

—Seguro —zanjó la cuestión con aspereza—. Entonces ¿de verdad sigues pensando que el hombre que estuvo a punto de matarte porque te negaste a echar un polvo con él es quizá uno de los hombres más buenos del mundo?

—Por supuesto. Y, para tu información, Georg no trató de matarme porque me negara a echar un polvo. Ése es un razonamiento tan masculino... —Lo miró burlona—. Por lo simple, ya sabes.

—Me parece que el que te va a acabar matando si no recibo alguna respuesta satisfactoria voy a ser yo —afirmó el holandés con voz sedosa.

Ella volvió a sonreír y Kors se vio obligado a admitir que tenía una sonrisa cautivadora. A lo mejor antes del ataque había sido una chica atractiva, pensó, aunque lo descartó en el acto. Ninguna mujer que hubiera pasado de guapa a espantapájaros en unos pocos días estaría bromeando así de relajada.

Sol recuperó la seriedad de golpe.

—Verás, le dije que iba a casarme con otro y que con toda probabilidad nos iríamos a vivir a otro país.

—Con el padre de... —Kors se detuvo en seco y se llamó de todo al notar la manera en que los expresivos ojos verdes perdían aquella luz tan característica y se llenaban de dolor.

—Sí, con Jeremy, el padre de mi... —se aclaró la garganta emocionada— mi hijo.

—¿Qué pasó entonces? —Necesitaba que siguiera hablando, no soportaba ver aquella expresión herida en sus ojos por más tiempo.

Sol cerró los párpados y trató de concentrarse.

—Georg me dio una bofetada, caí hacia atrás y creo que me golpeé con una piedra de molino que hay en el jardín de mi casa. En realidad, fue mala suerte.

—¡Mala suerte! —escupió incrédulo—. ¿Cómo puedes seguir defendiendo a semejante hijoputa?

—Aquella noche Georg actuaba de forma extraña. —Sol frunció el ceño—. La verdad es que no parecía él; habría pensado que iba drogado si no supiera que es un hombre muy deportista que ni siquiera prueba el alcohol. No sé, hay algo que no cuadra. Cuando vuelva a verlo, le preguntaré.

—Y ¿ya está? —Kors no daba crédito a lo que oía.

—¿A qué te refieres con «ya está»?

—Que si eso es todo lo que tienes que decir.

Ella se encogió de hombros una vez más con fatalismo.

—¿Qué quieres que diga? Estoy varada en una playa desierta en algún punto de la costa marroquí con un hombre, un niño y un perro con tres patas. Al parecer, no tenemos radio ni móvil ni forma de salir de aquí, ¿acaso ganaría algo preocupándome por lo que ocurrió en lo que parece ser una existencia anterior?

Si lo miraba desde ese punto de vista, no era del todo descabellada la idea de dejarlo estar. Eso sí, se juró Kors, más adelante ya se ocuparía él de que aquel bastardo recibiera su justo castigo; ahora tenía otras cosas más apremiantes en las que concentrarse.

—Está bien. Lo dejaremos así por el momento. —Eché una mirada por encima de su hombro—. ¿Cómo va la pesca, Balu?

—Nada, *sahib* Kors. —El rostro oscuro del niño tenía una expresión apesadumbrada.

—¿Qué cebo has puesto, Balu? —Sol se incorporó un poco, examinó con atención el trozo de pescado que el chico le enseñaba y negó con la cabeza—. Con eso no conseguirás pescar nada. Anda, tráeme un plato con un poco del guiso que preparaste el otro día.

El muchacho alzó los ojos en una muda pregunta y el holandés asintió.

—Haz lo que te dice. Tengo la impresión de que la *nagini* sabe de lo que habla.

Esta vez, la sonrisa que ella le dirigió fue casi imperceptible, pero aun así Kors volvió a sentir que se le encogía el estómago de manera extraña. Sin decir nada más, se levantó de la red y fue a buscar la segunda pala del timón que llevaba varios días tratando de arreglar. Como le había ocurrido con la primera, le costó varios intentos, pero, finalmente, logró subirla a bordo.

En cuanto se dio cuenta de que había olvidado recargar las bombonas de oxígeno la última vez que atracó en puerto, encadenó una blasfemia tras otra casi sin respirar. Su despiste lo había complicado todo aún más, pues para hacer las reparaciones necesarias no le quedaba más remedio que sumergirse a pulmón libre.

Enfrascado en apariencia en la engorrosa tarea de desmontar el mecanismo para cambiar la pala rota, no se perdía detalle de lo que ocurría en la proa del catamarán. A pesar de que Balu seguía convencido de que aquella mujer era una *nagini* herida a la que el *sahib* había rescatado de las profundidades marinas, ya no parecía temerla en absoluto y, arrodillado frente a ella, escuchaba muy concentrado sus instrucciones. Kors la vio coger la navaja que el niño le tendía, cortar el sedal, coger un anzuelo un poco mayor y anudarlo con destreza a la caña. Luego cogió un poco de aquel engrudo de aspecto desagradable que había mezclado en un plato y lo ensartó en la punta. Estaba claro que no era la primera vez que aquella misteriosa joven pescaba, se dijo. De hecho, daba la sensación de que se encontraba en su elemento a bordo del barco.

Un cuarto de hora más tarde, la caña se arqueó, y Balu empezó a dar vueltas al carrete a toda velocidad entre gritos de alegría.

—¡He pescado uno! ¡He pescado uno!

Ni siquiera Kors pudo contener una sonrisa ante semejante entusiasmo. Aunque desde el principio le había enseñado al niño los rudimentos de la pesca, no le había dado muchas explicaciones. Así que, a pesar de que el pequeño pasaba las horas muertas con la caña en ristre, pocas veces había conseguido sacar nada que mereciera la pena.

El pez, de tamaño medio, boqueaba sin dejar de agitarse sobre la cubierta mientras el perro lo olisqueaba entre curioso y asustado.

—¡Bien, Balu, mételo en el cubo! —Sol le dirigió una sonrisa de aprobación y prometió—: Si consigues pescar otro como éste, haré una parrillada para la cena. La verdad es que tengo ganas de hincarle el diente a algo realmente comestible.

—¿A la señorita no le gusta cómo cocinamos?

—La señorita prefiere no contestar a esa pregunta. —Alzó la nariz en el aire, muy digna, pero sus siguientes preguntas borraron la sonrisa burlona de los labios de Kors—. Por cierto, ¿cómo vamos de provisiones? ¿Y de agua?

—Sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que empezaras a meter las narices en todo. —Volvió a enfrascarse en su tarea de malos modos, y Sol lo oyó mascullar entre dientes—: ¡Mujeres!

Divertida, lo miró con curiosidad. Como de costumbre, tan sólo llevaba un traje de baño oscuro que le llegaba a medio muslo. Se había soltado la coleta y el pelo le caía por la espalda, muy bronceada, como un manto de oro pálido.

De pronto, no pudo evitar compararlo con Georg. El que había sido uno de sus mejores amigos hasta hacía poco también lucía una larga melena rubia, de una tonalidad un poco más oscura. Además, el rostro de su compañero de juegos tenía una belleza que cortaba la respiración; en cambio, el de ese hombre, oculto en parte por la espesa barba, también rubia pero de un color más apagado, era de facciones corrientes.

Su rasgo más destacado eran aquellos cálidos ojos marrones y una sonrisa de dientes muy blancos que sólo había podido apreciar en un par de ocasiones y únicamente durante unos pocos segundos. Aunque también era muy alto, no lo era tanto como Georg ni sus músculos estaban tan marcados. Sin embargo, tenía unos hombros muy anchos que contrastaban con las caderas estrechas, unos brazos fibrosos y un vientre plano del que descendía una tira fina de vello rubio que se perdía por debajo de la cinturilla del traje de baño. En conjunto, daba una impresión de fuerza contenida que resultaba ligeramente amenazadora. A pesar de lo cual, Sol estaba segura de que no debían de faltarle admiradoras; muchas mujeres se sentirían atraídas por aquel aspecto de bárbaro a medias de civilizar, tan masculino.

Al percatarse de su escrutinio, y como si adivinara sus pensamientos, el holandés alzó la mirada hacia ella, retador.

—¿Qué? ¿Te gusto más que el tipo con pinta de estrella de cine que intentó matarte?

La vio fruncir el ceño y se dio cuenta de que la había molestado.

—Ya te he dicho que fue un accidente.

Kors frunció los labios en un gesto cargado de sarcasmo.

—Claro, un accidente. Por eso, en vez de llevarte a un hospital, te dejó en aquella cueva para que te ahogaras en cuanto subiera la marea.

—¡También te he dicho que Georg no era él mismo!

El hombre alzó los ojos al cielo con resignación.

—Líbrame de las mujeres sin dos dedos de frente.

Su súplica pareció distraerla durante unos momentos, y Sol preguntó curiosa:

—¿Con quién hablas? ¿Con Dios?

—Él y yo somos viejos amigos.

—¿Amigos? No lo parece. Tengo la sensación de que te pasas el rato dándole órdenes y regañándolo.

Kors encogió sus anchos hombros.

—Son los típicos roces entre camaradas que se conocen desde hace mucho tiempo. Además —alzó el dedo índice y la apuntó con él—, nuestra relación no es de tu incumbencia.

—Tan sólo digo —aclaró Sol con una de sus cálidas sonrisas— que, si de verdad hay alguien ahí arriba y lo desafías, llevas todas las de perder.

Él la miró entre los párpados entornados con expresión de disgusto.

—¿Te he dicho ya que resultas de lo más irritante?

—Ahora que lo dices, creo que lo has mencionado antes. —Sin embargo, como el holandés no tardaría en descubrir, aquella mujer era de las que no paraban hasta conseguir lo que les interesaba—. Entonces ¿qué hay de las provisiones y el agua?

Kors movió la cabeza y se dio por vencido.

—Por suerte, acabábamos de avituallarnos en Tarifa antes del temporal. Hay arroz, conservas y legumbres en abundancia, y tenemos pescado de sobra. Sin embargo, salvo un par de tomates y una piña, se nos han acabado los alimentos frescos. —El holandés señaló con el brazo hacia la costa—. He estado explorando los alrededores estos días. Hay unos escalones naturales excavados en la roca que permiten subir hasta lo alto del acantilado. He descubierto un manantial que no queda lejos, así que no tendremos problemas de agua potable.

»A pocos kilómetros hay una pequeña aldea; poco más que cuatro casas de paredes de adobe y unos cuantos chamizos para el ganado. Más adelante quizá podamos conseguir allí algo de verdura o fruta, pero hasta que tenga el barco casi listo para zarpar, prefiero que no sepan que estamos por aquí. Ya he tenido más de un encuentro desagradable durante mis viajes y no deseo tener que empezar a establecer turnos de vigilancia; cuando la gente carece de casi todo, un barco como éste puede parecer un regalo de los dioses.

Sol se llevó la mano a la boca para ocultar un bostezo, y su interlocutor notó que hacía esfuerzos por mantener los párpados abiertos.

—Ya veo que encuentras mi conversación apasionante —comentó irónico al tiempo que dejaba lo que estaba haciendo, se acuclillaba a su lado y, como si no pesara nada, la alzaba entre sus brazos—. Vamos, se acabó la juerga por hoy, tienes que descansar.

En verdad, Sol se sentía tan cansada que ni siquiera protestó; se limitó a rodear su cuello con los brazos para aliviar su carga y hundió el rostro en aquel cuello, fuerte y moreno, cuya piel desprendía un delicioso olor a mar y a espacios abiertos.

Cuando Kors la depositó sobre la cama, comentó somnolienta:

—Avísame media hora antes de la cena, quiero prepararla yo.

—¡A sus órdenes! —replicó él con su habitual sarcasmo.

Extrañado por su falta de respuesta, se inclinó sobre ella y descubrió que se había quedado profundamente dormida. Por el cuello deformado de la camiseta de algodón asomaba un hombro frágil y delicado, y Kors fue incapaz de reprimir el impulso de acariciarlo. El contraste entre la suavidad de la piel dorada y el tacto áspero de las yemas de sus dedos hizo que se le acelerara el pulso. En ese mismo instante comprendió que, contra toda lógica, Balu tenía razón: aquella mujer era en verdad una *nagini*, una criatura mágica que lo había embrujado. Movié la cabeza con fuerza en un intento de espantar aquel pensamiento absurdo y, enfadado consigo mismo, salió del camarote a toda prisa.

Media hora antes de la puesta de sol, Kors la despertó y la subió en brazos a la cubierta. Cogió la vieja parrilla metálica y la puso a su lado, junto con un poco de carbón y lo necesario para encenderla. Mientras Sol limpiaba los pescados, Balu fue a la pequeña cocina a buscar los ingredientes que ella le pidió, incluidos los últimos tomates y medio calabacín olvidado que encontró en la nevera. Luego se sentó con las piernas cruzadas cerca de ella, con el perro tumbado a su lado.

En poco tiempo, un olor delicioso se extendió por la cubierta del barco, y Kors, que en los últimos días se había alimentado a base de latas de atún y arroz demasiado pasado, empezó a salivar.

—Huele bien. —Se acercó hasta donde ella cocinaba con la misma expresión, entre alerta e implorante, de un perro vagabundo al olor de la comida. Una expresión idéntica a la que lucían el niño y su mascota.

—Ve a buscar unos platos y unos vasos, ya casi está.

El holandés obedeció en el acto; a una buena cocinera se le podía perdonar hasta aquella actitud autoritaria tan irritante. En cuanto Sol les entregó los platos llenos, Balu y él se lanzaron sobre ellos como una jauría hambrienta. En un momento dado, los ojos de Kors se cruzaron con los del niño, que también tenía la boca llena, y le guiñó uno con alegría.

Sol sorprendió aquel gesto de complicidad y sonrió. No es que fuera una chef fabulosa, pero, a juzgar por los menús con que la habían deleitado a bordo, saltaba a la vista que aquellos dos eran unos auténticos ineptos en la cocina.

—Delicioso. —Kors rebañó el plato con el trozo que le había correspondido de la última rodaja de pan de molde.

—La *nagini* sabe hacer un montón de cosas. —El niño le dirigió una enorme sonrisa al tiempo que echaba lo poco que había sobrado en el cuenco del perro. Su plato reluciente también parecía recién sacado del lavavajillas—. Ya verás qué rico, perro.

Sol lo miró con curiosidad.

—¿Por qué lo llamáis *perro*?

—El chico lo llama así. —Kors se encogió de hombros con indiferencia.

Ella se dirigió a Balu.

—¿Por qué no tiene nombre, Balu?

El niño alzó los hombros delgados sin mirarla, en una imitación perfecta del gesto del *sahib*.

—Si les pones nombre a tus mascotas, los dioses se enteran de que existen. En la chabola donde vivía con mi último amo había un agujero en el suelo que era la casa de una gran rata rojiza. Siempre guardaba algo de mi comida para ella y, al final, nos hicimos amigos. —Al oír eso, Sol y el holandés intercambiaron una mirada por encima de la cabeza oscura del chico—. Un día decidí llamarla *Lalit* porque era hermosa con esos ojos brillantes y su pelo rojo. Esa misma noche, el amo la descubrió y la aplastó con un palo. Cuando encontré al perro, pensé que sería mejor no ponerle nombre.

Durante un buen rato, tan sólo se oyó el batir de las olas contra el casco del barco, hasta que Sol rompió el silencio:

—¿Sabes qué, Balu? Estoy segura de que si le pusieras un nombre que no fuera hindú tus dioses no lo encontrarían. Ahora ya no vivís en la India.

El niño se quedó pensando en su propuesta.

—¿Un nombre que no sea hindú? ¿Como cuál?

—Hum, déjame pensar... ¿Qué te parece *Silver*? —Los ojos oscuros se iluminaron al oírla, pero la intervención del *sahib* apagó el brillo en el acto.

—¡*Silver*! ¿Has oído eso, Señor? —Kors alzó los ojos hacia el cielo con cara de mártir—. Qué tontería, pero si el chucho es marrón.

Sol imitó su gesto y replicó burlona:

—¡Cuán atrevida es la ignorancia, oh, Gran Amigo de Kors Van Dijken!

El holandés se cruzó de brazos y le lanzó una mirada torva.

—Te advierto que la última vez que Le hablé en ese tono casi me parte un rayo. A ver, *nagini* de pacotilla, ilústreme con tu sabiduría.

—No es por el color de su pelo, ignorante, es por Long John Silver. —Se volvió de nuevo hacia el niño ignorando a Kors—. Silver es el pirata malvado de un libro llamado *La isla del tesoro*. Un día te contaré la historia.

—¡Un pirata! —exclamó Balu deslumbrado.

—Ya has visto con qué agilidad se mueve tu perro por cubierta a pesar de las olas, y eso que sólo tiene tres patas. Está más claro que el agua que la sangre de un pirata famoso corre por sus venas.

Al oír semejante conclusión, Kors soltó un resoplido de desdén que se transformó en un gemido ahogado cuando el codo de Sol impactó contra sus costillas.

—Es verdad, *sahib* Kors, la *nagini* tiene razón. ¿Te acuerdas de que siempre decimos que es raro que el perro no se haya caído nunca al mar? —Se inclinó sobre el animal lleno de entusiasmo, sin dejar de acariciar su pelaje rasposo—. ¿Has oído? ¡A partir de hoy te llamarás *Silver*!

El holandés respondió a la sonrisa de triunfo de la joven con cara de circunstancias.

—¡*Silver*! —Meneó la cabeza con resignación—. En fin, qué se puede esperar de una mujer. Al menos, Te agradezco que me enviaras a una que cocina bien.

Sol lanzó una carcajada. Le gustaba aquel capitán Van Dijken; en especial, le divertía la forma en la que trataba de esconder la bondad de su corazón detrás de aquel humor mordiente que gastaba.

—Anda, Balu, trae la botella de vino del arcón. Me había olvidado de ella.

El niño volvió enseguida con la botella y Kors llenó los dos vasos de plástico hasta la mitad.

—¡Por nuestra *nagini*, que cocina de un modo mágico! —Alzó el vaso en el aire.

Sol lo imitó sonriente y Balu, que tuvo que conformarse con brindar con agua, hizo lo propio con el suyo.

Después, sin que nadie le dijera nada, el niño se levantó, recogió los platos y fue a fregarlos a la cabina, seguido de cerca por el recién bautizado *Silver*. El holandés alzó las largas piernas y se acomodó sobre el banco de la bañera, y ambos paladearon a pequeños sorbos aquel vino algo picado, que, sin embargo, les supo a gloria, mientras contemplaban en silencio la espectacular puesta de sol.

Capítulo 3

Al oír la carcajada, Kors alzó la vista de la hélice abollada que había sacado del agua esa misma mañana. En cuanto vio su estado, supo que reparar el motor del catamarán quedaba fuera de sus posibilidades como mecánico. Después de darle unas cuantas vueltas a aquel nuevo contratiempo, se dijo que, si lograba ingeniárselas para apañar algún artilugio que hiciera las veces de timón, podrían tratar de salir de la pequeña ensenada e ir navegando cerca de la costa hasta llegar a algún puerto lo suficientemente importante como para tener un taller de reparación de embarcaciones.

A juzgar por la última posición que marcaba el Tridata antes del cortocircuito, calculaba que estaban en algún punto intermedio de la costa entre Rabat y Tánger, así que había decidido que la mejor solución sería tratar de llegar hasta esta última.

Sin embargo, al oír la alegre carcajada de Sol, decidió olvidarse de sus preocupaciones, al menos durante unos minutos. La joven leía un libro a pocos metros de él, recostada como solía sobre unos almohadones colocados en la red de proa, a la sombra de la improvisada toldilla.

—¿Qué es eso tan gracioso?

—Tú.

Con el ceño fruncido, se acercó a ella y le quitó el libro que tenía entre las manos.

—¿Quién te ha dado permiso para cogerlo?

—¡Vaya por Dios! Se me había olvidado que en este barco hay que pedir permiso para todo. —Le lanzó una mirada cargada de malicia—. Sales muy guapo en la foto, capitán Van Dijken, seguro que, cuando subes a una mujer a bordo, se queda deslumbrada al verla.

Kors se aclaró la garganta, ligeramente avergonzado. Era cierto que alguna vez que había metido a alguna mujer en su camarote había dejado su libro, como quien no quiere la cosa, a plena vista y abierto por la página en cuestión. Por lo general, el truco funcionaba; a la mayoría de ellas les daba morbo pensar que iban a acostarse con un escritor famoso.

—¿Sabes que me he leído la mayoría de tus libros? Me encanta esa mezcla de humor y aventuras, haces que tus lectores viajen hasta los lugares que describes sin más ayuda que su imaginación, y eso que las fotos son bestiales.

Sin saber por qué, su entusiasmo lo molestó, y respondió cortante:

—Espero que no te conviertas en una *groupie* ansiosa, de esas que sólo buscan tener un encuentro sexual con su ídolo para poder contarlo más tarde.

Aquel ácido comentario la hizo soltar una carcajada.

—Tranquilo, capitán, tu virtud está a salvo conmigo —replicó burlona—. Si quieres que te sea sincera, aún no tengo el cuerpo para muchas alegrías.

El holandés recorrió con la mirada ese cuerpo del que hablaba, enfundado en el escueto bikini color turquesa que llevaba bajo la ropa el día que la encontró en la cueva. A pesar de que aún le faltaban por recuperar varios kilos, había ganado algo de peso en la última semana, y gracias a la dieta más variada y mucho más apetecible desde que ella había tomado el mando de la cocina, el cabello castaño con reflejos dorados había recuperado su brillo. Le había bajado la hinchazón de la mejilla y, aunque aún se podían

apreciar las sombras de varios cardenales en su piel, los rasgos delicados habían aflorado de nuevo. Sorprendido, se vio obligado a reconsiderar sus primeras impresiones. Con aquel pelo tan corto que enmarcaba las facciones agraciadas y el cuerpo delgado de miembros largos y frágiles, parecía un efebo algo afeminado, pero de una rara belleza.

—Sin embargo, reconozco —ajena por completo a los pensamientos de su interlocutor, Sol prosiguió con los cálidos ojos verdes clavados en él— que estoy emocionada de haber conocido al hombre cuyos libros me han hecho soñar durante años con lugares maravillosos y desconocidos. Anda, devuélvemelo.

De mala gana, Kors cerró el libro con un golpe seco y se lo tendió de nuevo, al tiempo que tomaba nota mental de esconder todo lo que no quería que ella encontrase, aunque tenía la sensación de que era demasiado tarde. No sabía cómo, pero, de alguna manera, aquella mujer se había apropiado de una buena parte de su vida sin pedir permiso.

La observó de reojo mientras fingía enfrascarse en la reparación del motor. A pesar de ese aspecto de pajarito recién caído del nido, cada vez le costaba más apartar la mirada de ella. Había algo en Sol Lawrence, una especie de vitalidad contenida que desprendía hasta el último de sus movimientos y que lo atraía poderosamente.

Los grandes ojos verdes se perdían a menudo en la inmensidad del mar llenos de tristeza, y el holandés no necesitaba un diploma en psicología para saber que, en esos momentos, ella pensaba en el hijo que había perdido. Sin embargo, no había vuelto a hacer ningún comentario al respecto, como si estuviera más que acostumbrada a guardarse sus penas para ella sola.

En las últimas semanas había recuperado gran parte de sus fuerzas. Ya no tenía que llevarla en brazos cada vez que quería subir a cubierta y tampoco se ocupaba ya de su aseo. Sin hacer caso de sus protestas —pues Kors seguía pensando que era demasiado pronto y que aún no estaba recuperada por completo—, Sol echaba una mano a Balu con las tareas menos onerosas. En especial, se ocupaba de cocinar con los escasos ingredientes que tenía a su alcance un par de comidas al día, algo de lo que Kors se felicitaba cada vez que probaba uno de sus platos.

No obstante, se cansaba enseguida y seguía pasando buena parte del tiempo a la sombra de la vela, durmiendo, leyendo, dibujando o fabricando collares y pulseras con trozos de cabos viejos, conchas y caracolas que Balu recogía en la playa. Kors aprovechaba para lanzarle alguna que otra pulla cada vez que tenía ocasión, pero en realidad estaba impresionado: Sol Lawrence era una verdadera artista.

El pequeño polizón también estaba encantado con aquella *nagini* de manos mágicas que habían sacado del mar y lucía, muy ufano, un llamativo collar hecho con un cabo de colores chillones y el esqueleto de una estrella de mar que resaltaba impactante contra su piel oscura.

Un día, Sol había insistido en pintarlo mientras el niño desenredaba unos aparejos de pesca. Sin dejar de charlar con él, había pasado más de una hora dibujando con un bolígrafo en un cuaderno que el holandés le había prestado a regañadientes. El pequeño Balu, muerto de curiosidad y encantado al mismo tiempo de ser el centro de atención, le había rogado varias veces que le dejara ver su retrato, pero ella se había negado todas y cada una de ellas, con la excusa de que un verdadero artista no enseña su obra hasta el final. Sin dejar de dibujar, había seguido sacándole información sobre su vida en la India, los años para los que había trabajado y su madre muerta.

Balu le había contado de buena gana todo lo que recordaba de aquellos tiempos bastante más duros que los actuales, y que ahora, tras llevar más de cinco meses recorriendo el mundo en el barco del *sahib*, se le antojaban muy lejanos. Le gustaba aquella *nagini*, se dijo sin apartar la mirada de los sedales que

trataba de desenmarañar. No se parecía en nada a las que salían en las historias que le había contado el viejo y que tanto lo asustaban. A pesar del aspecto tan extraño que tenía, con aquel pelo dorado más corto que el suyo, y esos ojos inquietantes del color de los bebedizos de la bruja de su aldea, la *nagini* era divertida, muy sabia y, además, cocinaba de muerte.

—Un último toque y tachán, tachán... ¡Ya puedes mirar!

Balu se levantó de un salto, cogió el cuaderno que ella le tendía y su enorme sonrisa se borró de golpe.

—Pero éste no soy yo, *nagini*. —Su decepción era patente.

No es que el dibujo no estuviera bien, todo lo contrario; era tan realista que parecía que en cualquier momento aquel niño pintado con tinta azul se levantaría de la cubierta y apartaría los aparejos a un lado como él acababa de hacer, pero... Desilusionado, alzó los ojos para mirarla. Los labios de la *nagini* esbozaban una sonrisa misteriosa.

—¿Estás seguro de que no eres tú?

Balu volvió a examinar el dibujo con atención y, de pronto, su boca se abrió en una «O» casi perfecta. Los ojos del chico, grandes y brillantes, que ella había dibujado eran iguales que los suyos, lo mismo que el pelo, muy negro y liso. Esa sonrisa de paletas ligeramente torcidas era la suya también, y entonces comprendió que, en efecto, aquel niño era él. Lo que ocurría era que la *nagini* no había pintado su labio deforme, y en el retrato su oreja derecha, similar a una concha pequeña y perfecta, era exactamente igual que la izquierda.

—¡Es verdad, soy yo! —Aún no podía creerlo del todo—. Aunque me has pintado como a un niño normal.

—Eres un niño normal, Balu. Un niño muy guapo, para más señas. Así es como yo te veo.

El pequeño aferró el cuaderno con fuerza y sus ojos oscuros se humedecieron.

—¿Me lo puedo quedar, *nagini*?

—Por supuesto. —Sol alcanzó el cuaderno, arrancó la hoja y se la tendió.

El chiquillo la apretó contra su pecho escuálido y prometió emocionado:

—Lo llevaré siempre conmigo.

Y Kors, que había observado toda la escena desde lejos, supo que, a partir de ese momento, el pequeño Balabhadra sería el esclavo de la *nagini*.

Después de comer, Kors aprovechó que ella dormitaba a la sombra de la toldilla, cogió el cuaderno que ahora yacía a su lado y empezó a hojearlo sin pedir permiso. De pronto, ante sus ojos sorprendidos fue surgiendo un mundo fascinante con una fauna y una flora propias, a medio camino entre la realidad y la fantasía. Aquellas singulares criaturas no eran terrestres ni marinas y, sin embargo, parecían tan reales que daba la sensación de que cobrarían vida de un momento a otro. Entre las ilustraciones de flores exuberantes y animales fabulosos, descubrió varios bocetos más de Balu, un par de apuntes del perro y un retrato de él mismo.

Lo estudió con curiosidad. Sol lo había dibujado de perfil, con los párpados entornados y la melena al viento, pero, en vez de los viejos bañadores que llevaba a todas horas, lo había vestido con pantalones largos y una capa de pieles por encima de los hombros que dejaba al aire su torso desnudo. También se

había tomado la licencia de trenzar su barba y colocarle una pesada espada en el puño. En resumen, era la viva imagen de un gallo de aspecto fiero.

—Impresionante. —A pesar de que lo había dicho en voz baja, Sol abrió los párpados, lo miró con ojos somnolientos y alzó una ceja interrogante.

—¿No eras tú el que insistía en pedir permiso para todo?

El holandés no parecía en absoluto avergonzado de haber sido sorprendido cotilleando su cuaderno.

—Soy el capitán del *Sea Bitch*, éste es mi pequeño reino y en él hago lo que me da la gana.

Sin inmutarse por su grosería, Sol preguntó con curiosidad:

—¿*Sea Bitch*? ¿«La perra del mar»? Bonito nombre. ¿Una antigua novia a la que recordar con afecto?

Impasible, Kors respondió sin levantar la vista del cuaderno:

—Ya llevaba ese nombre cuando la compré. Al parecer, durante una travesía por el archipiélago de Marajó, en Brasil, el antiguo propietario, un viejo con bastante pasta, sorprendió a su joven esposa tirándose a su profesor de capoeira, un mulato de casi dos metros según cuenta la leyenda, en el camarote principal. Sin embargo, lo peor no fue eso...

—¿Ah, no? —Sol lo miró divertida.

—No. Lo peor fue que el mulato era también el amante del viejo, y eso sí que lo jodió. Así que los hizo desembarcar en una de las islas a punta de pistola y allí los dejó. ¡No te rías! Igual aún siguen por ahí, jugando a los robinsones. Luego le cambió el nombre al barco y lo vendió, y un par de años después el nuevo comprador me lo vendió a mí. Este bastardo ya ha dado unas cuantas vueltas al mundo.

El holandés palmeó el palo mayor con afecto, antes de dirigir de nuevo su atención hacia el cuaderno.

—Así que un bárbaro, ¿eh?

—Es ese aspecto fiero que te caracteriza, tan masculino, tan peligroso, tan mmm... —Puso los ojos en blanco.

—Y ¿por qué no mejor un vikingo? Están más de moda y tienen más *sex-appeal*.

—No, Georg es un joven vikingo y tú eres un bárbaro de las Galias.

Sin saber por qué, su comentario lo molestó.

—Desde luego, estás muy encariñada con tu presunto asesino.

—Ya te he dicho...

Kors la cortó en seco.

—Sí, ya me lo has dicho. —Sacudió el cuaderno que tenía en la mano—. Volviendo a estos dibujos, ¿estudiaste Bellas Artes?

Los ojos verdes de Sol se perdieron en el horizonte.

—Dejé los estudios en cuanto terminé el colegio.

—¿Me quieres decir que nunca has recibido lecciones de arte?

Al notar su incredulidad, ella encogió los hombros delgados con indiferencia.

—*Nop*. Soy autodidacta.

—No me lo creo, eres demasiado buena.

—Bah, no es para tanto. —Un nuevo encogimiento de hombros—. A lo mejor lo heredé de mi padre, el sí que era un escultor magnífico. Luna, mi hermana melliza, es la que vale en la familia. Sacó la carrera de Derecho con matrícula de honor, y eso que por las tardes trabajaba en una tienda de ropa para pagarse los estudios.

Kors conocía aquel tono de fingida indiferencia, era el mismo que él adoptaba en su adolescencia cuando su padre le repetía una y otra vez que era un inútil que no valía para nada. Comprendió que, de forma inesperada, acababa de atravesar la fachada de alegre indiferencia tras la que se ocultaba aquella joven a la que su temperamento artístico, con toda probabilidad, volvía aún más sensible. De repente le entraron ganas de cogerla entre sus brazos y apretarla contra su pecho; sabía por experiencia lo difícil que resultaba a veces conservar la autoestima cuando la gente que tenías a tu alrededor se empeñaba en hundirte. No obstante, su rostro no traicionó la menor emoción al comentar con frialdad:

—Eres buena. Te guste oírlo o no.

Muy despacio, la boca de labios sensuales se distendió en una sonrisa cálida que aceleró su respiración.

—Tú sí que eres bueno —repuso Sol, y, antes de que él pudiera negarlo de manera categórica, se levantó y se dirigió hacia la proa del catamarán—. Tengo calor, voy a bañarme.

Al holandés no le dio tiempo a protestar. Con una agilidad pasmosa, la joven se subió de un salto a la barandilla metálica que había justo en la punta de uno de los patines con el cuerpo vuelto hacia él. Kors se quedó clavado donde estaba, temeroso de que el más mínimo movimiento la hiciera perder el equilibrio, caer hacia atrás y desnucarse. Pero aquella maldita mujer se limitó a guiñarle un ojo provocadora y, sin darle tiempo a reaccionar, se lanzó de espaldas al vacío dibujando un arco perfecto antes de atravesar la superficie del mar con la precisión de un estilete. Con el corazón en la garganta, el holandés corrió a asomarse por la borda, pero no había ni rastro de ella.

—¡Balu, Balu! ¡Voy a buscarla!

—¡Está ahí, *sahib*!

El niño, que lo había visto todo, señaló con un brazo hacia la popa del barco, y su tono agudo y excitado detuvo a Kors en seco justo cuando estaba a punto de lanzarse al agua de cabeza. Corrió hacia la popa y, en efecto, allí estaba ella, muerta de risa, saludándolo con el brazo. El alivio que experimentó se convirtió al instante en una rabia intensa que lo hizo verlo todo rojo.

—¡Te crees muy graciosa, ¿verdad?! ¡Pues despídete de subir a bordo! —le gritó con salvajismo.

Balu se volvió hacia él inquieto.

—Pero, *sahib*... —protestó.

—Vigila que no suba y, si lo intenta, golpéala con esto. —Le entregó el bichero que empleaban para atracar y desatracar.

El niño se quedó con aquella asta que acababa en un gancho metálico en la mano sin saber qué hacer. No le gustaba desobedecer al *sahib*, pero tampoco podía dejar que la *nagini* siguiera nadando en círculos hasta que se quedara sin fuerzas y se hundiera.

Al ver la expresión furiosa del capitán del *Sea Bitch*, que parecía más barbárico que nunca, Sol lanzó una carcajada y, con una intensa sensación de felicidad, dio una voltereta en el agua cristalina. Amaba el mar con toda su alma, y durante su convalecencia lo había añorado como echaría de menos a un viejo amante. Aspiró con fuerza y volvió a sumergirse bajo la quilla del barco, disfrutando del animado mundo submarino que se extendía ante su vista.

Cuando eran niñas, su hermana y ella habían vivido en la casita que sus padres construyeron frente a la maravillosa playa de El Palmar, en Cádiz. Durante aquellos años felices no habían ido al colegio. Su madre se había ocupado de enseñarles a leer y a escribir, las matemáticas básicas, y a inculcarles el amor que ambas sentirían ya para siempre por los libros. Su padre se había encargado de hablarles en inglés, su lengua materna, hasta que lo dominaron a la perfección, y las había enseñado a apreciar la belleza que

permanecía oculta en todas las cosas hasta que alguien la hacía emerger a la superficie. En aquellos tiempos, casi no pasaba un día —daba igual que hiciera frío, que soplara el viento o que hubiera estallado una tormenta— sin que se bañaran en el mar o salieran a navegar.

Cuando su abuelo se hizo cargo de ellas al morir sus padres había comentado con desprecio que ya era hora de poner fin a aquella vida de salvajes que llevaban, y apenas unos días después las embarcó en el tren que las llevaría directas al internado madrileño en que las había matriculado y del que ya ni siquiera regresarían en vacaciones.

Durante aquellos largos años, Sol había sentido la ausencia del océano como un dolor físico. Así que, en cuanto terminó el colegio, volvió a la casa de sus padres y se estableció en ella. No tenía un empleo regular; a veces trabajaba de camarera en algún garito o se bajaba al moro para conseguir un poco de hachís y trapichear con él. Cada cierto tiempo se presentaba en Jerez y le daba algún que otro sablazo a la adinerada familia de su abuelo. Vivía a salto de mata, pero sus necesidades eran sencillas y le gustaba esa vida, libre y sin obligaciones de ningún tipo. Ni siquiera tenía un móvil, y eso que su hermana protestaba a menudo porque en numerosas ocasiones le resultaba muy difícil contactar con ella. Sin embargo, todo cambió cuando se enteró de que estaba embarazada.

Por supuesto, la noticia la había pillado completamente desprevenida. Había mantenido relaciones con muchos hombres a lo largo de su vida, y en todas las ocasiones había tenido buen cuidado de tomar precauciones; en este caso también había sido así, pero, a pesar de ello —y como ya había experimentado a menudo en sus carnes—, Dios, el destino o quienquiera que se encargase de esos asuntos se reservaba siempre un as en la manga, sin duda para reírse de los humanos que pensaban, ilusos ellos, que lo tenían todo bajo control.

Con un poderoso impulso, salió de nuevo a la superficie. Vio a Balu en la popa, con el bichero al hombro y cara de estar pasando un mal rato, y lo saludó con la mano.

—¿Vienes a bañarte? ¡Está buenísima!

—El *sahib* Kors ha dicho que debo quedarme aquí para que no subas. —No parecía en absoluto entusiasmado con su cometido; incluso *Silver*, que se rascaba la oreja con furia con su única pata trasera, parecía indignado.

—No te preocupes, Balu. Iré a la playa a explorar hasta que al *sahib* se le pase el mal humor.

Al oír aquel comentario impertinente, Kors, que justo en ese momento trataba de acoplar un trozo de metal a la pala rota del timón, apretó con tanta fuerza que se hizo un corte en la palma de la mano. La larga ristra de maldiciones que siguió habría pulverizado todos los récords en cualquier competición mundial, de haber existido alguna, pero Sol se limitó a lanzar una carcajada cascabelera que tuvo el poder de irritarlo aún más si cabe, antes de alejarse nadando en dirección a la playa con un estilo impecable.

No eran más de un centenar de metros; sin embargo, el holandés se quedó vigilándola con disimulo. Desde luego, no daba la sensación de que fuera a ahogarse, se dijo; saltaba a la vista que había pasado mucho más tiempo de lo que era habitual en remojo. La observó salir del agua y sacudir el pelo corto con un movimiento sensual y a la vez completamente natural, salpicando relucientes gotas de agua en todas las direcciones, y notó aquella —cada vez más habitual— tensión entre las ingles.

—Llevo demasiado tiempo sin sexo —murmuró entre dientes, enojado consigo mismo.

Había evitado durante meses a las mujeres que se acercaban insinuantes a su barco cada vez que atracaba en algún puerto; no estaba por la labor de contraer una enfermedad venérea por compartir aquellos cuerpos con la mitad de la marinería mundial.

Su última relación sentimental había tenido lugar hacía demasiados meses con una norteamericana algo excéntrica con la que había coincidido en Cukai, un pequeño puerto fluvial de Malasia, cuando recorría la zona para documentarse y hacer las fotos que luego utilizaba en sus libros de viajes. Tina le había contado que acababa de divorciarse de un hombre muy rico al que había sorprendido en su propia cama con la canguro adolescente de unos vecinos. Sin hijos ni familia de la que ocuparse, y con un buen pellizco de la fortuna de su ex en el banco, había decidido dedicar el resto de su vida a la protección de los orangutanes en uno de los centros más importantes de esas características en Sarawak, pero el guía que había contratado para que la llevara hasta allí, después de haberle cobrado a precio de oro, la había abandonado en aquel lugar perdido de la mano de Dios y no encontraba el modo de continuar hacia su destino.

El holandés se había apiadado de aquella mujer con más agallas que sentido común y se había ofrecido a llevarla hasta Sarawak; siempre y cuando no le importara que la travesía fuera lenta, ya que, según le explicó, antes debía visitar y fotografiar una serie de rincones casi inexplorados que iba a incluir en su libro. Ella aceptó su proposición encantada, y durante las cuatro semanas que duró el viaje se convirtieron en amantes.

Tina tenía más o menos de su edad —unos treinta y seis— y era una mujer atractiva, pero, a pesar de ello, Kors estaba seguro de que, si no hubiera sido por las circunstancias, ninguno de los dos se habría fijado en el otro. Sospechaba que lo que ella necesitaba era un subidón de autoestima después de aquel divorcio traumático, y él, una vez más, llevaba demasiado tiempo sin sexo. El acuerdo fue satisfactorio para los dos, y cuando por fin llegaron a Sarawak, se despidieron amistosamente sin intercambiar ni una sola promesa que ambos sabían que no podrían cumplir.

Así que allí estaba él ahora, casi ocho meses después, babeando por una mujer que no parecía mucho mayor que la adolescente con la que el exesposo de Tina la había engañado.

«¡Hombres!», masculló con desprecio. Estaba claro que la mayoría, él incluido, cojeaban del mismo pie.

Fascinado, la observó alzar los brazos al cielo con una expresión de intenso placer dibujada en el rostro, antes de lanzarse a una frenética ronda de volteretas sobre la arena apelmazada de la orilla con la destreza de una gimnasta olímpica. Oyó a Balu jalearla y aplaudir, y él tuvo que hacer un esfuerzo gigantesco para no hacer lo mismo, y se vio obligado a hacer uno aún mayor para apartar los ojos de ella y concentrarse en arreglar de una vez aquel maldito timón.

Dos horas después, la voz de Balu lo sacó de su abstracción.

—*Sahib* Kors, hace mucho rato que no veo a la *nagini*.

El holandés alzó la cabeza alarmado. Había estado concentrado por completo en acoplar aquella pieza metálica al timón, lo que había conseguido después de mucho sudor, docenas de maldiciones y un par de dedos lastimados, y no se había percatado de que el sol ya estaba muy cerca de la línea del horizonte.

Soltó una palabrota y escudriñó la playa en busca del cuerpo delgado y ágil enfundado en el bikini turquesa, pero no descubrió ni rastro de él. Se volvió hacia el niño.

—¿Dónde estaba la última vez que la viste?

—Subía por el acantilado, *sahib* Kors, me saludó desde aquella roca de ahí.

El chico señaló con el dedo un saliente rocoso situado un poco más arriba de la mitad de la pared de piedra. Sin perder más tiempo, Kors se dirigió hacia la popa, soltó las amarras del *dinghy* y se encaramó a él. Arrancó el pequeño motor fueraborda de un tirón y se alejó en dirección a la playa.

Al llegar, levantó el motor para que la hélice no rozara el fondo, se bajó de un salto del pequeño bote neumático y tiró de él hasta que quedó bien encallado en la arena. Sacó los viejos zapatos de goma que siempre llevaba en la motora y se los puso antes de empezar a subir a toda prisa los peldaños naturales que el tiempo y los elementos habían excavado en la roca.

Al llegar a la cima agitó el brazo con fuerza y, al instante, un diminuto Balu sentado en la cubierta de la embarcación, que se mecía con suavidad al compás del rítmico vaivén de las olas varias decenas de metros más abajo, sacudió el suyo en respuesta.

Cada vez más preocupado, Kors miró a su alrededor indeciso. Al fin, optó por seguir el estrecho sendero de tierra que conducía a un bosquecillo de árboles escuálidos en el que, durante sus primeras exploraciones, había descubierto el manantial del que se abastecían. Allí la encontró pocos minutos después, hecha un ovillo sobre la hierba rala que crecía justo al lado de la fuente, durmiendo con placidez.

Parecía una niña con las rodillas huesudas dobladas contra el pecho y la mejilla apoyada encima de las manos. Tenía el pelo muy revuelto y los senos, cubiertos tan sólo por el sujetador del bikini, subían y bajaban con suavidad al compás de su respiración.

Después de las terroríficas imágenes que su cerebro había imaginado, al verla allí tan tranquila, ajena por completo a la horrible preocupación que se había apoderado de él, volvió a sentir la misma rabia que cuando Sol se había arrojado al mar desde lo alto de la embarcación con una pirueta peligrosa.

Barajó la idea de acercarse a ella y sacudirla con fuerza. «Le estaría bien empleado que le diera un susto de muerte», se dijo resentido. Sin embargo, lo que hizo fue acucillarse a su lado sin hacer el menor ruido y se quedó contemplándola. No estaba acostumbrado a que una mujer disparara en segundos semejante montaña rusa de emociones en su pecho, pero desde que la subió a bordo, ella había disfrutado de ese poder.

Sin pensar, alargó una mano y rozó con los nudillos la suave piel del brazo y, al sorprenderse a sí mismo, la retiró en el acto y se llamó estúpido. Debía reconocer que se sentía fascinado por ella; por la manera extraordinaria en que, de pronto, había entrado en su vida dispuesta, al parecer, a quedarse. Pero no era un idiota. Saltaba a la vista que para Sol Lawrence él no ejercía mayor atractivo que el pequeño Balu. Tenía la sensación de que los consideraba algo así como unos parientes lejanos, una familia en la que hubiera aterrizado de repente, algo extraña, eso sí, aunque bien avenida.

Las sombras se iban alargando cada vez más, y Kors comprendió que debían regresar si no quería que se les hiciera de noche. Así que apoyó la rodilla en la tierra, la alzó entre sus brazos y se puso en pie con un movimiento fluido, sorprendido por lo poco que pesaba.

Sol abrió los párpados sobresaltada, pero al ver que era él se tranquilizó en el acto y, según su costumbre, le rodeó el cuello con los brazos y se acomodó mejor, sin apartar los ojos verdes de su rostro.

—¿Te he asustado? —Kors se limitó a mirarla con el ceño fruncido mientras avanzaba por el sendero a buen paso; sin embargo, sus siguientes palabras lo desarmaron por completo—: Perdóname. Tenías razón, aún no estoy totalmente recuperada. Lo de hoy ha sido demasiado para mí. Al llegar al manantial me sentía tan cansada que pensé que lo mejor sería tumbarme y cerrar los ojos un momento, pero debí de quedarme profundamente dormida. Lo siento.

A pesar de que aquella inesperada disculpa había disipado su enojo, el holandés se limitó a proferir un gruñido por toda respuesta. Cuando llegaron al borde del acantilado, se detuvo unos segundos y notó cómo ella contenía el aliento mientras contemplaba la puesta de sol.

—Podría pasarme la vida disfrutando de momentos como éste —dijo con voz suave al tiempo que apartaba del rostro de Kors un mechón que la brisa había alborotado y lo colocaba detrás de su oreja con delicadeza.

El tacto ligero de sus dedos esbeltos lo afectó hasta el punto de que tuvo que apretar los labios con fuerza para no soltar un gemido de deseo. A duras penas logró controlar las ganas de besarla apasionadamente; sin embargo, ella no pareció notar nada extraño.

—Será mejor que me sueltes. No podrás bajar conmigo en brazos.

Sin hacerle el menor caso, el holandés apretó aún más los brazos en torno a su cuerpo antes de empezar a descender con seguridad los escarpados peldaños de piedra. Sol se alegró al comprender que, para aquel hombre tan fuerte, llevarla en brazos no constituía ninguna proeza. Estaba tan cansada que dudaba de que sus piernas lograran sostenerla hasta llegar al pie del acantilado, por lo que, con un suspiro de contento, encajó la cabeza en el hueco de la garganta morena —un lugar de la anatomía masculina que parecía expresamente diseñado para ese propósito— y aspiró con deleite el familiar aroma que desprendía aquel hombre que se empeñaba en rescatarla una y otra vez.

Para Kors, por el contrario, el camino de regreso fue una tortura china, a pesar de su brevedad. Trataba de concentrarse en elegir bien el lugar donde ponía los pies, ya que la visibilidad disminuía rápidamente, pero sentir el cálido aliento en el cuello y su cuerpo relajado por entero entre sus brazos lo estaba matando.

En cuanto llegaron abajo, la depositó en el *dinghy* con suavidad y empujó la embarcación mar adentro.

—Imagino que sabes conducir uno de éstos, ¿no?

—¿Tú no vienes? —preguntó ella extrañada.

—Tengo mucho calor, mejor volveré a nado.

La joven lo miró sorprendida. El sol casi se había ocultado por completo y había refrescado un montón; de hecho, tenía la carne de gallina.

—Sé manejarlo, pero ¿estás seguro? Yo estoy helada.

—¡Arranca y lárgate de una vez! —ordenó él de malos modos.

Sol alzó las palmas de las manos en un gesto tranquilizador y trató de apaciguarlo del mismo modo en que lo haría con un niño caprichoso.

—Bueno, bueno, no hace falta ponerse nervioso. Ya me voy. —Tiró con fuerza del cordón del motor, que arrancó a la primera, y puso rumbo al catamarán a toda velocidad.

Kors la observó alejarse sin dejar de mascullar improperios. En efecto, el agua estaba helada y no le apetecía lo más mínimo regresar a nado, pero si se hubiera subido a la barca en ese momento, su excitación habría sido más que evidente. De mala gana, empezó a dar brazadas de crol para entrar en calor y, cuando alcanzó la escalerilla del barco, ya no quedaba ni rastro de su erección.

Tiritando, se dirigió con rapidez a su camarote, pero al abrir la puerta se quedó petrificado. Justo en ese momento, aquella mujer que parecía haber sido creada con el único fin de volverlo loco —vestida tan sólo con los pantalones largos, que, junto con el bikini, una camiseta y una cazadora vaquera que en ese momento estaban tendidos en cubierta, constituían todas sus posesiones— deslizaba por su cabeza el

viejo jersey de lana que él le había prestado. Durante los pocos segundos que tardó en colocárselo, se enfrentó cara a cara con aquellos pechos de tamaño perfecto, ni muy grandes ni muy pequeños, cuyos pezones rosados, endurecidos por el frío, parecían invitarlo a posar la boca sobre ellos.

—Yo... —Se quedó inmóvil sin saber qué decir.

Pero ella reaccionó con toda naturalidad —al fin y al cabo, él era el mismo hombre que no sólo la había visto desnuda en numerosas ocasiones, sino que, además, aquellos dedos ásperos la habían tocado por todas partes durante su convalecencia— y comentó sin el menor signo de turbación:

—Se me olvidó decírtelo. Le pedí a Balu que llevara tus cosas al camarote grande, no me parecía justo seguir ocupándolo. Además, con el poco equipaje que traje conmigo, aquí tengo sitio de sobra.

El holandés no respondió a su intento de bromear; estaba demasiado concentrado tratando de decidir si tendría que darse otro baño en el mar. Finalmente, se dio media vuelta y, sin decir una palabra, desapareció en el interior del camarote principal dando un portazo.

Sol frunció ligeramente las delicadas cejas castañas. No era que aquel hombre fuese el tipo más fácil del mundo, se dijo, pero ese día estaba especialmente raro. Un rato después, se encogió de hombros y subió a cubierta dispuesta a limpiar los peces que había pescado Balu y a asarlos en la parrilla para la cena.

Kors tardó un buen rato en salir de su camarote. Se había secado bien con una toalla, aunque seguía teniendo el pelo húmedo, y se había puesto ropa seca: unas bermudas de color caqui muy desgastadas y una sudadera con capucha que en algún momento debía de haber sido negra y que ahora estaba completamente descolorida. Su aspecto, con aquel ceño perenne, era aún más salvaje que de costumbre cuando se sentó en el banco de la bañera sin decir una palabra.

Sol empujó en su dirección un apetitoso plato de huevos fritos acompañados con arroz y pescado y, sin molestarse en darle las gracias, él cogió un tenedor y lo devoró en pocos minutos mientras Balu hacía lo propio a su lado.

—Me temo que se han acabado los últimos huevos y empiezan a escasear los alimentos no perecederos.

Algo más calmado después de haber saciado al menos uno de sus apetitos más confesables, el holandés dijo en un tono casi amistoso:

—El timón está listo, sólo me queda revisar el aparejo. Mañana dedicaré el día a esta tarea y pasado mañana nos haremos a la mar. Cruzaremos los dedos para que mi invento aguante y haremos un par de escalas antes de llegar a Tánger. Si el viento sigue soplando del oeste, calculo que no debería llevarnos más de veinticuatro horas.

—¿Has oído, Balu? —Sol se volvió hacia el niño, sonriente—. Vamos a conocer mundo. ¡Hip, hip...!

—¡Hurra! —El rostro moreno resplandecía de contento, y *Silver* se sumó a la celebración con sus ladridos.

Kors se llevó las manos a los oídos, pero, muy a su pesar, los ensordecedores gritos de júbilo de aquella tripulación tan poco ortodoxa le hicieron esbozar una de sus raras sonrisas, que borró en el acto al oír el comentario de Sol:

—Estás muy guapo cuando sonrías.

—¡Deja de coquetear conmigo! —ordenó enfadado.

—Pero es que a mí me gusta coquetear. —No había que ser un lince para comprender que se estaba riendo de él—. ¿A que está guapo nuestro capitán cuando sonrío, Balu?

El niño entró en el juego en el acto y chilló:

—¡Sí, el *sahib* Kors es muy guapo y muy bueno!

—¡Callaos los dos o sufriréis las consecuencias!

Sin dejar de reír, Balu y Sol se alejaron un poco para ponerse a salvo y siguieron provocándolo:

—¡El guapísimo y sonriente capitán Van Dijken! —gritó ella.

—¡El bueno del *sahib* Kors!

Al momento, el holandés se levantó de un salto y se abalanzó sobre ellos, que trataron de esquivarlo entre gritos, carcajadas y los ladridos enloquecidos del perro. Kors atrapó a Balu y empezó a hacerle cosquillas sin piedad hasta que se le saltaron las lágrimas. Al ver el modo en que el niño se retorció entre sus brazos, suplicando entre risas que lo soltara, Sol acudió en su ayuda. Sin hacer ruido, se le acercó por la espalda y rodeó con sus brazos los poderosos hombros del holandés en un patético intento de sujetarlo.

Sin soltar al pequeño, Kors atrapó a Sol con el otro brazo y los inmovilizó a ambos debajo de su cuerpo y, con el ceño fruncido, le dirigió al chico su mirada más estremecedora.

—A ver, Balu, ¿quién es el capitán más feo que surcó nunca los mares?

Completamente congestionado por las carcajadas, el chiquillo respondió al instante:

—¡El *sahib* capitán, hijo de una mona amarilla y del demonio Kirtimukha! Es tan feo que incluso el poderoso Visnú se tapa los ojos con una cortina de lluvia para no verlo.

—Muy poético, sí, señor. Está bien, puedes irte.

Alzó el brazo izquierdo y lo dejó marchar. Entonces se apoyó sobre ambos antebrazos para no aplastar a Sol con el peso de su cuerpo y bajó la mirada hacia ella, que, agotada de tanto reír, había dejado de debatirse.

—Y ahora tú, malvada *nagini*: ¿quién es el capitán más sanguinario que navegó jamás?

Casi sin aliento, Sol respondió con una enorme sonrisa:

—¡El malvado capitán Van Dijken, el terror de los mares del sur! ¡Y del norte también! —añadió a toda prisa al verlo entornar los párpados amenazador.

—Así me gusta —sonrió Kors con arrogancia.

Pero la sonrisa se le borró de golpe cuando, de repente, tomó conciencia de ese cuerpo cálido debajo de suyo. El pecho de Sol rozaba el suyo cada vez que sus pulmones se alzaban en busca de oxígeno, y el holandés notó que se le secaba la garganta.

Al mirarse en los sonrientes iris verdes, comprendió que para ella aquel rifirrafe seguía siendo un juego. Él, en cambio, ya no tenía ningunas ganas de jugar. Lo que le pedía el cuerpo en ese momento era bajar la cabeza y atrapar con su boca los labios tentadores que se alzaban en las comisuras, llenos de diversión. Lo que le pedía el cuerpo era subirle hasta la barbilla aquel jersey que se interponía entre su boca y los maravillosos pechos y devorarlos. Lo que le pedía el cuerpo era desgarrarle los pantalones con brutalidad y hundirse en ella una y otra vez hasta saciar ese deseo ardiente que le impedía razonar. Lo que le pedía el cuerpo...

—Y a mí, ¿no me liberas?

La voz burlona de Sol lo arrancó de sus pensamientos con brusquedad. Azorado, se dio cuenta de que debía de llevar un buen rato inmóvil, encima de ella, perdido por completo en aquellos pensamientos clasificados X. Alzó los ojos hacia el muchacho, que los observaba con interés, y trató de responder con una calma que estaba muy lejos de sentir:

—¿Qué opinas, Balu? ¿La suelto?

—Primero debe prometer que será buena. —El niño estaba encantado con aquel juego, al fin y al cabo, no había habido mucho de eso en su vida.

—¡Serás traidor! —exclamó Sol indignada—. Te recuerdo que soy una *nagini*, pequeñajo, y las *naginis* se vengan. Siempre.

—Ya has oído a Balabhadra *el Afortunado*. —Kors se alegró al notar que, al menos, su voz no temblaba como hacía el resto de su cuerpo—. ¡Promete!

—Está bien, prometo que seré buena.

Acompañó su promesa de una nueva carcajada y, muy a su pesar, el holandés se vio obligado a liberarla. Despacio, se puso en pie y le tendió una mano para ayudarla a levantarse mientras reprimía el impulso de tirar de ella hacia sí con fuerza.

Unas horas más tarde, cuando salvo por el sordo rumor de las olas el silencio reinaba a bordo del *Sea Bitch*, Kors seguía maldiciendo entre dientes.

En un momento dado, no sabía qué especie de locura se había apoderado de él, y no se le había ocurrido nada mejor que sugerir que estaría bien ir a tumbarse sobre la red de proa para contemplar las estrellas que salpicaban el cielo nocturno. Tendidos los tres de espaldas, él y Sol habían competido para ver quién conocía la historia más interesante sobre aquellas mismas estrellas que, durante siglos, habían servido de guía a los navegantes. Balu, a quien le encantaban los cuentos, los escuchó fascinado hasta que se quedó profundamente dormido con la cabeza apoyada sobre el regazo femenino y el brazo en torno al cálido lomo de *Silver*.

Entonces, Kors había aprovechado para preguntarle por el hombre con el que pensaba casarse. Al contrario de lo que esperaba, Sol no había mostrado el menor reparo en hablar de Jeremy. Le contó que era un soldado norteamericano destinado en la base de Rota. Lo había conocido hacía unos meses en un bar de El Puerto de Santa María y enseguida se volvieron inseparables. A ambos los apasionaba el mar y navegar, y se reían un montón cuando estaban juntos. Confesó que no había planeado quedarse embarazada, pero que, cuando se enteró, tampoco fue un drama. Siempre le habían gustado mucho los niños, y entre sus escasos planes de futuro estaba tener hijos. Así que habían planeado casarse y marcharse a vivir a una pintoresca aldea de México al borde del mar. Un lugar idílico que él había conocido estando embarcado.

—Si no te hubieras quedado embarazada, ¿te habrías planteado casarte con él? —preguntó Kors a bocajarro, sin dejar de mesarse la barba.

Sin pedir permiso, Sol se recostó contra su hombro para estar más cómoda y contempló los miles de estrellas que salpicaban el cielo nocturno mientras consideraba la pregunta con detenimiento.

—No niego que el hecho de estar embarazada quizá influyera en mi decisión, aunque no pienses que me asustaba criar sola a mi hijo. Siempre he sido muy independiente. Además, sé de sobra que puedo contar con el apoyo de mi hermana, que es una persona mucho más responsable y sensata que yo.

»Tampoco pienses que no estoy enamorada de Jeremy. Él y yo nos parecemos mucho. Nos gustan las mismas cosas, nos reímos de las mismas tonterías, y me parece atractivo, muy atractivo. Cuando le conté esto mismo a Georg, me dijo que ésas no eran razones de peso para tomar la decisión de casarse, pero no

sé por qué no y como le dije a él: ¿quién puede garantizar el éxito de un matrimonio? Mis padres estaban locamente enamorados y no dudaron en hacer a un lado todos los obstáculos que encontraron para estar juntos. Es cierto que fueron muy felices, pero también es cierto que mucha gente sufrió por ese amor.

»Yo he estado con muchos hombres —el latigazo de celos que sintió Kors al oír esa afirmación tan franca lo sorprendió; nunca antes se había mostrado posesivo con una mujer—, pero mis sentimientos jamás han nublado mi juicio. Nunca he sentido que sería capaz de renunciar a todo por uno de ellos, como hizo mi madre. Sin embargo, hace tiempo que tengo ganas de formar una familia. Creo que Jeremy es un buen candidato y lo quiero, al menos, todo lo que yo soy capaz de querer, y el bebé que esperábamos inclinó definitivamente la balanza del lado del matrimonio.

Charlaron durante un buen rato mecidos por el vaivén de las olas, con los ojos perdidos en la inmensidad de la bóveda celeste y su infinita multitud de estrellas. A medida que el tiempo pasaba, Sol cada vez sonaba más somnolienta y, cuando no contestó a una de sus preguntas, Kors comprendió que se había quedado dormida.

Maldijo en voz muy baja para no despertarla. No se atrevía a moverse ni un milímetro. Alzó un poco la cabeza para mirar al resto de la tripulación; Balu y el perro seguían en la misma postura, roncando ligeramente.

«Menudo cuadro», se dijo sarcástico. Seguro que Él se estaba partiendo la caja al contemplar desde arriba aquella escena tan tierna.

El peso de la cabeza de Sol sobre su hombro y el calor de la pequeña mano apoyada en su muslo estaban empezando a marearlo. Demasiado tarde se daba cuenta de que su estúpida idea de contemplar las estrellas había sido eso: estúpida, y allí estaba él, pobre idiota, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre para no gemir de deseo.

Capítulo 4

Como había anunciado el día anterior, el capitán Van Dijken dedicó buena parte de la mañana a comprobar que el aparejo del catamarán estaba en orden después del temporal. Con el largo cabello recogido en un moño en lo alto del cogote y vestido tan sólo con un traje de baño que dejaba a la vista su cuerpo bronceado, verificó que ninguno de los cabos estuviera desgastado y cambió un par de ellos por otros nuevos. Repasó las escotas una a una, los herrajes y los cables, las poleas, los pasadores; se aseguró de la ausencia de grietas y abolladuras en el mástil y examinó las soldaduras.

Después de un baño de casi dos horas, Balu y Sol subieron por fin a bordo, muertos de risa y arrugados como pasas, y se ofrecieron a ayudarlo.

—A buenas horas —gruñó al tiempo que se enjugaba el sudor de la frente con el dorso de la mano antes de continuar izando la mayor—. Sois la peor tripulación que he tenido jamás. ¿Cuándo se ha visto que el capitán esté trabajando como un esclavo mientras el grumete y el segundo se pegan un baño intermina...?

Se interrumpió a sí mismo con un terrible juramento. La vela mayor acababa de quedarse enganchada casi dos metros más abajo del tope del palo.

—Ya subo yo.

Antes de que Kors pudiera detenerla, Sol soltó la driza del *spi* de su enganche en el mástil e hizo un nudo en el extremo con dedos hábiles. Apoyó la planta del pie en el improvisado estribo y comenzó a tirar de la cuerda para izarse.

Aunque semejante esfuerzo habría resultado muy duro incluso para alguien que estuviera en plena forma, Sol se fue elevando, poco a poco, con una destreza prodigiosa.

—¡Baja ahora mismo! —vociferó Kors en cuanto consiguió reaccionar, pero para entonces ya era demasiado tarde; la muy loca estaba a más de tres metros del suelo.

—¡No pienso bajar! —replicó entre jadeos—. ¡Anda, ayúdame!

Al oír su tono resuelto, el holandés comprendió que no tenía ninguna intención de obedecerlo. Hirviendo de rabia, se apresuró a enganchar la driza al *winche* para terminar de izarla; sabía de sobra que ella aún estaba demasiado débil para conseguir llegar hasta arriba por sus propios medios, pero era demasiado cabezota como para rendirse.

Tardó unos minutos, que al hombre que observaba la operación desde abajo le parecieron un millón de años, en llegar hasta el punto en el que se había enganchado la vela a unos dieciocho metros de altura. Una vez allí, enroscó las piernas alrededor del mástil con la agilidad de un macaco y los saludó con la mano.

—¡No te sueltes! —ordenó Kors, cuyas mejillas habían adquirido un tono ceniciento bajo el bronceado—. ¡Baja ahora mismo, estúpida descerebrada, tengo un arnés de seguridad especial para estos casos!

Balu miraba hacia arriba asustado; nunca le habían gustado las alturas, y la *nagini* se veía muy pequeña desde donde él estaba.

—¡Baja, *nagini*, te vas a caer! —Su voz aguda se sumó a los bramidos del holandés.

—¡Tonterías, lo he hecho un montón de veces!

En efecto, sabía lo que hacía. Comprobó el carril del grátil de la mayor y vio que se había enganchado uno de los patines que hacían que la vela se deslizara por el mástil. Apenas tardó cinco minutos en desatascarlo, y cuando estuvo listo gritó:

—¡Ya está! ¡Dale!

Sin dejar de blasfemar, Kors tiró de nuevo de la driza y esta vez la vela llegó sin problemas hasta la punta del mástil. Bajar a Sol, en cambio, resultó algo más complicado. El holandés dio un par de vueltas al cabo alrededor del *winche* y, con el extremo de la cuerda bien sujeto entre las manos, fue lascando poco a poco. Incluso con todo el cuidado del mundo, resultaba difícil evitar los tirones que la hacían golpearse a menudo contra las jarcias y las crucetas. Cuando, sofocada por el esfuerzo, apoyó por fin las plantas de los pies sobre la cubierta, Kors estaba esperándola.

—¡Te he dicho que bajaras!

—Lo del arnés de seguridad lleva mucho más tiempo. ¿Ves? Solucionado. No he tardado nada. — Sin prestarle mucha atención, Sol deshizo el nudo de la driza y la ató de nuevo a su enganche.

—¡Cuando doy una orden, espero que me obedezcan!

—No hace falta que grites, no soy sorda. ¿Quién te crees que eres? ¿El capitán? —Se rio de su propio chiste, y aquel despliegue de ligereza, cuando al holandés aún le temblaban las canillas, fue un tremendo error.

Sin mediar palabra, la alzó del suelo y se la echó al hombro como un saco de patatas; de dos zancadas se plantó junto al costado del catamarán y la tiró por la borda. Sol tan sólo tuvo tiempo de soltar un chillido de sorpresa antes de cerrar la boca y taparse la nariz, pero Kors se lanzó al agua detrás de ella y, en cuanto salió a la superficie, colocó la mano en lo alto de su cabeza y la hundió de nuevo durante unos segundos. Cuando la soltó, ella emergió una vez más sin dejar de toser mientras inspiraba con ansia en un intento de llenar de aire sus pulmones vacíos.

—¿Es... estás... estás loco o qué? —jadeó cuando logró recuperar el aliento.

Kors sacudió la cabeza para apartarse la melena empapada del rostro y le habló con una suavidad que resultaba aún más peligrosa que sus gritos.

—Soy el *capitán* —recalcó la palabra—, y cuando el capitán te da una orden, tú obedeces y punto.

Y, para subrayar su afirmación, golpeó la superficie del mar con fuerza y un aluvión de agua la salpicó en pleno rostro. Sin embargo, Sol no era de las que se dejaban apabullar así como así y, con los ojos verdes echando chispas y sin dejar de espurrar agua en todas las direcciones, replicó:

—Vas listo, *capitán*, porque yo no obedezco las órdenes de nadie. —Y lo salpicó a su vez con ganas.

—A *mí* me obedecerás. —Salpicón.

—No lo haré. —Nueva rociada de agua.

Pero aquella era una batalla desigual, pues mientras ella apenas lograba enviar unos débiles chorros en su dirección, el holandés levantaba auténticos tsunamis, que, después de varios intercambios similares, acabaron con Sol tosiendo sin control.

—¿Te rindes? ¿O quieres beberte todo el mar? —Alzó una de las pobladas cejas rubias con arrogancia.

—Sí, capitán..., me... rindo, por... por favor. —Su voz era débil, y un nuevo ataque de tos sacudió los frágiles hombros.

Kors pensó que a lo mejor había ido demasiado lejos y, preocupado, nadó hacia ella.

—Venga, te ayudaré a volver al bar... —No le dio tiempo a terminar; con un movimiento rapidísimo que lo cogió completamente desprevenido, Sol se abalanzó sobre él y, empleando todo el peso de su cuerpo, consiguió hundirlo en el agua.

Cuando volvió a asomar la cabeza, ella ya estaba a salvo subida a la escalerilla del catamarán y riéndose de él a carcajadas mientras, por lo que pudo observar entre ataque y ataque de tos, Balu hacía lo propio tratando de ocultar su regocijo detrás de la mano.

—¡Me las pagarás! —prometió el holandés agitando el puño en el aire.

Aquella noche, después de una cena sencilla a base de pasta con un poco de aceite y sal, Kors estiró las largas piernas sobre el banco de la bañera con la mirada perdida en la negrura del océano, aliviada tan sólo por el reflejo plateado de la luna llena. La brisa marina refrescaba su rostro y, de vez en cuando, resonaban a proa las risas de Balu y Sol, quienes, tendidos sobre las redes, se dedicaban a contar estrellas y a inventar historias.

Al día siguiente levarían anclas y partirían hacia Tánger, donde trataría de reparar el barco de una buena vez y continuaría rumbo a las islas Canarias, adonde habría llegado hacía días si no hubiera sido por el temporal.

«Debería estar contento», se dijo de mal humor, pero tenía que reconocer que la idea no lo hacía muy feliz.

Habían transcurrido casi tres semanas desde que arribaron a aquella ensenada. Un pequeño mundo habitado tan sólo por cuatro extraños personajes: el capitán cascarrabias, una *nagini* con aire de golfillo, un niño hindú desfigurado y un chucho con tres patas. Por su mente desfilaron sin orden ni concierto los interminables baños en el mar, las risas que resonaban en cubierta de la mañana a la noche, las horas dedicadas a arreglar el timón a la sombra de la toldilla mientras Sol dibujaba y Balu se concentraba en su pesca, las charlas interminables durante aquellas noches estrelladas sobre los temas más peregrinos..., y supo que iba a echar de menos todo aquello.

De pronto cayó en la cuenta de que, a pesar de todas las conversaciones que habían mantenido, en ningún momento le había preguntado a Sol sobre sus planes. Daba por hecho que, en cuanto llegaran a Tánger, ella se subiría a la embarcación de alguno de aquellos amigos suyos de los que le había hablado, amigos que se dedicaban a actividades no del todo legales, y volvería a esa casa de la playa que describía con tanto entusiasmo. Regresaría a los brazos de su querido Jeremy, el hombre con el que pensaba casarse —aunque, por lo que contaba, la suya parecía más una relación entre un par de cachorros juguetones que la de dos amantes—, y desaparecería de su vida para siempre. Además, dudaba bastante de que fuera a luchar por meter a su asesino frustrado en la cárcel.

Al pensarlo, apretó con furia el trozo de cabo con el que jugueteaba inquieto. En aquel asunto Sol se mostraba completamente irracional, a pesar de los sesudos argumentos —algunos expuestos en un tono más alto de lo debido, debía reconocerlo— que le había dado.

Era extraño el modo en que se había habituado a su compañía. En vez de apenas unos días, tenía la sensación de que llevaban juntos toda una vida. Sol Lawrence era una especie de versión masculina de sí mismo; algo que, por otra parte, jamás pensó que pudiera atraerlo lo más mínimo. A la joven la apasionaba todo lo relacionado con el mar y era una experta navegante, valiente, temeraria y, lo mismo que él, en ocasiones demasiado impulsiva. Tan sólo se diferenciaban en aquella alegría y vitalidad

exuberantes. Sol reía y hablaba por los codos; coqueteaba con él a todas horas, aunque, si quería ser sincero, no creía que eso significara nada en absoluto. También coqueteaba con Balu; lo hacía incluso con el perro, y Kors estaba seguro de que, si el mástil de la mayor hubiera cobrado vida de repente, asimismo habría coqueteado con él.

Era tal aquel encanto a flor de piel que, si él mismo no hubiera lucido aún en su alma las cicatrices de las heridas que habían provocado las continuas descalificaciones de su padre, seguramente no se habría dado cuenta de que había una parte importante de Sol Lawrence que ella mantenía guardada bajo siete llaves.

Después de la enésima pelotera con su progenitor, en la que habían estado a punto de llegar a las manos, había jurado que jamás volvería a depender de él. Abandonó su cómoda vida de hijo del propietario de una fábrica de porcelana, conocida en el mundo entero y que estaba a punto de celebrar su bicentenario, y desde entonces no había vuelto la vista atrás.

Durante los casi catorce años que llevaba lejos de su hogar, había trabajado de casi todo. Entre otras cosas, había sido camarero en el lujoso yate de una pareja de millonarios cuya propietaria, casi veinte años mayor que él, lo había seducido una noche a espaldas de su marido. También había trabajado de estibador en el puerto de Nueva York y de cocinero en un mercante sueco. Hasta que reunió el dinero suficiente para comprar el *Sea Bitch* y poder dedicarse a lo que siempre había deseado: escribir y viajar.

Haber salido indemne de ciertas situaciones extremas sin más ayuda que su ingenio y la fuerza de sus puños, y una exitosa carrera como autor de libros de viajes a destinos exóticos le habían devuelto la fe en sí mismo; por eso podía reconocer sin problemas la falta de ella en otros.

El de Sol Lawrence era un caso de manual, al menos para él; utilizaba la fascinación que ejercía sobre los que la rodeaban a modo de escudo. Kors habría apostado su barco, que era su posesión más preciada, a que pocos conocían a la mujer frágil e insegura que se parapetaba detrás de su encanto.

No importaba que aún tuviera que recuperar varios kilos. Incluso después de haber pasado por las manos de un peluquero tan poco hábil como él, la belleza de aquella *nagini* cortaba el aliento. Sin embargo, era esa misma fragilidad, esa lucha constante por ocultar su inseguridad y no su belleza, la que lo había hecho enamorarse de ella.

Porque estaba enamorado.

Pero no uno de esos enamoramientos que duran lo que tarda en enfriarse la pasión; estaba colado por ella hasta las trancas. Había caído bajo el embrujo de aquella criatura mágica que rescató del mar del mismo modo que los marineros incautos sucumbían a los cantos de las sirenas.

Al pensar en ello, los labios del holandés se fruncieron en una mueca sardónica. Típico de él, se dijo. Tardar treinta y seis años en enamorarse y hacerlo, finalmente, de una mujer que iba a casarse con otro.

Alzó la cabeza hacia el cielo y enseñó los dientes con fiereza.

—¿A que te estás descojonando? Tienes que hacer algo con ese sentido del humor, Amigo, tu gusto por las bromas pesadas está empezando a cansarme.

—¿Ya le estás echando la bronca a Dios? —La voz risueña tan cerca de él lo hizo dar un respingo; no la había oído acercarse.

—¿Y Balu?

—Los he mandado a acostarse, a él y a *Silver*, ya sabes que los dos van en el mismo paquete. Los próximos días van a ser intensos.

Sol llevaba su atuendo habitual: los pantalones largos y su viejo jersey de punto, que le quedaba enorme. Como tenía por costumbre, se hizo un hueco entre sus piernas sin pedir permiso y se sentó frente a él.

—¿Es necesario que estemos unos encima de otros? —gruñó Kors, quien, al instante, notó aquella tirantez, ahora tan familiar, en la entrepierna—. Tienes todo el barco para sentarte.

Sin inmutarse por su rudeza, Sol dobló las rodillas y apoyó los pies descalzos sobre sus muslos.

—No sé por qué, pero me gusta estar cerca de ti. —Le lanzó una mirada engatusadora por debajo de las largas pestañas y añadió en un susurro incitante—: El guapísimo capitán Van Dijken...

—No empieces con tus coqueteos. Soy ignífugo. —Trató de sonar sereno y relajado.

—Pero eso sólo te protege contra el fuego, y yo soy de carne y hueso... —De pronto, recuperó la seriedad y abandonó el tono provocativo que había empleado hasta entonces—. En realidad, eso es lo que más me gusta de ti.

—¿Mi *ignifugidad*?

—Exacto. Me gusta que no te tomes en serio mis tonterías; saber que estás a salvo de mis asechanzas de mala mujer.

«Si ella supiera...», pensó Kors.

—No eres una mala mujer.

—No me digas... A ver si al final vas a caer tú también como un pardillo —comentó burlona.

—No me malinterpretes, estoy seguro de que eres un bicho, pero con ese corte de pelo parece más bien un pilluelo adolescente; la palabra *mujer* te viene grande.

Sol se pasó una mano por los cortos mechones sin ofenderse lo más mínimo.

—La verdad es que resulta cómodo. Siempre he llevado melena. —Se quedó mirando con interés la larga cabellera rubia de su interlocutor, que brillaba a la luz de la luna—. ¿Tú llevas siempre el pelo largo?

El holandés trató de concentrarse en la conversación, pero el calor de las plantas de sus pies sobre su muslo desnudo estaba teniendo un efecto incontestable sobre su segundo cerebro.

—Hace años que no piso una peluquería. Cuando me estorba demasiado hago así —se recogió el pelo a un lado del rostro con una mano y con dos dedos de la otra imitó el movimiento de unas tijeras—, y fuera. Lo mismo con la barba.

Ella sonrió divertida ante aquel evidente desinterés por su imagen.

—Desde luego, no te pareces a mis amigos; la mayoría están siempre pendientes de su *look*.

—No lo necesito. Ya sabes —le guiñó un ojo—, por algo me llaman el guapísimo capitán Van Dijken.

Sol soltó una carcajada; sin embargo, no pudo evitar pensar que algo de razón tenía. Aquel hombre no era guapo en el sentido convencional de la palabra, pero sus rasgos irregulares y el cuerpo fuerte y fibroso le daban un aspecto extremadamente viril que resultaba muy atractivo.

Siguieron charlando hasta que él la mandó a la cama. A pesar de que Sol se burló sin piedad de aquella faceta suya de padre frustrado, obedeció sin oponer mucha resistencia. Estaba cansada y era consciente de que a la mañana siguiente los esperaba una jornada complicada.

El holandés se quedó en cubierta un buen rato, todavía con los ojos clavados en la imponente negrura que lo rodeaba, sin dejar de darle vueltas a su difícil situación de enamorado sin esperanzas. Por fin, se encogió de hombros, bajó las largas piernas del banco y se dirigió a su camarote mientras musitaba con el convencimiento de una Scarlett O'Hara: «Después de todo, mañana será otro día».

Capítulo 5

Tánger

—¡Arroja la estacha por babor!

Sol obedeció en el acto mientras Balu, en el lado contrario, esperaba muy atento las instrucciones del *sahib* Kors. *Silver*, sentado como de costumbre al lado del niño, permanecía alerta en caso de que también fueran necesarios sus servicios.

El artilugio que había fabricado para hacer las veces de timón funcionaba por el momento, se dijo Kors satisfecho al tiempo que cazaba un poco más la escota de la mayor. Tan sólo necesitaba recurrir a las estachas en momentos puntuales, cuando notaba que el rumbo se desviaba demasiado.

El cielo, muy azul, estaba despejado, lucía el sol y, como había previsto, el viento soplaba del oeste; podía decirse que gozaban de unas inmejorables condiciones para la navegación. A pesar de ello, Kors no se confió y ni siquiera se sentó a la mesa para comer, sino que devoró el plato de arroz que le llevó Sol de pie frente al timón. Ella insistió en relevarlo un rato, y después de asegurarse de que era tan buena navegante como él, el holandés aceptó su oferta, se tendió a la sombra de la toldilla de popa y durmió una siesta corta que, sin embargo, le sirvió para aliviar la tensión.

Un par de horas antes de la puesta de sol, decidió fondear en el primer abrigo que divisaran en la costa rocosa; ésa sería la maniobra más delicada y quería hacerla mientras aún hubiera luz solar. Por fortuna, en aquella parte del litoral marroquí abundaban las calas protegidas del viento.

El tiempo se mantuvo durante las tres jornadas que duró la travesía. Los dos días siguientes transcurrieron de un modo similar y, gracias a la ayuda del Amigo de Kors, sin grandes incidentes. A las cuatro de la tarde del tercero, avistaron a lo lejos el relieve irregular de la ciudad de Tánger.

—¡Ahora viene lo más divertido! —anunció el holandés, a pesar de que el ceño que arrugaba su frente desmentía por completo aquellas palabras tan entusiastas.

El puerto de Tánger era enorme, y su tráfico intenso. En él se daban cita todo tipo de embarcaciones, desde los ferris de alta velocidad que llegaban en menos de sesenta minutos desde el puerto de Tarifa —abarrotados de pasajeros marroquíes, que, como todos los veranos, regresaban desde sus lugares de trabajo en España y Francia a sus hogares para pasar las vacaciones, con los coches cargados hasta arriba de niños, mujeres y todo tipo de enseres—, hasta pesqueros y pequeños yates de recreo. A eso había que sumar una cantidad ingente de plásticos, botellas y basura de todo tipo que flotaba en el agua y a la que también era necesario esquivar.

—Conozco bien este puerto —afirmó Sol, ocupada en atar las defensas a las barandillas metálicas—. La marina está a estribor, justo al final del todo.

Kors siguió sus instrucciones, y poco después enfilaban hacia la bocana del puerto.

La joven admiró la pericia del holandés. Navegar entre tantos obstáculos era de por sí complicado, pero en la situación en la que se encontraba el catamarán, sin un timón como Dios manda, con el motor averiado y la corriente en contra, resultaba una auténtica proeza.

El grito de Balu la hizo ponerse alerta al instante y, al alzar la vista del cabo que anudaba en ese momento, descubrió un ferri de tamaño descomunal que se les echaba encima por babor. Sol se quedó paralizada y se dijo que allí se acababa el viaje definitivamente. Sin embargo, justo cuando empezaba a despedirse de ese mundo cruel en el que tan buenos ratos había pasado, vio que Kors giraba todo a estribor. Luego, con los músculos de los brazos morenos que parecían a punto de estallar por el esfuerzo, empezó a dar vueltas, frenético, a la manivela del *winche* en un intento desesperado de cazar la vela a toda velocidad. Ensoberdecidos por el estruendo enloquecido de la bocina del ferri, lograron cruzar por delante de la proa de la gigantesca embarcación, a no más de una docena de metros de distancia.

Al comprender que se habían librado de acabar en el fondo del mar de puro milagro, Sol y el holandés se miraron con los ojos muy abiertos y ambos estallaron en carcajadas al mismo tiempo.

—¡Por un pelo, capitán!

Kors alzó el pulgar hacia el cielo.

—¡Ya ves, *nagini*, la ventaja de tener Amigos influyentes!

Por suerte, las embarcaciones que navegaban en esos momentos a su alrededor eran de un tamaño mucho más razonable. Sol, que había estado muchas veces allí, se asomó a la barandilla y, en una cómica mezcla de francés y español salpicada con algunas palabras en árabe, logró convencer al patrón de un pequeño barco de pesca de que les lanzara un cabo y los remolcara hasta la marina. Después de unos minutos de intenso regateo, el hombre accedió, aunque los avisó de que lo más probable era que no hubiera sitio para ellos. En efecto, una hora más tarde, se vieron obligados a abarloadar el catamarán en quinta fila, rodeados por otros veleros, que, como ellos, se veían obligados a compartir el espacio con los pescadores.

Kors pagó lo prometido al hombre que los había ayudado a llegar hasta allí y, media hora más tarde, recibieron la visita de un gendarme y un miembro de la capitania del puerto que iban a pedir los pasaportes y la documentación del barco. El holandés se metió en su camarote y reapareció un minuto después con su pasaporte y el de Balu. Este último lo había conseguido a través de la intermediación de un inglés que regentaba un bar de mala muerte en el puerto de Labuán, en Malasia, a cambio de una buena suma, lo cual resultaba bastante inquietante teniendo en cuenta que, por lo que el tipo ese sabía de él, Kors bien podría haber resultado un pederasta de la peor especie. Asimismo, le entregó al oficial la cartilla de vacunación de *Silver*, falsa también, y los papeles, éstos sí perfectamente legales, del *Sea Bitch*.

—Y la mujer, ¿no tiene pasaporte? —preguntó el oficial marroquí en un inglés sorprendentemente bueno.

Antes de que Kors pudiera pensar en una explicación creíble, Sol ya había empezado a contar —gesticulando mucho con las manos— que los había sorprendido un temporal espantoso a muchas millas de la costa, y el modo en el que un violento golpe de mar había estado a punto de arrojarla por la borda.

Contó también cómo su marido, el capitán Van Dijken —Sol le guiñó un ojo con disimulo, y el falso marido no pudo evitar poner los suyos en blanco—, la había salvado en el último segundo, poniendo en riesgo su propia vida. Por desgracia, no había podido evitar que su bolso, en el que guardaba el

pasaporte, el certificado de matrimonio y la alianza, que era su posesión más preciada en este mundo — en ningún momento se detuvo a explicar por qué la llevaba en el bolso y no alrededor del dedo anular, como habría sido lo más lógico—, cayera al agua y se hundiera en el océano embravecido.

La narración, salpicada de detalles dramáticos, fue sorprendentemente realista, lo que resultó más digno de admiración, si cabe, habida cuenta de que durante toda la tempestad ella había permanecido en el camarote, inconsciente. Los marroquíes, quienes también tuvieron ocasión de examinar las dos hélices rotas y la radio inservible, parecían escucharla fascinados. Kors estaba a punto de soltar un suspiro de alivio cuando el hombre más alto, que era el que parecía estar al mando y que había estado examinando el pasaporte de Balu con atención, alzó la vista y preguntó a bocajarro:

—¿Por qué viaja este niño con ustedes?

—Es nuestro hijo.

Al oír la absurda afirmación, Kors estuvo a punto de lanzar un gemido de desesperación. Sin embargo, no debería haber perdido tan de prisa la fe en Sol Lawrence, quien, desde pequeña, estaba acostumbrada a hacer verosímiles los embustes más disparatados.

Las negras pupilas de su interlocutor recorrieron con parsimonia la melena rubia del holandés y los llamativos ojos verdes de Sol antes de posarse sobre el rostro oscuro de Balu y sus inconfundibles rasgos hindúes.

—Me temo, señora, que eso resulta un poco difícil de creer.

Sol ni siquiera parpadeó y, con una serenidad a prueba de bombas, hizo un gesto airoso con la mano.

—¡Por supuesto que no es nuestro hijo biológico! —La risita que soltó hizo que Kors apretara los dientes; la temeridad de aquella mujer rozaba los límites, pero Sol recobró la seriedad al instante y continuó con la historia—: Verá, es una historia triste y bonita a la vez. Kors y yo trabajamos durante unos meses de cooperantes en un pequeño pueblo cerca de Delhi donde había estallado una terrible epidemia de cólera. La madre de Balu, una de las enfermeras que trabajaban codo con codo conmigo y de la que me había hecho muy amiga, sucumbió ante la enfermedad sin que el doctor Dupré pudiera hacer nada por ella. Lo último que dijo antes de morir fue: «Cuida de mi pequeño Balabhadra...». Jamás olvidaré ese momento.

Los labios femeninos temblaron al pronunciar esas conmovedoras palabras mientras Balu, metido de lleno en su papel, hundía el rostro en el pelaje áspero de *Silver* como si no quisiera que lo vieran llorar.

A Kors, que seguía dudando entre estrangular o darle una paliza a aquella *nagini* cuentista, no se le escapó la forma en que el hombre más bajo tragaba saliva emocionado. ¿Eran lágrimas lo que provocaba aquel brillo extraordinario en los ojos verdes?, se preguntó el holandés, pasmado ante aquella actuación tan convincente. Definitivamente, Sol Lawrence los tenía bien puestos.

El oficial se volvió hacia su compañero e intercambiaron una mirada antes de empezar a hablar entre ellos. Lo hacían en árabe, así que ni siquiera Sol comprendió más allá de unas pocas palabras.

—Una historia conmovedora y terrible a un tiempo. —El hombre se dirigió de nuevo a ella en inglés con expresión insondable—. Tendrá que ir al consulado español a hacerse un nuevo pasaporte; mientras tanto, me gustaría que me mantuvieran informado de su paradero en todo momento.

—¡Por supuesto! En todo momento, se lo prometo. —Ni siquiera aquel severo oficial de la Gendarmería Real de Marruecos pudo resistirse a la luminosa sonrisa de Sol, y sus dientes, muy blancos, destellaron en respuesta.

Los hombres se despidieron de ellos y, en cuanto se alejaron lo suficiente, Sol se pasó la mano por los cortos cabellos con un suspiro de alivio.

—¿Crees que se lo han tragado?

—El alto, ni de coña.

—Ya me había parecido a mí —movió la cabeza con pesar—, y eso que ha sido una de mis mejores actuaciones.

—Hablando de actuaciones. —Los ojos castaños se clavaron en ella cargados de amenazas—. La próxima vez déjame hablar a mí. ¿Entendido?

Sol lo miró boquiabierta durante unos segundos.

—Creo que, más bien, deberías darme las gracias. Dudo que tú lo hubieras hecho mejor, *capitán* Van Dijken —recalcó el cargo sarcástica.

El holandés también lo dudaba, pero no estaba dispuesto a reconocerlo, así que la apuntó con el dedo índice y le advirtió:

—Yo doy las órdenes. Yo hablo con los gendarmes. Yo...

Sin esperar a que acabara con aquella lista que parecía interminable, Sol entrelazó las manos en un gesto de súplica y alzó los ojos hacia el cielo.

—¡Oh, Señor, dame paciencia para tratar con Tu amigo!

—¡Alto ahí, *nagini* mentirosa! Yo soy quien habla con Él. Recuérdalo si no quieres que te ate con una cuerda a uno de los patines y te utilice como mascarón de proa. —Kors se agachó a coger la hélice rota y cambió de asunto—: Voy a ver si encuentro un taller de confianza y un lugar donde refugiarnos mientras arreglan el *Sea Bitch*.

Ella se puso en jarras y alzó una ceja con aire de superioridad.

—No te preocupes por eso, ya te he dicho que conozco bien esta ciudad. A pesar de lo desagradecido que resultas, te ayudaré.

Ahora fue el turno del holandés de alzar los ojos al cielo.

—¡Llévame ya, Señor! —exclamó exasperado, lo que provocó un coro de carcajadas.

Tres horas después, el capitán y los tres miembros de la tripulación del *Sea Bitch* caminaban por las bulliciosas callejas de la medina. Sol había hablado con un amigo suyo y éste los había puesto en contacto con el propietario de un taller, que enseguida apareció a bordo de una pequeña motora con dos de sus hombres. Después de subir al catamarán, analizar los desperfectos y regatear con Kors durante más de media hora, los habían remolcado hasta el pequeño astillero, por llamarlo de algún modo, en el que realizaba las reparaciones. La cosa llevaría su tiempo, anunció el dueño del taller con una gran sonrisa que mostró la ausencia de un par de incisivos, como si dar malas noticias le alegrara el día. Además, añadió, tendría que pedir la mayoría de las piezas a España o a Francia, y eso llevaría aún más tiempo.

Al holandés aquello no lo sorprendió lo más mínimo. De hecho, ya había decidido dedicar el tiempo que pasaran en tierra a corregir su manuscrito y enviárselo a Peter, su editor, junto con las fotos. Hacía más de seis semanas que no hablaba con él, y después de los años que llevaban juntos, ya lo conocía lo suficiente para saber que, a esas alturas, lo más probable es que se hubiera roído las uñas hasta la cutícula, como siempre que pensaba que Kors no llegaría a tiempo para cumplir con la fecha de entrega.

Una vez terminado el escaso papeleo, Sol los condujo sin titubear ni una sola vez por las calles estrechas, que olían a especias, a almizcle y a flores, sorteando a los comerciantes que trataban de venderles ropa, fruta o vasijas de barro.

—Por aquí.

Torció a la derecha y empezó a subir por un callejón escalonado, flanqueado a derecha e izquierda por antiguos edificios de fachadas blancas desconchadas por la acción del salitre y el viento, con las puertas pintadas cada una de un color. Pasaron por debajo del arco de un pasadizo que unía dos de las viviendas y Sol se detuvo, por fin, frente a una casa destartada cuyo antiguo portón, de madera maciza y adornado con remaches metálicos, estaba teñido de un tono azul brillante.

Al ver el lugar, Kors frunció el ceño dubitativo, pero sin prestarle la menor atención, ella golpeó tres veces con una pesada aldaba de latón, dejó pasar unos segundos y volvió a golpear dos veces más. Un minuto después se abrió una de las hojas de madera y una mujer de pelo blanco los apremió con voz aguda para que entraran. Obedecieron al instante y, al traspasar el umbral, el holandés tuvo la impresión de que acababa de entrar en otro mundo.

El patio con el suelo de baldosas verdes y blancas estaba presidido por una fuente de buen tamaño, alicatada con azulejos de colores y rodeada de gigantescos almohadones tapizados con telas de estampados geométricos en tonos vivos. Docenas de maceteros de barro llenos de helechos y frondosas kentias contribuían a lograr el agradable frescor que contrastaba con fuerza con el calor asfixiante del exterior.

Lo primero que hizo Sol fue quitarse los zapatos y dejarlos junto a varios pares que había cerca de la puerta. Luego se puso las babuchas de cuero que una joven, vestida de un modo semejante a la mujer que los había recibido, le tendía. El chiquillo y el holandés la imitaron sin dudarle, a pesar de que las babuchas que le tocaron a este último eran unos cuatro dedos más cortas que sus pies.

—¡Sol, mi niña!

Una mujer gruesa de unos sesenta años, ataviada con un elegante caftán verde bordado con hilo dorado, corrió hacia Sol con los brazos extendidos.

—¡Habiba! ¡Qué ganas tenía de verte!

Ambas se fundieron en un estrecho abrazo. La mujer hablaba español con un fuerte acento, pero, gracias a los años que había pasado navegando por las costas sudamericanas, Kors consiguió seguir la mayor parte de la conversación sin problemas. Durante un buen rato, las dos charlaron sin parar a toda velocidad; poniéndose al día sobre bodas, bautizos y sucesos de todo tipo ocurridos durante los meses que llevaban sin verse, hasta que, de pronto, Habiba recordó que no estaban solas.

—¿Quiénes son tus amigos? —preguntó en inglés.

Sol se apresuró a hacer las presentaciones, al tiempo que le contaba a grandes rasgos las aventuras de las últimas semanas. Alabó la actuación del holandés y el coraje que había mostrado al salvarle la vida en tales términos que éste se vio obligado a interrumpirla con brusquedad:

—Déjalo ya.

Sol se volvió hacia la otra mujer sonriente.

—¿Ves? Es tan humilde..., creo que está a punto de sonrojarse.

—Sol Lawrence. Déjalo. Ya.

La mirada llameante del holandés prometía venganza, por lo que ella decidió obedecer, no sin antes lanzar una risita maliciosa.

Habiba observó el intercambio con curiosidad, al tiempo que examinaba a aquel extranjero tan alto disimuladamente. Desde que conocía a Sol, ésta le había presentado a un montón de amigos, algunos más íntimos que otros, de los que se había sentido más o menos enamoriscada en ese momento. Sin embargo, ninguno de ellos tenía nada que ver con aquel Kors Van Dijken. Ni siquiera el último, el tal Jeremy Lions, con el que ella había anunciado de sopetón que pensaba casarse.

De alguna manera, todos ellos le habían parecido una caterva de chiquillos más o menos crecidos, pero no había más que asomarse a los cálidos ojos castaños para darse cuenta de que aquel gigante rubio era todo un hombre. Un hombre que, pese al modo brusco en que la trataba, un sexto sentido del que gozaban las mujeres de su familia desde tiempos inmemoriales le decía que estaba loco por ella. Algo de lo que, a juzgar por la manera juguetona con la que se dirigía a él, su irreflexiva protegida no tenía la menor idea. Sería interesante ver en qué quedaba todo aquello, se dijo.

—Me doy cuenta de que Balu pretende meter a esa bestia en casa —comentó de buen humor, señalando a *Silver*.

—Balu y *Silver* son como gemelos siameses, Habiba, inseparables.

La mujer dio un par de palmadas y enseguida apareció un muchacho de unos diez años, de piel morena y pelo negro y rizado.

—Balu, te presento a mi nieto Mahmoud. Tú y tu perro dormiréis con él. Vamos, Mahmoud, enséñales tu habitación.

El recién llegado parecía encantado con la novedad de dormir con un animal, así que le hizo una seña a Balu para que lo siguiera y los tres desaparecieron por una puerta al fondo del patio.

—Mi nieto no habla mucho inglés, pero estoy segura de que no tardarán en entenderse. Vosotros, venid por aquí. —Los condujo por una escalera estrecha y empinada hasta lo más alto de la torre cuadrada que remataba la vivienda sin dejar de hablar—. Bueno, tú ya conoces mi humilde morada, Sol...

—Esta morada de humilde no tiene nada. Es la casa más bonita de todo Tánger —la interrumpió ella en el acto, y al notar su sincero entusiasmo, Habiba sonrió complacida.

—Bienvenido, capitán Van Dijken. —Su anfitriona abrió una puerta de madera labrada y Kors contuvo el aliento.

La parte más alta de la torre era un espacio diáfano salvo por un pequeño cuarto de baño en una de las esquinas. El techo era un alfarje de madera policromada y tallada con lacerías, y un friso de yeso con decoración de atauriques recorría las paredes. A través de los dos ajimeces, tapados tan sólo por una celosía de madera, se colaban los últimos rayos de sol de la tarde y el sonido ahogado de la atareada multitud que inundaba las calles.

En el centro de la estancia, una inmensa cama con dosel de madera tallada con un intrincado diseño floral ocupaba la mayor parte del espacio, y el suelo de mármol estaba casi oculto bajo una decena de alfombras y kilims.

—Nadie al pasar por delante de esta casa adivinaría lo que esconden sus muros, ¿no crees? —Sol se dirigió al holandés con una sonrisa satisfecha—. En realidad, es un palacio del siglo XVII. Hace poco rodaron en él una superproducción estadounidense. Además, un par de cadenas de hoteles interesadas en convertirlo en un *riad* le han ofrecido a Habiba auténticos dinerales, pero ella se niega a venderlo.

—Mi familia lleva cientos de años viviendo aquí —aclaró la aludida con modestia.

Kors se asomó a la pequeña terraza que ocupaba la totalidad de la fachada orientada al sur, a la que se accedía a través de un ornamentado arco de herradura. Allí, el suelo de barro también estaba cubierto de alfombras y, por toda decoración, contaba con un par de mesitas bajas y un montón de colchonetas de

colores, almohadones y pufs de cuero marroquí que invitaban a tumbarse y a disfrutar de la vista que se apreciaba entre los huecos de las blancas almenas que coronaban el murete de protección; una infinidad de azoteas, torres y minaretes que destacaban con viveza contra los tonos azul brillante del cielo y el mar al fondo, que cortaba el aliento.

—Impresionante. —El holandés alzó las cejas admirado.

Habiba le agradeció su comentario con una inclinación de cabeza y señaló una pequeña puerta muy bien disimulada entre la ornamentada decoración de la pared.

—Este torreón tiene su propio acceso para que los huéspedes se sientan libres de salir y entrar cuando deseen. Ahora tengo que ir a supervisar la cena o, si no, resultará un desastre. Sol le explicará cualquier duda que tenga. Hasta luego, capitán Van Dijken.

—Llámeme Kors, por favor.

El holandés le dirigió una de sus raras sonrisas y su anfitriona parpadeó un par de veces, acusando el impacto.

—Muy bien, Kors, pero a condición de que tú también me llames Habiba y me tutees.

En cuanto se quedaron a solas, Sol se volvió hacia él y alzó una ceja con expresión maliciosa.

—¿Y bien?

Él señaló la cama y preguntó con aparente serenidad:

—¿Vamos a dormir juntos?

Sol hizo un mohín sensual y parpadeó de modo provocativo.

—¿Te gustaría? —Se pasó la lengua por los labios insinuante.

El holandés se encogió de hombros.

—Si prometes estarte quieta y muy calladita hasta que termine, podría conformarme contigo hasta que encuentre algo mejor.

Como de costumbre, su estudiada zafiedad la hizo reír.

—Ya me conoces lo suficiente para saber que no podría quedarme quieta, y mucho menos callada. —Apoyó cada mano en una almena, se inclinó sobre el murete y aspiró con deleite el olor característico de la antigua medina—. Así que haré lo que hago siempre que vengo aquí: dormiré en una de estas colchonetas en la terraza. Me encanta despertar con la llamada del muecín a la oración antes del amanecer.

Kors notó un pinchazo de desilusión, pero trató de disimular.

—Pues a mí más vale que no me despierte —dijo de malos modos.

Sol seguía con los ojos clavados en aquel panorama extraordinario, sin percatarse de la forma en que las pupilas del holandés se posaban, hambrientas, sobre aquel pequeño trasero respingón que apuntaba directamente hacia él.

—No te preocupes: si no lo hace él, lo haré yo. Es impresionante ver el amanecer desde esta terraza, no puedes perdértelo.

Kors apenas comprendía lo que le estaba diciendo; una vez más, su segundo cerebro había tomado el mando. Se apartó el pelo de la frente sudorosa y decidió que había llegado el momento de salir pitando de aquella habitación, que parecía sacada de uno de los cuentos de *Las mil y una noches*, y alejarse todo lo posible de aquella hechicera que coqueteaba con él igual que lo haría con un vejete simpático, ajena por completo a sus padecimientos.

—Tengo que ir a buscar un sitio con wifi. —Sacó el portátil del viejo petate militar en el que llevaba sus pertenencias y le tendió un grueso fajo de dólares—. Toma, tendrás que cambiarlos en algún sitio.

Sol miró aquel montón de billetes incómoda.

—Ya has hecho demasiado por mí, no es neces...

—¡Tonterías! —la interrumpió—. Tendrás que comprar ropa y me imagino que un montón de cosas más. Además, tienes que ponerte en contacto con tu novio y tu hermana, deben de estar muy preocupados.

Ella asintió con cierta renuencia y se guardó el dinero en el bolsillo trasero del pantalón.

—Prometo que te pagaré lo que te debo en cuanto...

—Sí, sí. No te preocupes, llevo una lista con todos tus gastos. He apuntado hasta el último centavo —la interrumpió de nuevo sarcástico.

—¿Podrías dejarme terminar una frase, por favor? —Los ojos verdes lo miraban llenos de fastidio—. Sé que nunca podré pagarte todo lo que...

—¿Cómo no voy a interrumpirte, si no dejas de decir tonterías? Adiós. Volveré a la hora de la cena.

Y, antes de que ella pudiera replicar, abrió la pequeña puerta que le había indicado Habiba y desapareció escaleras abajo. Sol suspiró impotente y fue a buscar su equipaje. Con mucho cuidado, sacó los collares y las pulseras que había fabricado durante el tiempo que habían pasado en la ensenada; conocía un tipo a quien podrían interesarle y, con un poco de suerte, sacaría algo de dinero con el que aligerar su deuda.

Capítulo 6

Kors deambuló por la madeja de callejuelas hasta que dio con lo que estaba buscando: una pequeña cafetería semioculta entre una tienda de alfombras y otra de artesanía de cuero, en la que una pegatina naranja en el cristal de la puerta anunciaba wifi gratuito.

Después de pedir un té verde con piñones, se aisló sin dificultad en medio de aquel entorno tan ruidoso y se concentró en escribir un email para su editor, en el que adjuntó el borrador del manuscrito y un enlace para descargar las fotos. Pocos minutos después de enviarlo, recibió un correo de vuelta en el que lo informaban de que el señor Darling no regresaría a la oficina hasta dentro de una semana. Fastidiado por aquel nuevo contratiempo, soltó una maldición entre dientes y decidió aprovechar el tiempo para repasar una vez más los últimos capítulos.

Hora y media después, miró el reloj de la parte superior de su ordenador y se sorprendió al ver que ya casi era la hora de cenar. Maldijo un par de veces más mientras apagaba el portátil, pagó y regresó caminando con rapidez por las estrechas callejas, orientándose con seguridad en aquel laberinto a pesar de que jamás había estado antes en esa ciudad.

Cuando llegó, la familia al completo, incluidos Sol y Balu, ya estaba reunida en la amplia estancia que hacía las veces de comedor. Kors se disculpó por el retraso, pero Habiba le quitó importancia, al tiempo que le presentaba a tres de sus hijos, sus respectivas mujeres y los nietos que ya eran lo suficientemente mayores para comer con ellos. El holandés, siguiendo las instrucciones que Sol le había dado, estrechó las manos de los hombres con la derecha y saludó a las mujeres con una inclinación de cabeza. Le dio la impresión de que había un montón de gente, y fue incapaz de retener los nombres de ninguno de ellos más allá de unos cuantos segundos. A Sol, en cambio, se la veía completamente a sus anchas, y charlaba sin parar con las mujeres y varios de los chicos más jóvenes.

—¡Sol Lawrence, menuda sorpresa!

Al oír su nombre, ella se volvió y lanzó un grito de alegría antes de arrojarle a los brazos del hombre moreno y atractivo, de pelo muy rizado y ojos casi negros, que acababa de entrar. El holandés apretó los puños al ver semejante entusiasmo. ¿No le había dicho que allí estaba mal visto que las mujeres tocaran a ningún varón que no fuera de la familia? Entonces ¿qué hacía la muy... la muy... la muy descarada tirándose en plancha sobre aquel tipo de sonrisa perfecta? Observó a Habiba con atención, pero su anfitriona no parecía haberse escandalizado lo más mínimo ante aquel recibimiento tan efusivo.

—Kors, te presento a Bilal, mi hijo menor.

El holandés tuvo la sensación de que el recién llegado se separaba de Sol a regañadientes antes de volverse hacia él con la mano extendida y aquella irritante sonrisa que le marcaba unos atractivos hoyuelos en ambas mejillas. Kors se la estrechó con tanta fuerza que el otro parpadeó un par de veces dolorido.

—¡Bueno, ya estamos todos! —Habiba dio un par de palmadas y se sentaron sobre los mullidos almohadones dispuestos en torno a una mesa baja de buen tamaño.

Al instante, las dos mujeres que los habían recibido al llegar trajeron unos cuencos llenos de agua tibia en los que se lavaron las manos, antes de disponer unos pequeños platos con ensalada junto a cada uno de los comensales, una enorme fuente en el centro de la mesa con un guiso que olía muy bien y un montón de cestas llenas de panes marroquíes.

—Es tajín de cordero —explicó la anfitriona, que estaba sentada junto a Kors—. Nosotros no solemos usar cubiertos, sino que nos servimos lo que queremos en un trozo de pan.

Alargó la mano derecha y le mostró cómo lo hacían, antes de invitarlo a servirse. Kors la imitó y, segundos después, soltaba el pan en el interior de la fuente con una exclamación de dolor tras abrasarse un dedo con la salsa. Al ver sus apuros, los demás rieron divertidos.

—La primera vez que me invitaron a comer acabé con una ampolla en el dedo —comentó Sol, quien, a juzgar por la habilidad con la que introducía su trozo de pan en el guiso y se lo llevaba a la boca, se había acostumbrado sin mucha dificultad a aquella curiosa costumbre.

—Creo que esperaré un poco antes de intentarlo de nuevo.

El anuncio del holandés fue recibido por las carcajadas de los más jóvenes, que se lo estaban pasando en grande al ver la torpeza de aquel extranjero en algo tan sencillo.

En medio del rumor incesante de las conversaciones que fluían alegremente en una mezcla de idiomas que a veces le resultaba difícil de entender, Kors examinaba a Sol, que estaba sentada frente a él, con el ceño fruncido. Su mirada era tan insistente que ella interrumpió la conversación que mantenía con su compañero de la derecha y alzó los ojos en su dirección.

—¿Qué miras? ¿Necesitas un tenedor?

El holandés negó con la cabeza, al tiempo que se ayudaba del pan para llevarse un buen trozo de cordero a la boca. Cuando terminó de masticar y tragar, preguntó en tono acusador:

—¿Qué te has hecho? Estás... rara.

—¿Rara? —Bilal pasó un brazo por los hombros femeninos y le dio un apretón cariñoso—. Sol está preciosa, como siempre.

Kors tuvo que echar mano de todo su autocontrol para reprimir el impulso de escupir el huesecillo que tenía en la boca en la cara de aquel tipo. En efecto, ya no quedaba ni rastro de la *nagini* vapuleada que había rescatado unas semanas antes. El elegante caftán de color rosa intenso, bordado con hilo de oro en el cuello y las mangas, se ajustaba a su cintura poniendo de manifiesto el contorno perfecto de sus pechos y realizando su femineidad de un modo que cortaba el aliento.

—¿Te refieres al caftán? —A ella no parecía incomodarla lo más mínimo que el brazo de su compañero de mesa la rodeara aún—. Me lo ha prestado Zahira, somos casi de la misma talla.

Intercambió una sonrisa con la más joven y bonita de las nueras de Habiba.

—No. Es..., ¿te has hecho algo en el pelo? —El ceño del holandés parecía más amenazador que nunca.

—¡Ah, mi pelo! —Sol se llevó una mano a los cortos cabellos. Ahora lucía un corte mucho más profesional, y los mechones rebeldes, cuyos tonos iban del castaño claro a un rubio intenso, enmarcaban el rostro delicado en un estilo muy favorecedor—. He pasado por una peluquería para que arreglaran un poco el desaguisado que me hiciste. ¿No te gusta?

¿Gustarle? Si le gustara un poco más, saltaría por encima de la mesa, se la echaría al hombro, la encerraría en la torre para hacerle el amor y no la dejaría salir en un mes.

—No... Sí... No sé. Es sólo... es sólo que estás rara.

—Pues yo creo que te queda fenomenal, Sol. Cada vez que te veo estás más guapa.

Pero ¿podía saberse quién demonios le había dado vela en ese entierro a aquel imbécil?, se preguntó el holandés al tiempo que hundía otro trozo de pan en el guiso con tanta fuerza que se partió por la mitad y salpicó la mesa de salsa.

Habiba, a quien no se le habían escapado los esfuerzos ímprobos que hacía su invitado para no abalanzarse sobre su hijo, rodearle el cuello con las manos y estrangularlo, intervino en ese momento, muy divertida con la situación.

—Yo también creo que nuestra Sol está preciosa. ¿Te ha contado cómo llegó a convertirse en un miembro más de nuestra familia?

—¡Oh, no, Habiba, otra vez no! —La joven se tapó el rostro con las palmas de las manos, muerta de vergüenza.

—¡Cuéntalo, abuela! —La animó Mahmoud; aquélla era una de sus historias favoritas—. Yo se la traduciré a Balu.

—No, no me ha contado nada. Si se trata de una gesta heroica, entiendo su silencio. Sol es tan modesta... —Vengativo, Kors le dirigió una mirada burlona que ella le devolvió con una mueca.

—Como sabes, Kors, yo soy sólo una pobre viuda —empezó Habiba, pero su nuera la interrumpió en el acto. Aquélla no era la típica familia marroquí en la que las mujeres estaban en un segundo plano.

—Querida suegra, tú de pobre no tienes nada.

—¡Calla, Zahira, no me interrumpas, que pierdo el hilo! —la reprendió de buen humor—. Como iba diciendo, me había quedado viuda hacía unos años y tuve que sacar adelante a mis tres hijos sin la ayuda de un hombre. Los dos mayores son muy responsables, Alá sea loado, y enseguida encontraron un buen trabajo y se casaron con unas mujeres encantadoras, bellas por fuera y por dentro.

Las dos nueras soltaron una risita, pero Habiba siguió con su historia sin prestarles atención; se había puesto muy seria.

—Pero mi hijo pequeño... ¡Ah, Bilal, cómo me hiciste sufrir durante aquellos años! —Le lanzó una mirada de reproche y el aludido bajó la cabeza avergonzado—. Siempre metido en líos, siempre rodeado de malas compañías...

El holandés observó la forma en que Sol cubría la mano de Bilal con la suya como si tratara de consolarlo y apretó los dientes.

—¡Se metió a contrabandista! —intervino Mahmoud excitado, y el resto de los presentes lo regañaron por adelantarse a los acontecimientos.

—En efecto, eso fue lo que hizo este desagradecido hijo mío. Una noche sin luna, hace siete años ya, salió como había hecho en otras ocasiones sin que su madre, una pobre viuda indefensa, se enterase de nada, a cargar en una embarcación tabaco de contrabando que luego sería distribuido en España. Casi habían acabado cuando los sorprendió la guardia costera y se produjo un tiroteo. Una de las balas alcanzó a Bilal en el muslo.

Las conversaciones habían cesado por completo en el comedor, y todos aguardaban expectantes el desenlace de aquella historia, aunque se lo sabían de memoria.

—Sus *amigos* —Habiba recalcó la palabra con sarcasmo— optaron por salir corriendo y abandonarlo como a un perro. Por fortuna, aquella noche Sol estaba pescando no lejos de allí —Kors le lanzó una mirada escéptica y ella no pudo evitar sonrojarse, lo que confirmó las sospechas del holandés de que lo de la pesca no era más que una licencia poética—, y al oír los disparos no lo dudó: acercó la motora a la orilla, ayudó a Bilal a subir a bordo y, milagrosamente, consiguieron sortear a la patrullera y alejarse de allí bajo una lluvia de balas.

Sol puso los ojos en blanco; había oído la historia un millar de veces y, según pasaba el tiempo, los detalles se volvían cada vez más truculentos.

—Hicieron dos disparos al aire, Habiba —puntualizó.

—¡Una lluvia de balas! —insistió su anfitriona obstinada—. Bilal me lo contó con detalle más tarde. En cuanto pudieron, abandonaron la barca en algún lado, y ella sola cargó con él hasta aquí.

Sol se dirigió a Kors para aclarar el asunto:

—La herida era un simple rasguño. Bilal era perfectamente capaz de andar por sí mismo. Yo tan sólo le serví de apoyo...

—¡Casi se desmayó al llegar a casa por la pérdida de sangre! —Saltaba a la vista que Habiba no estaba dispuesta a rebajar el tono dramático. Hizo una pausa efectista antes de anunciar con una amplia sonrisa—: Desde entonces, Sol es parte de la familia; le debo la vida de mi hijo, y ella se ha convertido en otra hija para mí.

Los presentes aplaudieron encantados. Kors observó que el rubor de las mejillas de Sol se acentuaba y, muy divertido, decidió hurgar en la herida. Abrió mucho los ojos, se llevó una mano al corazón y comentó con deslumbrado entusiasmo:

—Lo último que imaginaba cuando te rescaté es que resultarías ser una auténtica heroína. Me siento emocionado, de verdad.

—Déjalo ya, ¿quieres? —Lo apuntó con el índice amenazadora y todos rieron de nuevo.

La cena resultó muy animada; la conversación fluía en todas las direcciones, lo mismo que los platos llenos de las delicias del país. Kors, que había devorado todo lo que le habían puesto delante con su habitual apetito, estaba tan lleno que se vio obligado a renunciar a comer una nueva ronda de pastelillos de pistacho muy a su pesar. Después de una larga sobremesa, Habiba se levantó y el resto la imitó.

El holandés siguió a Sol hasta la torre y ambos salieron a la terraza. Hacía una noche cálida, pero agradable. El bullicio diurno había disminuido de manera considerable, y la luz de la luna, casi llena, bañaba las azoteas de la antigua medina con el brillo de la plata. Sol apoyó las manos en una de las almenas para disfrutar mejor de la maravillosa vista y aspiró con deleite el aroma dulzón del jazmín y la dama de noche que ascendía desde los jardines y los patios secretos. Su delicado perfil se recortaba con nitidez contra el cielo nocturno, y a Kors le pareció que estaba todavía más bella.

—¡Me encanta este lugar! Habiba y su familia son un encanto, ¿no crees?

Él apartó los ojos de su rostro y trató de concentrarse en la conversación.

—Sí que lo son. Se nota que te están muy agradecidos.

Ella se encogió de hombros.

—Lo que hice no fue para tanto, pero Habiba es una persona generosa en extremo. Ha sido para mí una segunda madre, y yo...

Se detuvo en el acto y algo en su actitud le indicó a Kors que sus propias palabras habían desencadenado un recuerdo que la había entristecido. De inmediato, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia su costado. Con la vista perdida en el mar que se adivinaba a lo lejos, preguntó:

—¿Echas de menos a Jeremy? ¿Qué te ha dicho?

Sol se recostó contra su hombro.

—No he podido hablar con él. Ni con mi hermana. He llegado al locutorio y, al intentar marcar, me he dado cuenta de que era incapaz de recordar ningún número de teléfono, ninguna dirección de correo electrónico..., nada. El apartado «Agenda» de mi cerebro se ha borrado por completo tras el golpe que

me di.

Al oír eso, Kors frunció el ceño preocupado.

—Mañana te llevaré a un hospital. —Más que verlo, notó que ella negaba con la cabeza.

—Muchas gracias, pero no hace falta. Lo he consultado con el hijo mayor de Habiba, que es médico, y me ha dicho que era un caso claro de amnesia selectiva producido por el impacto contra la piedra. Dice que lo más seguro es que vuelva a recordarlo todo cuando pase un poco más de tiempo, y me aconseja que, entretanto, no me angustie intentando recordar.

—Puedes llamar a la base de Rota y preguntar por tu novio. Seguro que encuentras la información en internet.

Sol rodeó la cintura masculina con un brazo para estar más cómoda, sin notar que él se ponía rígido.

—Lo pensé, pero, entre otras cosas, me fui unos días en el barco para quitarme de en medio. Si te digo la verdad, la cosa estaba empezando a ponerse calentita. Por eso, durante un tiempo no quiero hacerme notar, creo que cuanto más difícil sea localizarme, mejor.

—¿«Entre otras cosas»?

Sol se apretó aún más contra él, como si buscara el consuelo de la cercanía con otra persona.

—Jeremy y yo habíamos tenido una discusión. No es la primera vez que nos peleamos, y sabe que a veces desaparezco unos días con el barco para pensar con tranquilidad; sin embargo, llevo ya casi un mes sin ponerme en contacto con él. Debe de estar muy preocupado, y no te cuento cómo debe de estar mi hermana Luna. Además, tengo que explicarle lo de...

Se mordió el labio incapaz de continuar, pero él lo hizo por ella.

—Lo del bebé. —Una vez más, Sol asintió en silencio—. Está bien, no te preocupes, mañana haré las averiguaciones necesarias para dar con el paradero de tu hermana. Por lo que me has contado, creo que será más seguro que contactes con tu novio —se obligó a pronunciar la palabra, a pesar de que le hacía daño, en un intento de recordarse a sí mismo que la mujer que se aferraba a él confiada estaba enamorada de otro hombre— a través de ella.

Sol alzó el rostro hacia él, se puso de puntillas y lo besó en la comisura de la boca.

—Gracias, Kors. Por todo.

Incapaz de resistir por más tiempo el calor de su cuerpo tan cerca del suyo, y con la piel hormigueando aún tras el leve contacto, el aludido anunció con voz ronca:

—Voy a ir a dar una vuelta, no tengo sueño. —Justo entonces, ella ocultó un bostezo con la palma de la mano—. En cambio, tú pareces agotada, así que acuéstate.

—¡A sus órdenes, capitán Van Dijken!

Acompañó sus palabras con una cálida sonrisa que estuvo a punto de hacerlo gemir. Kors reprimió el deseo de tomarla de nuevo entre sus brazos y besarla con furia; con un esfuerzo supremo de voluntad, dio un paso atrás y se alejó de ella.

—Hasta luego.

—¡Que lo pases bien! —fue lo último que oyó antes de cerrar de un portazo y bajar por la diminuta escalera de caracol a toda velocidad, huyendo de su propio deseo.

Le apetecía tomarse una copa y, a esas horas y en un país musulmán, decidió que lo mejor sería ir al bar de algún hotel de lujo. No había mucha gente por las calles, sin embargo, tuvo suerte y uno de los pocos hombres con los que se cruzó le indicó la dirección del hotel Minzah. Caminó con rapidez y, pocos minutos después, se encontraba en el lujoso vestíbulo. Preguntó por el bar y, al instante, un botones se

ofreció a acompañarlo. Las alfombras orientales, los arcos de las puertas y el pintoresco patio andaluz, con sus fuentes rumorosas y salpicado de naranjos, convertían el lugar en un auténtico oasis en medio de la bulliciosa ciudad.

En cuanto entraron en el bar, Kors le dio las gracias al joven empleado y se acercó a la barra. Apenas había media docena de clientes desperdigados por las pequeñas mesas y, nada más acomodarse en uno de los altos taburetes, oyó que alguien decía su nombre en voz alta.

—¡Kors Van Dijken, ¿eres tú de verdad?!

Sorprendido, el holandés se volvió y reconoció en el acto a la mujer que avanzaba hacia él con cierta torpeza por culpa de unas sandalias de tacón vertiginoso.

—Melissa, qué agradable sorpresa.

Se levantó y besó la mejilla perfumada que ella le ofrecía y la ayudó a sentarse en el taburete contiguo.

—¡Pónganos dos whiskies con mucho hielo! —ordenó la recién llegada al camarero antes de girarse hacia él y examinarlo de arriba abajo con detenimiento—. A pesar de la barba, te he reconocido al instante, y eso que ahora eres todo un hombre... —dijo con un insinuante ronroneo gatuno; tan sólo le faltaba pasarse la lengua por los labios y relamerse.

Kors también la había reconocido al instante, y a pesar de que habían pasado casi quince años y de que ella debía de rondar ya los sesenta, pensó que Melissa Levinson seguía siendo una mujer muy atractiva. Morena, alta y llena de curvas que se mantenían turgentes gracias a la ayuda del bisturí, Melissa aún lograba que los hombres volvieran la cabeza a su paso. Durante el instructivo año que pasó a bordo del yate de su esposo, Kors había aprendido la mayor parte de los trucos de su repertorio sexual.

—¿Dónde está Roy?

Ella se encogió de hombros con indiferencia antes de alargar la mano y coger el vaso que acababa de servirle el camarero.

—Ya sabes, se ha encontrado con varios conocidos. Imagino que estará en uno de los salones privados del hotel jugando a las cartas, bebiendo y fumando alguno de esos puros apestosos que tanto le gustan —contestó después de dar un buen trago. Tenía los ojos muy brillantes y las mejillas ligeramente sonrosadas, y su interlocutor pensó que no debía de ser ni la primera ni la segunda copa que se bebía aquella noche.

Kors la imitó y saboreó el exquisito brebaje, que no debía de tener menos de doce años, con satisfacción. A pesar de que le gustaba el alcohol, no bebía a menudo; de hecho, no solía llevar a bordo más de un par de botellas de vino, y la última la había terminado con la ayuda de Sol hacía días. La inesperada caricia de una mano en su mejilla lo hizo volver de golpe al momento presente.

—Te he echado mucho de menos, querido. Ningún hombre me ha complacido tanto como tú. —Melissa había bajado del taburete y se acercó a él insinuante, hasta que sus senos rozaron el pecho masculino.

—Eso se lo dirás a todos. —Alzó una ceja burlón al tiempo que reprimía el impulso de apartarse de ella.

—Veo que sigues tan desagradable como siempre. —La mujer frunció los labios en un mohín mimoso y le dio una palmadita en las nalgas con descaro.

Él le guiñó un ojo.

—Veo que me recuerdas bien.

—Vamos a sentarnos a una de esas mesas, así podremos hablar con tranquilidad de los viejos tiempos. —Se tambaleó ligeramente y Kors se apresuró a sujetarla por el brazo y conducirla hasta una mesa cercana.

Continuaron bebiendo y charlando hasta que el camarero les indicó que iban a cerrar el bar.

—Subamos a mi habitación, querido, sabes bien que Roy no aparecerá por allí.

Así que las cosas seguían igual, se dijo Kors sintiendo una punzada de compasión. El marido de Melissa siempre había estado más preocupado por sus negocios y por sus partidas de cartas que por su esposa. Visitaba el lecho conyugal con tan poca frecuencia que ni siquiera había sido capaz de darle el hijo que ella anhelaba.

Melissa Levinson debía de haber hecho balance de la situación en algún momento de su matrimonio y había optado por permanecer al lado de su esposo, un hombre que, aunque indiferente por completo a sus encantos —a Kors se le había insinuado a menudo durante el año que había pasado a su servicio, por lo que tenía claro que, para Roy Levinson, su matrimonio era tan sólo una tapadera de sus tendencias homosexuales—, tenía una fortuna impresionante. Sin embargo, a juzgar por la expresión de amargura que asomaba a los grandes ojos azules tan a menudo, el holandés dudaba de que aquella elección hubiera sido la más acertada.

Consideró la propuesta de Melissa; había bebido más de lo que había planeado y notó que se le iba un poco la cabeza al levantarse, pero no era una sensación desagradable, todo lo contrario. Justo entonces, ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó apasionadamente, y él respondió a su beso con ardor.

Sí, se dijo, eufórico, sin dejar de besarla. Se estaba excitando, seguro que sus sentimientos por Sol Lawrence eran tan sólo un espejismo producido por demasiados meses de abstinencia.

—Vamos, subiré contigo.

Melissa lanzó una risita complacida y algo ebria.

Caminaron agarrados de la cintura hasta el ascensor, en cuyo interior siguieron besándose con desenfreno, hasta que se detuvo en el último piso. A su acompañante le costó introducir la tarjeta en la ranura de la puerta, pero por fin lo consiguió y lo hizo pasar a la que debía de ser una de las mejores suites del hotel, desde cuya terraza se disfrutaba de una vista espectacular sobre la bahía de Tánger, a la que ninguno de los dos le prestó la menor atención.

Kors apartó con la mano uno de los tirantes del vestido y, al sentir bajo su palma la dureza artificial de aquel pecho abundante, tan diferente del tacto suave de los senos que cubría cierto bikini de color turquesa, notó que su ardor se enfriaba bastante.

Molesto consigo mismo, apartó la mano y la deslizó por la piel delicada de la espalda que el atrevido escote del vestido dejaba al descubierto, al tiempo que hundía el rostro en la garganta femenina; pero, entonces, fue el aroma del denso perfume francés que llevaba su pareja en contraste con el olor característico que desprendía Sol, a aire fresco y a flores silvestres, lo que lo hizo fruncir la nariz con desagrado. Su otro yo, que hasta el momento no le había fallado jamás, decidió que ya era hora de irse a dormir y, por mucho que maldijo y lo amenazó en silencio con todo tipo de terribles represalias, no le hizo el menor caso.

Avergonzado, alzó la cabeza y carraspeó un par de veces.

—Melissa. Ejem..., Melissa —empezó vacilante.

Sin embargo, ella estaba demasiado concentrada frotándose contra su cuerpo y apretándole las nalgas con tanto entusiasmo que no lo oyó.

—¡Melissa!

—¿Qué ocurre, querido? —Alzó por fin la cabeza, y a Kors no se le escapó que le costaba abrir los párpados y se trababa un poco con las palabras.

—Creo que hemos bebido demasiado, Melissa, creo que... —Se aclaró la garganta una vez más—. Me temo que, a pesar de lo mucho que lo deseo, no voy a poder seguir adelante con esto.

Lo último que Kors Van Dijken había calculado era el extraordinario efecto que sus sinceras palabras —o quizá no tan sinceras— iban a provocar. Al instante, Melissa, fuera de sí, empezó a gritar insultos contra él, contra su marido e, incluso, contra el presidente de Estados Unidos, hasta que, unos minutos después, se derrumbó sobre su pecho mientras su cuerpo se sacudía con violencia entre sollozos desgarradores. El holandés la estrechó con fuerza, sintiéndose terriblemente culpable y sin saber muy bien qué decir.

—Yo... lo siento, Melissa.

—¡Me da igual lo que sientas! ¡Vete de aquí! —Apoyó las palmas de las manos contra su pecho y le dio un brusco empujón que estuvo a punto de hacerla caer al suelo.

Kors la sujetó justo a tiempo y, al notar que su equilibrio era precario, la alzó en brazos y la depositó con la mayor delicadeza posible —a él también le habían afectado bastante los dos whiskies que se había bebido— sobre la enorme cama de matrimonio. Nada más apoyar la cabeza en una de las mullidas almohadas con funda de algodón egipcio, Melissa cerró los ojos y, al instante, la habitación se inundó de sonoros ronquidos.

Aliviado al comprender que el peligro de que alguien pensara que se estaba cometiendo un asesinato en una de las suites más caras del hotel y avisara a la policía se alejaba un poco más, Kors se inclinó para quitarle las sandalias y, vestida y todo, la tapó hasta arriba con las sábanas mientras farfullaba entre dientes:

—Amigo, espero que Te compadezcas de esta pobre infeliz y le hagas el favor de que mañana no se acuerde de nada. —Luego abandonó la habitación sin mirar atrás.

Por fortuna el sentido de la orientación de Kors Van Dijken era extraordinario, porque, sin saber cómo, de pronto se encontró junto a la pequeña puerta que daba acceso a la torre.

Tardó casi cinco minutos en girar la pesada llave de hierro que Habiba les había entregado y, por supuesto, no faltó una variada y creativa sarta de improperios contra las llaves defectuosas y las cerraduras en mal estado. Tambaleante, subió por la empinada escalera muy despacio y aferrado a la barandilla de hierro como si le fuera la vida en ello y, aun así, trastabilló un par de veces, pero, sin dejar de maldecir, consiguió llegar a la habitación.

Decidió no encender la luz para no despertar a Sol y, justo cuando se disponía a tirarse en plancha sobre la cama con un suspiro de alivio, tropezó con un pequeño puf de cuero que no recordaba que estuviera allí y cayó de bruces contra el suelo en medio de una nueva sarta de blasfemias, insultos y todo tipo de palabras malsonantes.

—¿Kors? —La voz somnolienta llegó desde la terraza.

—¡No pasa nada, vuelve a dormirte! —ordenó tirado aún en el suelo; aunque, en realidad, lo único que salió de su boca fue un gruñido incomprensible.

Como de costumbre, aquella exasperante mujer no le hizo el menor caso, y unos segundos después notó que se acuclillaba a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Perfectamente. —La respuesta sonó más parecida a una pedorreta que otra cosa.

—¡Estás como una cuba! —Kors abrió la boca para negarlo tajantemente, pero ella lo interrumpió sin contemplaciones—. Venga, agárrate a mí. Te ayudaré a llegar a la cama.

Tras varios intentos infructuosos, el holandés consiguió ponerse en pie y, apoyado en los hombros femeninos, logró llegar hasta su cama y desplomarse sobre el colchón con una brusquedad que lo hizo lanzar un gemido.

Sol le quitó los zapatos y lo ayudó a sacarse la camiseta por la cabeza, al tiempo que fruncía la pequeña nariz con disgusto.

—¿Has estado en un burdel? Hueles a furcia que echa para atrás.

—¡Melissa no es una furcia! —Esta vez ella no tuvo problemas para entenderlo.

—Así que has tenido que emborracharla para beneficiártela... —Movi6 la cabeza de lado a lado con desaprobaci6n.

A pesar de que todo le daba vueltas, los comentarios acusadores de su autoproclamada cuidadora llegaban a su mente con una irritante claridad y, tal vez por efecto de la furia que lo invadi6, Kors logr6 expresarse de manera medianamente inteligible.

—¡No tengo ninguna necesidad de emborrachar a una mujer para acostarme con ella! —replic6 muy ofendido—. Las mujeres me persiguen por medio mundo. Todas est6n locas por el guap6simo capit6n Van Dijken, que lo sepas. Claro que t6 no lo sabes porque tienes a tu novio *ese*, pero si no fuera por *ese* peque6o detalle, t6 tambi6n caer6as rendida a mis pies.

Al oír aquello, Sol sonri6 divertida. La verdad era que su salvador resultaba entretenido hasta cuando estaba borracho. Era un espect6culo verlo en semejante estado; saltaba a la vista que no acostumbraba a beber. Pobre, se dijo enternecida, lo m6s probable era que lo hubiera hecho en un intento de reunir el valor necesario para seducir a la tal Melissa.

—¿Est6s enamorado de Melissa? Espero que, al menos, mereciera la pena llevarla a la cama, porque la resaca que tendr6s ma6ana va a ser monumental.

—¡Claro que no estoy enamorado de Melissa! En realidad, no nos hemos acosta... —Se detuvo en seco. ¿Podía saberse qu6 demonios hacía d6ndole explicaciones sobre aquel bochornoso incidente? Aquella entrometida no tenía ning6n derecho a conocer los detalles. Lo malo era que sentía una absurda necesidad de justificarse—. Para tu informaci6n, fuimos amantes hace unos a6os, pero ahora s6lo somos buenos ami... ¡Eh! ¡¿Se puede saber qu6 haces?!

En un abrir y cerrar de ojos, los dedos esbeltos habían desabrochado la hebilla del cintur6n y ahora trataban de hacer lo mismo con el bot6n del pantal6n.

—Te ayudo a ponerte c6modo. No te preocupes, muchos de mis amigos tambi6n son aficionados a beber m6s de la cuenta. —Apart6 de un golpe las torpes manazas que trataban de abrochar de nuevo el bot6n, le baj6 la cremallera y empez6 a tironear de los pantalones—. ¡Vaya! Desde luego, te has quedado con ganas.

Un nuevo gemido de impotencia brot6 de la fuerte garganta morena; como de costumbre, aquel maldito traidor había decidido asomar la cabeza justo en el momento m6s inoportuno.

Sol se disponía a tapanlo con la s6bana pudorosamente, pero se detuvo dubitativa.

—Igual estarías m6s c6modo si te dieras una ducha fría...

Humillado por completo, Kors se tap6 los ojos con un brazo y replic6 de malos modos:

—¡Vete de una vez!

La risilla maliciosa de Sol le taladró el cerebro. De pronto, notó que se inclinaba sobre él y los dedos frescos apartaron con delicadeza un mechón de pelo que había resbalado sobre su frente. Bastó aquel simple contacto para que hasta la última gota de sangre de su cuerpo se concentrara en aquel punto incontrolable de su anatomía, y tuvo que aferrarse a las sábanas con todas sus fuerzas para no alargar el brazo y arrastrarla con él a la cama.

—Venga, hombre, no es el fin del mundo. Hay un montón de mujeres a las que les encantaría tener un romance con el guapísimo capitán Van Dijken. —Su amable intento de animarlo lo hizo rechinar los dientes—. Ahora te dejaré para que duermas la mona, pero si te encuentras mal y necesitas algo, pega un grito. Estoy ahí al lado, ya sabes. Buenas noches.

Kors la oyó alejarse, pero no abrió los ojos a pesar de que tenía la molesta sensación de que seguía a bordo del *Sea Bitch*.

«Hay un montón de mujeres a las que les encantaría tener un romance con el guapísimo capitán Van Dijken», la imitó con voz de pito, procurando que ella no lo oyera.

Pues que alguien tuviera la bondad de informar de ello aquí a su colega, porque, al parecer, para él no existía más que una, se dijo muy enfadado antes de abrazarse a la almohada y sumirse, al fin, en un sueño profundo.

Capítulo 7

—¡Despierta, dormilón! Te has perdido el amanecer. Balu, Mahmoud y *Silver* ya llevan horas merodeando por la ciudad.

Mientras hablaba, Sol iba abriendo de par en par las celosías de madera de las ventanas, y la luz brillante de la mañana inundó la habitación. Al sentir los fuertes rayos atravesando sus párpados, Kors lanzó un gruñido y se tapó la cabeza con la almohada; pero aquel intento de remolonear no le sirvió de nada, porque ella se acercó a la cama y se la quitó sin la menor consideración.

—¡Vete de aquí, *nagini* infernal! ¡Déjame dormir! —bramó enfurecido, aunque se arrepintió al instante porque aquello tan sólo sirvió para agudizar su terrible dolor de cabeza, ya que Sol siguió a lo suyo, impasible.

—Venga, levanta de una vez. Te he traído un té y algo de comer. Te sentará bien desayunar.

La palabra *té* le resultó atractiva, así que se sentó y se apoyó contra el cabecero, sin que le importara lo más mínimo que las sábanas se deslizaran hasta más abajo de su cintura, tapando por poco los marcados músculos de la pelvis.

Al parecer, a Sol tampoco debía de molestarle mucho su semidesnudez, porque se acercó y depositó la bandeja sobre sus muslos con toda naturalidad. Luego se sentó a su lado en el borde del colchón.

—¿Por qué no me has dejado dormir más? No es como si tuviera que ir a una jodida oficina. —El holandés se apartó la melena revuelta del rostro con ambas manos y se frotó los ojos tratando de despejarse.

—Necesito ir contigo y tu ordenador a algún sitio para conectarme a internet.

Sol empezó a untar un *krashel* recién hecho con un poco de mantequilla. Cuando terminó, le dio un buen mordisco y le acercó el resto a los labios.

Kors le arrebató el delicioso bollo de sésamo con rudeza.

—No me gusta que me trates como a un inválido, y me gusta aún menos que te comas mi desayuno —le advirtió malhumorado antes de darle un buen mordisco él mismo. Acababa de hacer un sorprendente descubrimiento: estaba hambriento.

—Es que están buenísimos. Me he comido un par de ellos abajo, pero creo que podría zamparme unos cuantos más.

Kors la examinó sin dejar de masticar. Esa mañana, Sol se había puesto unos pantalones cortos blancos y una camiseta del color de sus ojos que debía de haber comprado el día anterior. Como de costumbre, llevaba los cortos mechones completamente de punta, y Kors la encontró tan deseable que se alegró de tener una bandeja tras la que parapetarse.

Aquello empezaba a parecerse más a una enfermedad que otra cosa, se dijo molesto. No recordaba que su cuerpo hubiera respondido de manera similar ante la presencia de una mujer; ni siquiera durante la dura etapa de su calenturienta adolescencia.

—También te he traído esto. —Sol le tendió dos comprimidos de paracetamol, al tiempo que le guiñaba un ojo con malicia—. Siempre había pensado que los lobos de mar aguantaban mejor el alcohol. ¡«Ron, ron, ron, la botella de ron...»! —desafinó con entusiasmo.

El holandés la fulminó con la mirada antes de meterse las dos pastillas en la boca y dar un largo trago a su té.

—Bien, dejaré que te duches con tranquilidad. Te espero abajo.

Y, sin más, Sol se levantó y salió de la habitación. Kors se comió hasta la última miga, se dio una larga ducha y, cuando bajó, casi tres cuartos de hora más tarde, al menos se sentía un poco más persona.

De camino, Sol saludó a los dueños de varios negocios que, vestidos con amplias chilabas, esperaban pacientemente a los clientes sentados junto a la puerta de sus establecimientos. La cafetería no quedaba lejos, y llegaron enseguida. Kors pidió dos té con piñones sin preguntarle, se sentó a una de las mesas y conectó el ordenador. Sol arrastró una de las sillas vacías que había en otra mesa y se sentó a su lado, tan cerca que sus hombros se rozaban.

—No me gusta esa manía que tienes de pegarte tanto a mí —mintió con aspereza el holandés mientras luchaba, una vez más, contra el inoportuno deseo de girar la cabeza y besar aquella boca provocativa tan próxima a la suya.

—Es que tengo frío. —A pesar del viejo ventilador que giraba desgano en el techo, el ambiente del local resultaba sofocante. Al verlo alzar los ojos hacia el cielo con expresión de fastidio, se pegó aún más a él y suplicó mimosa—: Por favor, capitán Van Dijken, déjame ponerme cerquita, si no, no veo.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no coquetees conmigo?!

—¡Ups! Lo olvidé.

—Eres insoportable.

—Lo sé. Anda, mira a ver si encuentras información sobre la base.

Con un gruñido, Kors dirigió su atención a la pantalla del portátil y empezó a teclear a toda velocidad. En cuanto escribió «Base Naval de Rota» en la barra de Google, aparecieron más de seiscientos mil resultados en la pantalla. El teléfono estaba al principio del todo, pero los ojos de Sol saltaron enseguida a unas líneas más abajo, en las que podía leerse:

Noticias sobre la base de Rota / ABC.es. El cuerpo de un soldado asesinado y una mujer herida grave aparecen en la base militar.

—Pincha en ésta. —Señaló la página web con un dedo tembloroso, de pronto tenía un mal presentimiento.

Kors obedeció en el acto. La conexión era lenta y la página tardó un poco en cargarse. Cuando por fin se abrió, lo primero que vio fue la foto de un hombre de apenas treinta años y expresión alegre, vestido con el uniforme de la marina. La examinó con curiosidad, pero sus ojos se desviaron enseguida hacia la fotografía que estaba más a la derecha, y no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Salvo por la larga melena castaña con vetas más claras, que le llegaba hasta más abajo de los hombros, el rostro de la joven que lo miraba sonriente desde la pantalla era idéntico al de la mujer que en ese momento estaba sentada junto a él.

—No. —Sol negaba con la cabeza mientras seguía leyendo el resto del artículo. Estaba tan conmocionada que las letras bailaban delante de sus ojos y apenas era capaz de entender lo que ponía.

Aparece el cadáver de un soldado norteamericano junto a una mujer malherida en la playa del Almirante, dentro de la zona militar. El hombre presentaba varias heridas causadas por arma de fuego. A pesar de que no han trascendido los detalles, al cierre de estas páginas se temía por la vida

de la mujer, quien, aunque la noticia no ha sido confirmada, habría sido identificada como Sol Lawrence de Mendoza, nieta del fundador de las conocidas bodegas Señorío de Mendoza, de Jerez de la Frontera.

—Al menos sabemos que tú no eres la víctima. —Kors apenas era consciente de lo que decía. Si la foto y la noticia lo habían dejado casi en estado de shock, no podía ni imaginar lo que debía de estar sintiendo ella en esos momentos.

—Es mi hermana —dijo en voz muy baja. Seguía con los ojos clavados en la pantalla, y su pecho subía y bajaba cada vez más rápido.

—¡Tu hermana! —Kors la miró desconcertado.

—¿No lo entiendes? —Se volvió hacia él; los grandes ojos verdes reflejaban una profunda angustia—. Aunque sólo somos mellizas, Luna y yo nos parecemos muchísimo. ¡La han confundido conmigo, es ella la que está muerta!

Se tapó la boca con las manos, asustada por sus propias palabras, y empezó a balancearse de atrás adelante en un movimiento compulsivo. Impresionado, Kors le rodeó los hombros con un brazo y la obligó a apoyar la cabeza sobre su pecho.

—Calma, no te pongas en lo peor. Aquí no dice que haya muerto. Además, no tiene por qué tratarse de ella.

Sol negó con la cabeza.

—¡Jeremy está muerto, y sé que ella también!

Al detectar una nota de histeria en su voz, él la estrechó contra sí con más fuerza.

—¡Shhh, tranquila! Me dijiste que tu hermana vive en Madrid —trató de razonar con ella—, que no había vuelto a la casa de El Palmar desde que os arrancaron de allí siendo niñas, que ni siquiera le gustaba poner un pie en la provincia de Cádiz porque le traía demasiados recuerdos. ¿Por qué iba a volver de repente?

—Porque le mandé una postal. —Hablabla en un tono tan bajo que Kors tuvo que esforzarse para entender lo que decía—. Una postal en la que le enviaba un mensaje escrito con un código secreto que utilizábamos cuando éramos pequeñas. Suelo llamarla todas las semanas. La conozco bien. Luna no es como yo, es mucho más responsable. Al no tener noticias mías durante tanto tiempo, debió de preocuparse, y estoy segura de que fue allí a intentar averiguar qué había sido de mí y..

De su garganta brotó un gemido agudo que a Kors lo hizo pensar en un pequeño animal herido. Con una gigantesca sensación de impotencia, besó los cortos cabellos y la meció entre sus brazos, tratando de calmarla, pero Sol Lawrence estaba más allá del consuelo.

Al cabo de un rato, lo empujó con fuerza tomándolo por sorpresa y se liberó de sus brazos.

—¡Tengo que averiguar la verdad!

Antes de que Kors pudiera reaccionar, se puso en pie con tanta brusquedad que estuvo a punto de derribar la silla y salió corriendo de la cafetería. Él la siguió apenas unos segundos más tarde, pero cuando se asomó a la puerta del local, no encontró ni rastro de la joven entre la ruidosa multitud que abarrotaba las calles de la medina.

Sol corrió sin parar hasta que llegó al locutorio desde el que había intentado llamar a Jeremy el día anterior. Jadeante, rebuscó en el bolsillo trasero de los shorts y sacó unos cuantos dirhams que depositó en el mostrador sin decir una palabra. El empleado, que en ese momento hablaba con otro parroquiano, le señaló una de las cabinas que no estaban ocupadas en ese instante sin apenas mirarla.

Sol cerró los ojos y trató de concentrarse. Al no tener móvil, era de las pocas personas que aún se aprendían los números telefónicos de memoria, pero por más que lo intentaba no lograba recordar el de su hermana. Desesperada, pasó las yemas de los dedos por las teclas del anticuado aparato, hasta que, de pronto, recordó la secuencia de marcado del teléfono del bufete de abogados en el que trabajaba Luna. Le temblaban tanto los dedos que se equivocó varias veces, pero, por fin, oyó la enervante melodía que usaban para hacer la espera más llevadera hasta que la atareada recepcionista respondía al teléfono.

—Sanmartín, Batllé y Asociados, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Señorita, por favor... —Su voz sonó como un graznido apenas audible.

—Buenos días. Sanmartín, Batllé y Asociados, ¿en qué puedo ayudarlo?

Sol detectó un leve matiz de impaciencia en el tono de la mujer, así que controló el temblor de su voz por pura fuerza de voluntad y consiguió articular sus siguientes palabras con un poco más de claridad.

—Quería hablar con la señorita Luna Lawrence, por favor.

—Lamentablemente, la señorita Lawrence ya no está entre nosotros.

—No está... —repitió Sol sin saber muy bien lo que decía mientras sus manos, heladas y sudorosas, se aferraban al teléfono con todas sus fuerzas.

—Sí, es una verdadera lástima. —Al parecer, la recepcionista había decidido mostrarse más comunicativa—. Después de tantos años en el bufete, es muy triste que nos haya dejado así...

Al oír eso, los dedos de Sol se aflojaron en el acto. El auricular se deslizó entre ellos y se estrelló con un golpe seco contra la pared, sumando un nuevo desconchón en la pintura churretosa. Cegada por las lágrimas, se dio media vuelta, salió del locutorio a toda velocidad sin hacer caso de las furiosas recriminaciones del empleado y corrió sin rumbo calle abajo.

Anocheía y Kors estaba cada vez más preocupado. Había ido preguntando casi de tienda en tienda hasta que el empleado de un mugriento locutorio, con un enfado de mil demonios, le había hablado de una loca que había estado a punto de romper uno de los teléfonos de su local; pero cuando trató de averiguar en qué dirección había escapado aquella lunática, el otro fue incapaz de darle ninguna información de interés.

Resultaba evidente que las noticias, fueran las que fuesen, no habían sido buenas. Sin dejar de maldecir, el holandés regresó a casa de Habiba a buscar al perro. Se encontró a Balu jugando al fútbol con Mahmoud en el patio, pero en cuanto el *sahib* le contó que se llevaba a *Silver* para que buscara el rastro de la *nagini*, al instante el pequeño hizo a un lado el balón y le dijo que iría con él. Se volvió hacia su amigo y le pidió, mitad por señas, mitad a gritos, un trozo de cuerda y, cuando consiguió hacerse entender, la ató al colorido collar que Sol le había comprado el día anterior a su mascota.

Kors observó aquellos preparativos sin mucha fe, pero empezaba a estar desesperado y no se le ocurría qué otra cosa podía hacer. Balu pareció leerle el pensamiento porque, sin soltar el extremo de la cuerda, le hizo una seña para que lo siguiera y afirmó con entusiasmo:

—Ya verás como la encuentra, *sahib* Kors. *Silver* es un perro muy listo.

El holandés condujo al peculiar equipo de rescate al locutorio en el que había perdido el rastro de la joven. *Silver* empezó a olisquear por todos los rincones con entusiasmo, hasta que el malcarado empleado —que, como ocurría con la mayoría de los árabes, no sentía mucha simpatía por los perros— los echó de allí con cajas destempladas.

Silver lanzó un alegre ladrido y, sin dejar de menear el rabo, los guio por las estrechas callejuelas. Casi una hora más tarde, después de dar un montón de vueltas, llegaron a una zona mal iluminada del paseo marítimo que a esas horas estaba desierta. El holandés estaba a punto de dar el alto y poner fin a aquella alocada búsqueda que no parecía que fuera a conducirlos a ninguna parte, cuando el perro empezó a gruñir amenazador.

Kors se llevó el índice a los labios, indicándole a Balu que guardara silencio. Con precaución, se asomó al pretil que separaba el paseo de la playa y, a unos metros de distancia, a la débil luz de una farola solitaria, se encontró con una escena que le hizo hervir la sangre: tres adolescentes se divertían lanzándole puñados de arena a una persona que permanecía encogida sobre sí misma, sin hacer el menor amago de defenderse.

Aunque a esa distancia no podía estar completamente seguro de que fuera Sol a quien estaban atormentando aquellos tres malnacidos, algo en su interior le dijo que era ella. Sin pensarlo dos veces, apoyó una mano en el muro y saltó al otro lado con agilidad.

Los muchachos estaban tan entretenidos burlándose de aquella inesperada víctima que el destino había puesto en su camino tras una tarde bastante aburrida que no se dieron cuenta de que Kors se acercaba por detrás. Cuando llegó junto a ellos, agarró a dos de los maleantes por el cuello e hizo chocar sus cabezas con fuerza antes de arrojarlos a un lado con desprecio. El tercero, al ver aquello, salió corriendo, y, en cuanto consiguieron ponerse en pie, todavía medio atontados, sus compinches lo siguieron lo más rápido que pudieron.

El holandés se acuclilló junto a aquella criatura empapada que tiritaba sin control. Con mucha delicadeza, posó la mano sobre los cortos cabellos apelmazados por la mezcla de agua y arena y susurró con suavidad, para no asustarla:

—Sol, soy yo. Tranquila. Estás a salvo.

Pero ella siguió en la misma postura, con los brazos rodeando sus piernas y el rostro hundido entre las rodillas, como si no lo hubiera oído. Cada vez más alarmado por el estado tan lamentable en el que se encontraba, Kors rodeó su espalda con un brazo, pasó el otro por debajo de sus rodillas y, con un fuerte impulso, se puso en pie.

Con ella en brazos, regresó con rapidez a la casa, seguido de cerca por un perro satisfecho y un niño compungido. La misma Habiba les abrió la puerta antes de que se apagara el eco de la aldaba.

—¿Cómo está? Mahmoud no ha sabido decirme lo que pasaba. —Preocupada, observó el cuerpo laxo de la joven, que parecía aún más frágil entre los fuertes brazos masculinos.

—Está helada. Voy a darle un baño caliente —dijo Kors sin detenerse.

—Ahora mismo mandaré a una criada para que la atienda.

—No es necesario. No es la primera vez que cuido de ella.

Kors empezó a subir la escalera y, al ver su expresión resuelta, Habiba no se atrevió a protestar. Al fin y al cabo, ya conocía a Sol desde hacía muchos años y era consciente de que sus nociones respecto al decoro y la virtud que debía observar una mujer estaban a años luz de las de su protegida. De todas

formas, se dijo, a pesar del aspecto un tanto salvaje de aquel gigante de melena enmarañada, su intuición le decía que el capitán Van Dijken era un hombre de fiar.

Una vez en la habitación, Kors la depositó sobre la cama y corrió a llenar de agua caliente la antediluviana bañera de cobre que ocupaba la mayor parte del cuarto de baño. Tras dar varias vueltas a las manijas de los dos ornamentados grifos dorados, que también debían de rondar el siglo de antigüedad, dejó correr el agua y volvió a buscar a Sol, que no se había movido.

—Veo que echabas de menos los cuidados del capitán Van Dijken —comentó sarcástico al tiempo que le quitaba la camiseta por la cabeza.

La tiró al suelo y, enseguida, le siguieron los shorts y la ropa interior. En cuanto la tuvo desnuda, comprobó la temperatura del agua con una mano y metió a la joven en la bañera.

—Ahora toca el submarino. Cierra la boca. —Sin más preámbulos, le tapó la nariz con dos dedos, le echó la cabeza hacia atrás y la sumergió por completo debajo del agua.

Sol ni siquiera protestó al salir a la superficie. Los ojos verdes tenían una expresión vacía que estaba poniendo cada vez más nervioso al holandés. Aún se maldecía a sí mismo por no haberla encontrado mucho antes; debería haber caído en la cuenta de que una *nagini* siempre buscaría refugio cerca de su amado océano.

—Voy a lavarte el pelo. —Vertió un poco de champú en la palma de su mano y enjabonó los cortos cabellos a conciencia sin parar de hablar. Daba igual que no dijera más que tonterías; el mutismo en el que se había encerrado la chica le estaba dando mal rollo—. Lo malo de esta peluquería es que no tiene ducha de teléfono, así que recurriremos al método manual, pero no te preocupes, procuraré que no te entre el jabón en los ojos.

Después de frotarle el cuero cabelludo con delicadeza, estiró el brazo, cogió un aguamanil de cobre repujado que había cerca y lo llenó en el grifo. La obligó a echar de nuevo la cabeza hacia atrás y, sin dejar de sujetar su nuca con una mano, con la otra fue vertiendo el agua sobre sus cabellos, muy despacio, hasta que los hubo aclarado del todo.

Por lo menos, daba la sensación de que Sol empezaba a entrar en calor. Había dejado de tiritar y los labios habían perdido aquel alarmante tono azulado. Mientras enjabonaba el resto de su cuerpo, dispuesto a eliminar hasta el último grano de arena, Kors comentó con aspereza:

—La próxima vez espero que busques una fórmula para quitarte de en medio que me dé menos trabajo.

Casi dio un respingo cuando la oyó hablar.

—Es difícil ahogarse si sabes nadar. —A pesar de que lo dijo muy bajito, él la oyó y tuvo que apretar los dientes para contener el brutal juramento que subía por su garganta.

—¿Eso era lo que querías? —Soltó la esponja en la bañera y cerró los grifos de malos modos—. ¿Ahogarte? ¿Tan cobarde eres que tienes que buscar el camino fácil?

Sol se abrazó las piernas, apoyó la mejilla sobre su rodilla para mirarlo y respondió con la misma voz carente de expresión:

—No es tan fácil. La prueba es que no fui capaz de hacerlo.

El holandés ni siquiera se atrevía a pensar en cómo se habría sentido si ella hubiera tenido éxito en su descabellada intentona, así que se limitó a darle las gracias a su Compadre celestial en silencio, aunque, al mismo tiempo, no pudo evitar preguntarle, con cierto rencor, si no se había ensañado ya lo suficiente con esa mujer. A veces tenía la sensación de que el Inquilino de arriba se parecía demasiado a un pitbull terrier: en cuanto lograba atrapar a una presa entre sus fauces, ya no la soltaba.

Terminó de enjuagarla, colocó las manos debajo de sus axilas y la puso en pie antes de envolverla en la toalla que había dejado a mano, llevarla en volandas a la habitación y dejarla sobre la cama. Luego se acercó al petate, que no se había molestado en vaciar, sacó una de sus desgastadas camisetas y se la puso igual que si fuera una muñeca inanimada.

—Esta noche dormirás en la cama. —No estaba dispuesto a que se tirara desde lo alto de la azotea si volvían a asaltarla instintos suicidas.

Justo en ese momento llamaron a la puerta y apareció Habiba y, detrás de ella, una criada que llevaba una bandeja llena de comida.

—He pensado que estaríais hambrientos, y creo que os resultará más cómodo cenar aquí. —Dio una palmada y la sirvienta depositó la bandeja sobre una mesita cercana.

Al observar la expresión ausente de Sol, Habiba se acercó al holandés y susurró:

—¿Qué es lo que ha ocurrido, exactamente? ¿Por qué está así?

Kors le contó lo que habían descubierto esa mañana en la cafetería y Habiba se llevó una mano a la boca para reprimir una exclamación.

La mujer se volvió a mirar a la joven una vez más y movió la cabeza desolada. Sol le había hablado a menudo de su melliza, y conocía bien hasta qué punto estaban unidas. Y, aunque Habiba tenía serias dudas respecto a que los sentimientos que Sol abrigaba hacia su prometido fueran lo suficientemente profundos para contraer matrimonio, era consciente de que la relación entre ambos había sido muy intensa.

Contempló con lástima la figura frágil que permanecía inmóvil por completo sentada en el borde del colchón, cubierta tan sólo por una camiseta que le quedaba enorme, con los hombros hundidos y los ojos clavados en un punto indeterminado de la habitación. Soltó un profundo suspiro y dirigió de nuevo la mirada hacia el hombre que estaba a su lado.

—¿Necesitas algo más, Kors?

—Nada, Habiba. Eres muy amable. Haré que coma algo y la acostaré, creo que dormir le hará mucho bien.

Su anfitriona asintió con aprobación; les deseó buenas noches y salió de la habitación seguida por la sirvienta. Kors cogió uno de los cuencos, lleno hasta los topes con un guiso que tenía muy buena pinta, acercó una silla a la cama y se sentó frente a Sol.

—¡Hora de cenar! —Le acercó la cuchara a los labios y ella abrió la boca obediente, luego volvió a meter esa misma cuchara en el cuenco y se la llevó a su propia boca—. Mmm, riquísimo. Tengo que reconocer que me encanta la comida de este país.

Sin dejar de hablar de cosas intrascendentes, mantuvo el ritmo de las cucharadas: una para ella y otra para él, hasta que vació el cuenco por completo. Luego le acercó un vaso de agua a los labios y él mismo lo sujetó mientras bebía, convencido de que los dedos temblorosos no serían capaces de aguantar el peso.

—¿Quieres más? —Sol negó con la cabeza—. Entonces a dormir.

La hizo tumbarse y la cubrió con las sábanas hasta la barbilla. En todo ese tiempo, ella se había dejado hacer sin ofrecer la menor resistencia, y ahora tampoco protestó; tan sólo lo miró con sus grandes ojos muy abiertos.

Kors detectó una súplica silenciosa en las verdes profundidades y fue incapaz de resistirse.

—¡Hay que ver cómo Te gusta ponerme las cosas difíciles, Amigo!

Con movimientos bruscos, se quitó la camiseta y también los pantalones. Vestido tan sólo con los calzoncillos, se acostó junto a ella y apagó la luz. Durante varios minutos permaneció muy rígido, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo y los ojos clavados en el techo.

La cama era bastante grande y no se rozaban. «Bien», pensó satisfecho. Cada uno se quedaría en su parte del colchón y así el peligro sería menor; mientras no se tocaran, podría controlarse. Para alejar aún más cualquier posible tentación que pudiera asaltarlo, se giró sobre el costado dándole la espalda y se colocó lo más cerca posible del extremo del colchón.

Con un suspiro de alivio, cerró los ojos. Tanta tensión lo había dejado exhausto. El cansancio que sentía era de tal calibre que, a pesar de la cercanía de ella, estaba convencido de que no le resultaría difícil dormirse. Pasaron unos minutos y, poco a poco, una pesada modorra se fue apoderando de él. Estaba a punto de quedarse dormido cuando, de pronto, un cuerpo caliente se pegó a su espalda y a su trasero, al tiempo que un brazo delicado pasaba por debajo del suyo y rodeaba su pecho. Aquel inesperado contacto lo espabiló en el acto; a él y a su colega, que al instante se puso firme. Maldiciendo en silencio, el holandés apretó las mandíbulas y los puños con fuerza en un esfuerzo por controlar el arrebató de deseo que acababa de sacudirlo de la cabeza a los pies.

«¡Oh, Dios tramposo...!» ¿Qué nueva tortura era aquélla?

El holandés sintió la cálida respiración de Sol sobre su piel desnuda. Por la regularidad con la que subía y bajaba el suave pecho contra su espalda, comprendió que se había quedado dormida. El hecho de saber que estaba completamente indefensa fue lo único que logró evitar que se volviera hacia ella como le pedía a gritos su cuerpo y se hundiera en su interior de una certera embestida. Gimió en silencio y, a lo largo de unos minutos interminables, se vio obligado a luchar con fiereza consigo mismo hasta dominar sus pasiones. Lo consiguió después de una larga pelea, y sólo entonces se atrevió a apretar la mano de Sol entre las suyas. Sintiendo su calidez consiguió serenarse y, por fin, se sumió él también en un sueño profundo.

Capítulo 8

Aquel estado de cosas se mantuvo casi inalterable los días que siguieron. Sol estaba tan alicaída que apenas encontraba las fuerzas necesarias para arrastrarse de la cama a la terraza y vuelta. Se pasaba las horas dormitando, y ni siquiera las visitas de Balu y *Silver* lograban animarla. Habiba subía a verla a menudo, pero ni su cháchara inagotable ni las delicias, pensadas especialmente para ella que todos los días le encargaba al cocinero con la intención de tentarla y despertar su apetito, lograban arrancarle más allá de una sonrisa desganada o un escueto «Gracias».

El hijo médico de su anfitriona también la visitaba a diario, pero cada vez que Kors lo veía mover la cabeza con pesimismo y explicar, muy serio, que la reacción de la paciente no resultaba extraña en vista del intenso shock que había sufrido y que lo único que podían hacer por ella era dejar pasar un poco más de tiempo, le entraban ganas de rodearle la garganta con las manos y apretar con fuerza.

El holandés apenas se ausentaba unas horas al día para ir al astillero a apremiar al dueño con la reparación del *Sea Bitch*, pero, por desgracia, aquel asunto iba a paso de tortuga. Aunque sus amenazas ya no tenían nada de veladas, el tipo se limitaba a poner los ojos en blanco y a decir que confiara en Alá.

El resto del tiempo lo pasaba encerrado en el torreón corrigiendo su manuscrito, diciéndose que, al menos, habría adelantado un poco cuando su editor volviera de sus vacaciones.

En numerosas ocasiones había tratado de hablar con Sol de lo ocurrido, pero era inútil; ella se había cerrado en banda. Sin responder, se limitaba a mirarlo con sus grandes ojos verdes llenos de melancolía, y esa actitud pasiva tan desquiciante cada vez lo hacía sentirse más descorazonado.

Además, sufría palpitaciones en cuanto se acercaba la hora de irse a la cama. Ahora entendía lo del suplicio de aquel idiota de Tántalo en toda su dimensión. Sentirla todas las noches pegada a su espalda como una lapa, volviéndolo loco de deseo y sin poder hacer nada para remediarlo le estaba pasando factura. Apenas dormía, tenía los nervios a flor de piel y un caso severo de priapismo que iba a costarle la salud.

Un par de días más tarde, harto de la situación, Kors decidió que ya estaba bien. Saldría un momento a enviarle a Peter el manuscrito definitivo y, en cuanto regresara, arrancaría a Sol Lawrence de aquella parálisis debilitante aunque tuviera que emplear la fuerza bruta. Le importaba una mierda lo que dijera aquel idiota de médico; no había que ser un genio para darse cuenta de que, si no hacía algo pronto, la *nagini* iba a acabar con una depresión de caballo, si es que no la tenía ya.

Resuelto, cogió el portátil y se acercó a la cama, donde ella seguía durmiendo tapada hasta arriba, como si no notara aquel calor demencial que ya lo había hecho ducharse un par de veces aquella mañana. Se sentó en el borde del colchón, que se hundió bajo su peso, y apartó las sábanas con rudeza.

—¡Sol Lawrence, te ordeno que regreses al mundo de los vivos! —Aquel vozarrón tan cerca de su oído la despertó en el acto.

De mala gana, ella abrió los párpados y se quedó mirándolo con silencioso reproche.

—Voy a acercarme un momento al café para mandarle unos documentos a mi editor. Cuando regrese, te quiero duchada, vestida y con cara de querer hacer un montón de cosas, ¿lo has entendido?

Por toda respuesta, Sol agarró de nuevo las sábanas y se tapó la cabeza, decidida a seguir durmiendo; ése era el único estado en el que podía liberarse del dolor sordo que la atormentaba día y noche. Sin embargo, Kors no estaba dispuesto a permitirselo; de un tirón, hizo a un lado toda la ropa de cama y se obligó a apartar la vista de aquel cuerpo incitante que la camiseta, arremolinada en torno a sus caderas, dejaba casi al desnudo.

—¡Déjame tranquila! —Fastidiada, rodó boca abajo y se tapó el rostro con la mano.

Kors no pudo evitar que sus ojos traidores bajaran hasta esas nalgas perfectas que la camiseta arrugada era incapaz de cubrir, y el espectáculo lo hizo jadear. A lo mejor, si le daba un buen mordisco en una de esas provocativas nalgas, del susto la sacaba en el acto de ese estado de hibernación en el que vivía de un tiempo a esa parte, se dijo, más que tentado de llevar a cabo el experimento. Sin embargo, gracias a la práctica duramente adquirida a lo largo de las últimas noches, reprimió aquel nuevo impulso libidinoso y se limitó a dejar caer la palma de la mano con fuerza sobre su trasero, arrancándole un agudo grito de dolor.

Sol se bajó la camiseta hasta los muslos a la velocidad del rayo, se sentó en el colchón y lo miró furiosa.

—¿Por qué me has pegado?

—Sólo ha sido un azote cariñoso, pero como vuelva y te encuentre aquí dormitando, te voy a dejar el culo del color de los mofletes de Heidi.

—¡Eres un abusón! —exclamó indignada.

—Abusón es mi segundo nombre —replicó impasible antes de levantarse y dirigirse hasta la puerta. Entonces se volvió y, sin dejar de apuntarla con el dedo índice, le advirtió de nuevo—: Recuerda: duchada, vestida y con cara de querer hacer un montón de cosas.

Sin hacer caso de sus insultos, el holandés cerró la puerta tras él y bajó la escalera con rapidez.

Cuando regresó casi dos horas más tarde, la encontró recostada sobre los almohadones de la terraza a la sombra del toldo de rayas, con la mirada perdida en las abigarradas azoteas de la medina. Al menos, se había vestido, se dijo con optimismo, a pesar de que Sol ni siquiera se había dignado volver la cabeza cuando la saludó.

—Traigo noticias frescas —anunció sentándose a su lado sobre uno de los pufs de cuero, pero ella siguió con la vista clavada en un punto lejano sin prestarle la menor atención. Sin que su indiferencia lo afectara lo más mínimo, Kors prosiguió con idéntico entusiasmo—: Nos vamos a Holanda.

Complacido, notó que, en esta ocasión, había logrado captar su atención por completo.

—¿Holanda? —repitió ella como un loro.

—Exacto, mi tierra. Os enseñaré los molinos de viento, los tulipanes, y te compraré un par de zuecos.

—¿Qué pinto yo en Holanda? —Lo miró desconcertada—. ¿Qué pintas *tú* en Holanda? ¿No me dijiste que no habías vuelto desde que te marchaste de tu casa?

Kors se atusó la barba con cuidado, un gesto que ella le había visto hacer cuando estaba preocupado o nervioso.

—Tenía varios mensajes de Peter, mi editor, en la bandeja de entrada. Al parecer, mi familia ha tratado de ponerse en contacto con él varias veces porque no conseguían localizarme, pero como ha estado desconectado en su cabaña de Montana no había visto el correo.

Ella le dirigió una mirada comprensiva.

—Pobres, estarán preocupados.

Los labios masculinos se fruncieron en una mueca sarcástica.

—Sí, seguro. —De nuevo, centró toda su atención en su barba mientras elegía con cuidado sus siguientes palabras—. Ya te conté que mi familia era dueña de una fábrica de porcelana, ¿no?

Se detuvo y Sol asintió con impaciencia; por primera vez desde hacía días, algo había logrado despertar su interés.

—Hace unos años, mi padre sufrió una apoplejía y, pese a que logró recuperarse, desde entonces tiene problemas de movilidad. Por lo visto, también tuvo que aprender a hablar de nuevo. Mi cuñado tomó entonces el mando de la empresa, aunque estoy convencido de que mi padre sigue metiendo baza todo lo que puede...

En esta ocasión, Sol sí que lo interrumpió:

—¿Por qué no tomó el mando tu hermana mayor? Y ¿cómo sabes todo eso si me dijiste que ni siquiera os habéis escrito en todos estos años?

Los ojos castaños vagaron por esas mismas azoteas en las que ella estaba absorta unos minutos antes.

—Mi padre jamás ha creído en la capacidad de las mujeres al frente de los negocios. —Sol apretó con fuerza los labios para no soltar el comentario que tenía en la punta de la lengua—. Adriaan Drescher, el administrador de la fábrica, lleva la mayor parte de su vida al servicio de la familia. Digamos que él fue la figura paterna durante mi infancia y mi adolescencia, un rol que mi propio padre no estaba dispuesto a ejercer. De hecho, siempre he sospechado que Adriaan estaba locamente enamorado de mi madre... —Sacudió la cabeza como si quisiera alejar un pensamiento desagradable—. En fin, volviendo al asunto que nos concierne, ambos hemos mantenido el contacto estos años. Por él sé que la fábrica no va todo lo bien que debería y que las broncas entre mi padre y mi cuñado son continuas. Algo que, por otra parte, me ha hecho alegrarme muy a menudo de haber dejado atrás todo aquello.

—Pero te estás planteando volver. —Los inquisitivos ojos verdes no se apartaban de su rostro, y no se le escapó su expresión sombría.

—Noach ha sufrido un infarto. Mi padre me pide que tome las riendas en la fábrica.

—Y ¿por qué no se ocupa el señor Drescher de eso y te dejan tranquilo?

—Adriaan debe de andar cerca de los ochenta, es demasiado mayor para llevar él solo el negocio.

—Pero tú quieres seguir viajando y escribiendo, ¿no? Es lo que te gusta. Jamás has querido dedicarte al negocio familiar.

Kors se encogió de hombros y, sin apartar los ojos de la colorida vista, respondió con serenidad:

—Hay un montón de familias que trabajan en Wittenimf desde hace generaciones, cuyo sustento depende por completo de la fábrica. No puedo dejarlas en la estacada.

Si Sol buscaba una nueva prueba de la calidad moral de aquel hombre, ahí la tenía. Kors Van Dijken estaba dispuesto a abandonar su barco, sus libros; en definitiva, la vida que había elegido y de la que disfrutaba al máximo, para cumplir con lo que él consideraba su deber, aunque saltaba a la vista que la idea no le gustaba lo más mínimo. De repente, le entraron ganas de atraerlo hacia sí y abrazarlo con todas sus fuerzas; sin embargo, se limitó a decir:

—Lo entiendo, pero no hace falta que te sientas obligado a cargar conmigo también, bastante peso llevas ya sobre tus hom...

Kors la interrumpió al instante.

—No serías una carga. Al revés —afirmó con vehemencia—. Me ayudaría mucho saber que estás ahí. Me preocupa Balu. Su vida va a cambiar de un modo drástico: vivirá en un país del que no sabe nada, con un idioma que no entiende y un clima al que no está acostumbrado. Me veré obligado a inscribirlo en un colegio, donde estará rodeado de niños desconocidos que, probablemente, se burlarán de su apariencia.

Aquellas palabras le tocaron algo por dentro e hicieron despertar a Sol del letargo que se había apoderado de ella desde que había recibido la noticia de la muerte de Jeremy y de su hermana Luna. En silencio, contempló los dulces ojos castaños, que contrastaban de manera llamativa con el aspecto rudo de su interlocutor.

En realidad, sabía bien que Kors no la necesitaba para nada, pero a esas alturas lo conocía lo suficiente para comprender que se sentía responsable de ella, lo mismo que de Balu, lo mismo que de *Silver*, lo mismo que de los trabajadores de la fábrica de porcelana... Kors Van Dijken pertenecía a esa categoría, tan poco común, de personas que se preocupan por los demás y estaba habituado a acarrear sobre sus amplios hombros responsabilidades que no le correspondían.

A pesar del estado de semidepresión en el que había estado sumida los últimos días, no se le había escapado que, cada vez que abría los ojos, él estaba allí, en la habitación, tecleando en su portátil, o ahuecándole las almohadas para que estuviera más cómoda, u obligándola a tragarse unas cuantas cucharadas de lo que fuera que la criada de Habiba le hubiese subido aquel día y, aunque de un modo impreciso, había sentido que su presencia constante la reconfortaba.

Sol era consciente de que Kors sentía lástima por ella y no quería dejarla sola en esos momentos tan difíciles. Así que tenía tres opciones: quedarse en casa de Habiba el tiempo que fuera necesario —su anfitriona la consideraba una más de la familia y no tendría ningún inconveniente—, regresar a su casa de El Palmar, donde, aparte de unos cuantos amigos, ya no le quedaba nadie, o aceptar la generosa propuesta del holandés y empezar de cero en otro país, junto a un hombre con complejo de madre, un niño desfigurado y un perro cojo.

No le llevó mucho tiempo tomar una decisión. Nada la retenía en España. No tenía ningún deseo de regresar para denunciar a Georg, al que consideraba casi un hermano, ni de ponerse en contacto con personas que le recordarían a Luna, a Jeremy y a la vida que podría haber tenido, pero que ya nunca sería la suya.

—Está bien. Iré contigo a Holanda. —En esta ocasión, tampoco se le escapó el suspiro de alivio que soltó su interlocutor—. Sé que no debería aprovecharme de que tienes un corazón tres veces más grande que el resto de los humanos, pero no me siento con fuerzas para enfrentarme a lo que me espera si regreso a casa.

—¿Corazón? —La miró ofendido—. ¿Qué corazón? Yo no tengo cora...

Pero Sol no lo dejó acabar. Se volvió hacia él, enmarcó su rostro entre sus manos y lo besó con dulzura en los labios, dejándolo sin respiración. Unos segundos después, se apartó y, con las pupilas clavadas en las suyas, susurró:

—Pues dale gracias a tu Amigo de no tenerlo porque, si lo llegas a tener, en vez de a dos desgraciados y un perro sarnoso, llevarías más de una docena de perdedores colgando de tu cuello.

Sin darle tiempo a decir nada, se puso en pie con algo de su antigua vitalidad.

—Necesitaremos papeles. Vamos, conozco a unos tipos que pueden echarnos una mano.

Desapareció en el interior de la habitación y Kors, cuyo inexistente corazón en ese momento latía a mil por hora, se llevó las yemas de los dedos a los labios, sintiendo aún la suave presión de la boca de Sol contra la suya.

Capítulo 9

Holanda

Kors giró la anticuada llave en la cerradura, abrió la pesada puerta de madera sin desbastar y se hizo a un lado para que pasaran. La pintoresca granja, con el enorme tejado de faldón recubierto de brezo y las paredes encaladas, olía ligeramente a cerrado y a humedad, pero al menos el interior estaba caliente, y Sol agradeció que alguien se hubiera tomado la molestia de encender la chimenea del salón.

A pesar de que estaban a finales de agosto y de las cazadoras que Kors les había obligado a comprar en unos grandes almacenes del centro de Tánger, desde que habían aterrizado en el aeropuerto de Ámsterdam, Balu y ella no habían parado de dar diente con diente.

Miró a su alrededor con interés. La planta baja era un espacio único, acotado tan sólo en algunos puntos por unas pesadas vigas de roble que iban de suelo a techo y por la escalera, también de madera, que llevaba al segundo piso. Desde luego, estaba muy contenta de no tener que vivir en la inmensa mansión en la que apenas se habían detenido unos minutos para saludar al padre y a la hermanastra de Kors.

La recepción del hijo pródigo no podría haber sido más gélida. El señor Van Dijken y su hija los habían recibido en un sombrío salón de paredes recubiertas con paneles de caoba oscurecida por los años, cuyas ventanas emplomadas apenas dejaban pasar la escasa claridad exterior.

Kors, con una mano en el hombro de Balu y el otro brazo en torno a su cintura, los había obligado a avanzar hasta detenerse frente a un anciano vestido con un batín de seda, pantalones oscuros y zapatillas de terciopelo negro con un complicado anagrama bordado en hilo dorado que los miraba con desaprobación sentado muy rígido en su silla de ruedas. A pesar de su minusvalía, su aspecto fiero resultaba intimidante, y Sol descubrió con desagrado que le recordaba mucho a su abuelo.

—Hola, padre. Hola, Wilma. —La voz profunda del holandés retumbó en el amplio salón, y ella no pudo evitar pegarse un poco más a su costado.

El anciano frunció las espesas cejas blancas y, hablando en holandés, dijo por todo saludo:

—Te esperábamos hace dos semanas.

—Te ruego que hables en inglés —replicó su hijo en ese idioma antes de añadir—: Necesitaba hacer unas gestiones. No pude resolverlas antes.

A su lado, Sol seguía aquel intercambio glacial con enorme interés. Estaba claro que Kors no estaba dispuesto a darle a su interlocutor la más mínima explicación sobre el asunto de su pasaporte falso y los permisos necesarios para que *Silver* volara en la bodega de su mismo aparato y no tuviera que pasar por una molesta cuarentena. Ambos trámites habían llevado su tiempo y, desde luego, no habían salido baratos.

Recordó el modo en que se le había acelerado el corazón en el aeropuerto al ver cómo uno de los gendarmes examinaba el documento con detenimiento. Después de un buen rato de trasladar la mirada del pasaporte a su rostro y vuelta al pasaporte, por fin los había dejado pasar, y Kors y ella habían intercambiado una sonrisa de alivio.

—Bienvenido, hermano. —La mujer que permanecía en pie junto a la silla de su padre dio por fin un paso hacia adelante y lo besó con frialdad en la mejilla.

Sol aprovechó para estudiar el rostro femenino con curiosidad. Wilma Van Dijken tan sólo se parecía a su hermano en que era muy alta; sin embargo, sus facciones no tenían ni rastro del atractivo masculino. En el cabello castaño oscuro se adivinaba alguna que otra cana, y aquella mirada severa, de un azul desvaído, no recordaba en nada a los tiernos ojos castaños del hombre que en ese instante la abrazaba por la cintura con gesto protector. Por lo que Kors le había contado, eran sólo hermanos de padre y se llevaban casi diez años, pero las comisuras inclinadas hacia abajo de los labios delgados y el leve halo de amargura que la rodeaba la hacían parecer mucho mayor.

Después de un buen rato, dirigió la mirada hacia el anciano de la silla de ruedas y, muy a su pesar, se vio obligada a abandonar la romántica teoría de que el hombre que la había rescatado de una muerte segura era hijo de aquel administrador fiel, tan enamorado de su madre, y que, en realidad, el que él consideraba su padre lo odiaba porque no podía perdonarle ser el fruto de aquel amor apasionado pero adúltero.

Los iris del señor Van Dijken sénior también eran de un tono azul pálido, pero su pelo abundante, ahora blanco por completo, debía de haber sido rubio en algún momento, y las cejas tenían el mismo trazo arrogante que las de su hijo. La nariz, recta y afilada, resultaba asimismo inconfundible. Los ojos helados la recorrieron de arriba abajo y repitieron la operación con Balu, antes de descartarlos en el acto como a un par de objetos carentes de interés.

—¿Era necesario que te presentaras aquí con aspecto de salvaje, acompañado de tu querida y de lo que quiera que sea eso? —Señaló a Balu con un gesto despectivo y el chico se encogió atemorizado. Kors presionó su hombro con más fuerza para calmarlo—. Si no eres capaz de guardar las formas por respeto a tu apellido, al menos podrías hacerlo en consideración a tu hermana.

Al notar la repentina tensión del cuerpo de Sol, el brazo que rodeaba su cintura la apretó un poco más, y ella se vio obligada a morderse la lengua para reprimir la contestación, nada políticamente correcta, que subía a sus labios.

—Has sido tú quien me ha mandado llamar. Si quieres que me vaya otra vez, me iré, pero si deseas que me quede, te lo advierto: no consentiré que les falte al respeto a Sol ni a Balabhadra. —Al contrario que su padre, Kors no había alzado la voz, pero su serenidad fue más efectiva que una docena de gritos, y lo hizo callar en el acto.

Su hermana rompió el incómodo silencio:

—Por supuesto que queremos que te quedes, Kors. Noach ya está en casa, pero aún está demasiado débil para ocuparse de la fábrica; ni siquiera puede abandonar su habitación durante más de unas pocas horas cada día.

Kors se apartó del rostro un mechón de pelo que había escapado de su coleta con impaciencia.

—Bien, me quedaré hasta que tu marido mejore o encontremos otra solución. Ha sido un viaje largo y estamos cansados. ¿Preparaste la granja como te pedí?

En ese momento, su padre volvió a intervenir, furioso:

—¿Cómo que la granja? ¿Es que no piensas quedarte aquí?

Kors intercambió una mirada con su hermana; estaba claro que Wilma no se había atrevido a contarle al viejo los arreglos que habían acordado, así que le iba a tocar a él dar la noticia. Con un suspiro de resignación, se volvió hacia su padre.

—No, nos quedaremos en la granja. Después de pasar tanto tiempo viviendo en un catamarán, creo que nos adaptaremos mejor a una casa más pequeña.

El rostro del señor Van Dijken padre adquirió un inquietante tono púrpura, pero, al ver la expresión decidida de su hijo, consiguió controlarse y tan sólo dijo:

—Al menos, te quedarás a cenar. Tu... *amiga* —se las arregló para que aquella inocente palabra sonara lo más ofensiva posible— también, por supuesto.

Sol cruzó los dedos por detrás de la espalda. Lo último que le apetecía después del largo vuelo desde Marruecos, con la tensión añadida de viajar con un pasaporte falso y las dos horas de coche que habían tardado en llegar hasta allí, era cenar con aquellos dos y tener que escuchar sin estallar todas las lindezas que se le ocurriera soltar a ese viejo tirano.

—Esta noche, no. Ya veremos más adelante.

Temerosa de que su padre fuera a sufrir uno de sus frecuentes ataques de furia, su hermana volvió a intervenir con actitud conciliadora:

—Sí, será mejor que hoy cenéis en la granja. Le dije a Anneke que os dejase algo preparado en la nevera.

El rostro de Kors se iluminó con una de sus cálidas sonrisas.

—¿La vieja Anneke sigue por aquí? Pensé que se habría jubilado hace años.

Su hermana no pudo evitar sonreír a su vez, y su rostro se transformó de una manera asombrosa, hasta casi parecer bello.

—Sigue llevando la casa con mano de hierro. Ya la conoces, Anneke es de las que morirán al pie del cañón y con una sartén en la mano.

El anciano dio un golpe impaciente sobre el brazo de la silla, y la sonrisa se borró de los labios de Wilma en el acto.

Tras una despedida tan glacial como el recibimiento, los tres se apresuraron a salir de la habitación, encantados de dejar atrás aquel ambiente irrespirable. Entre risas, atravesaron los cientos de metros de mullido césped que separaban el castillo, con sus paredes de ladrillo rojizo y las numerosas torretas rematadas por empinadas cubiertas de pizarra negra, de la pequeña edificación que en su día fue una granja lechera, pero que ahora hacía las veces de casa de invitados.

Ahora se encontraban en mitad del acogedor salón de la vivienda y, de repente, las tripas del niño y de Sol rugieron con una sincronización perfecta que hizo que el holandés alzara una ceja burlona.

—Veo que hay hambre, ¿eh? Os enseñaré el piso de arriba y luego comeremos en la cocina lo que nos haya dejado Anneke.

Al oírlo, Sol y Balu salieron disparados escaleras arriba en una reñida competición por ver quién elegiría habitación primero. Kors los siguió con más calma y, cuando llegó arriba, los otros dos jadeaban muertos de risa, tirados sobre la cama del dormitorio de techo abuhardillado que cada uno de ellos había elegido. Divertido, observó que le habían dejado a él el más grande de los tres.

Apoyada sobre los antebrazos, Sol admiró el empapelado en blanco y azul con motivos chinescos de las paredes y las hermosas vistas del parque que se divisaban desde la ventana.

—Es una casa preciosa.

Hacía días que no la veía tan entusiasmada, y Kors se dijo que venir a Holanda había sido una gran idea.

—Me alegro de que te guste. Hay dos baños al final del pasillo, podéis usar el que queráis. —Kors se asomó a la otra habitación—. ¿Qué, Balu?, ¿te gusta tu nueva casa?

—¡Es un palacio, *sahib* Kors! ¡Igual que el Victoria Memorial de Calcuta! ¡Y la de tu padre es tan grande como el del maharajá de Jaipur! ¡Lo vi en una postal! —exclamó con entusiasmo, sin dejar de saltar sobre el colchón.

—Anda, exagerado, vamos a comer algo. —El holandés lo agarró por debajo de las piernas y se lo echó al hombro como un fardo, lo que provocó una nueva explosión de carcajadas.

Sol, que contemplaba la escena apoyada en la jamba de la puerta, los siguió abajo con una sonrisa prendida en los labios.

Mientras cenaban hicieron planes para el día siguiente, que era sábado.

—Tendremos que ir de compras. Balu y tú necesitáis ropa más abrigada y calzado adecuado.

—Pero...

Sol trató de protestar, pero él la interrumpió con su sarcasmo habitual:

—Por supuesto, lo apuntas todo en tu libreta en el apartado del «Debe». Espero que también hayas tomado nota de la Coca-Cola que te tomaste en el aeropuerto... ¡Ah! —Se dio una aparatosa palmada en la frente—. ¡Por poco se me olvida la novela que te compré para el viaje!

Sol alzó los ojos al cielo exasperada.

—¿Sabes lo tremendamente irritante que puedes llegar a ser, Kors Van Dijken?

—No tengo ni idea. Por lo general, la gente me encuentra encantador. —Mientras hablaba, relleno de nuevo los platos con el cucharón.

—Está riquísima esta sopa de guisantes.

Sol rebañó una gota que se le había quedado en el labio con la punta de la lengua, y Kors, que había seguido el gesto completamente embobado, se vio obligado a aclararse la garganta antes de decir:

—Es una especialidad típica de aquí, se llama *erwtensoep*.

—¡*Erwtensoep!* —repitieron al tiempo Balu y Sol con una pronunciación tan nefasta que, una vez más, les entró la risa.

—No os riais —los amonestó Kors con severidad, agitando el dedo frente a ellos—. Os aviso que vais a aprovechar el tiempo que paséis aquí para aprender holandés.

—Lo veo complicado, parece difícilísimo.

Acordaron que el domingo explorarían el resto de la propiedad, que ocupaba más de tres mil hectáreas de terreno boscoso, y el lunes Kors acudiría a la fábrica a ponerse al día de la situación, mientras que Sol se dedicaría a organizar todo lo referente al colegio de Balu, que empezaba dentro de dos semanas. Entre todos recogieron la cocina con rapidez y, cuando al terminar el holandés decidió que era hora de acostarse, nadie protestó.

Una hora más tarde, Sol seguía dando vueltas en la cama sin poder dormir. En cuanto cerraba los párpados, su mente se poblaba de imágenes de Jeremy y de su melliza, y notaba en el estómago una quemazón similar a la de una úlcera sangrante. Incapaz de resistir por más tiempo aquella tortura, se levantó de la cama y, con la sola guía de los rayos de luna que se colaban por las ventanas sin persianas, avanzó de puntillas por el pasillo hasta llegar a la habitación de Kors. Vacilante, se detuvo frente a la puerta mientras se mordía el labio inferior con nerviosismo.

Aquello tenía que acabar, se reprendió con dureza. No podía meterse todas las noches en su cama como una niña pequeña que, asustada por los truenos, busca refugio en la de sus padres. Era una mujer adulta y autosuficiente; ahora mismo volvería a su dormitorio y... En ese preciso instante, su mano, completamente al margen de su cerebro, giró la manija de la puerta muy despacio.

Sin hacer el menor ruido, Sol se acercó de puntillas a la cama. Con mucho cuidado, alzó las sábanas, se tumbó sobre el colchón y, centímetro a centímetro, se acercó a aquel cuerpo semidesnudo que despedía un calor reconfortante y se pegó a su espalda con un suspiro de alivio.

«Sólo será esta noche», se dijo, tratando de apaciguar su conciencia. Él no se enteraría y, si lo hacía, no le daría la menor importancia. Kors la veía como a una especie de hermana pequeña a la que cuidar y, para ella, aquel holandés malhablado también era como un hermano. Bueno, mejor incluso que un hermano. Kors era... era... Intentó encontrar las palabras adecuadas. Kors Van Dijken era un amigo con el que siempre podría contar; era el puerto en el que refugiarse durante una galerna; si el yin era el principio femenino, él era el yang que la complementaba y le daba equilibrio. Kors Van Dijken era lo único que la mantenía cuerda y la anclaba a esa existencia que le había arrebatado lo que más amaba en el mundo. No sabía qué habría sido de ella si él no hubiera estado ahí.

Muy despacio, extendió la mano sobre el pecho poderoso y notó el latir regular y tranquilizador de su corazón bajo la palma. Al momento se le empezaron a cerrar los párpados y, segundos después, ya estaba profundamente dormida.

En cuanto notó que se había dormido, Kors envolvió con la suya la pequeña mano que descansaba sobre su pecho. Aquella noche había hecho un descubrimiento preocupante: durante las últimas semanas se había acostumbrado de tal manera a ese cuerpo tibio pegado a su espalda que ya no era capaz de dormir si no tenía a Sol cerca.

En el transcurso de los larguísimos minutos que había pasado sin dejar de agitarse bajo las sábanas, insomne por completo a pesar del cansancio acumulado, se había visto obligado a clavarse las uñas en las palmas de las manos varias veces para no levantarse y acudir a su dormitorio. Por fortuna, justo cuando estaba a punto de mandarlo todo al diablo, la había oído abrir la puerta y acercarse sigilosa a la cama. Su alivio había sido tan intenso que le costó un esfuerzo colosal controlar la respiración y simular un sueño profundo.

La sintió titubear junto a su cama y, durante esos segundos interminables, pensó que se daría media vuelta y regresaría a su cuarto. Había estado a punto de llamarla, pero, justo entonces, se había tendido junto a él, y su cercanía y el calor de su cuerpo —que traspasaba la tela de una de las viejas camisetas que él le había prestado y que seguía usando de camión— contra su piel desnuda, en esta ocasión, a diferencia de lo que solía ser habitual, habían conseguido relajarlo.

Sus sentimientos por ella crecían sin control cada día que pasaba, pero era consciente de que aún era demasiado pronto. Sol apenas había comenzado con el duelo de la pérdida de Jeremy; sabía que, si hablaba ahora, la alejaría de él para siempre. Sólo de pensarlo le empezaba a faltar el aire. No sabía qué extraño conjuro le había lanzado aquella *nagini*. No es que fuera supersticioso, pero estaba seguro de que si Él la había puesto en su camino de aquella manera tan dramática debía de ser por algo.

A Sol Lawrence.

A ninguna otra.

Con suavidad, acarició con el pulgar la palma de la mano de la joven, áspera a consecuencia del duro trabajo en el barco. Luego inclinó la cabeza, besó las puntas de los dedos esbeltos y se prometió a sí mismo que nunca, nunca la dejaría escapar.

Los siguientes días transcurrieron con sorprendente rapidez. El sábado fueron de tiendas a Groninga para comprar el material escolar necesario, pero sin hacer caso de sus protestas, el generoso holandés se empeñó también en comprarle a ella un montón de cosas y lanzó un gruñido de impaciencia cuando Sol intentó darle las gracias. No contento con ello, le hizo entrega de una tarjeta de crédito con la orden terminante de usarla cuanto fuera necesario.

Wilma les había prestado su pequeño utilitario para que fueran y vinieran a su antojo, así que, como Kors tenía que trabajar, Balu y Sol habían pasado casi todas las mañanas en la encantadora ciudad de Groninga —en la que el tiempo parecía haberse detenido en algunos rincones— rematando los últimos detalles o recorriendo los alrededores con el entusiasmo de un par de turistas. Las tardes las aprovechaban para explorar la inmensa propiedad en la que, además de la granja y la casa principal, estaba situada la fábrica de porcelana.

Tan sólo veían a Kors a la hora de la cena. El holandés se levantaba temprano para ir a trabajar y volvía muy tarde. A juzgar por el ceño fruncido que lucía a todas horas, el negocio no debía de ir muy bien. A Sol no le gustaba nada verlo masticar la comida en silencio con la mirada perdida. Trató de ser paciente, no deseaba agobiarlo con preguntas, pero la paciencia no era una de las virtudes que la adornaban, precisamente, y una de esas noches ya no pudo aguantarlo más.

—¿Cuándo vas a contarme de una vez qué es lo que está ocurriendo en la fábrica? —preguntó con impaciencia.

—¿Te he dicho ya que esto está riquísimo? ¿Es paella?

—No, es arroz con almejas. En España tenemos un montón de recetas de arroz, aparte de la paella. Y no cambies de tema, holandés inculto.

Los ojos castaños chisporrotearon llenos de diversión, aunque recuperaron la seriedad casi al instante.

—Anda, Balu, vete a dormir, llevas tres bostezos en menos de un minuto.

—Sí, *sahib* Kors. —Obediente, el niño se levantó de la mesa y subió a su cuarto.

Kors repitió de arroz por tercera vez antes de empezar a hablar.

—La cosa está muy complicada —confesó sin andarse por las ramas—. No te voy a aburrir con detalles de la situación mundial y de las economías emergentes; el caso es que dependemos del pedido de una prestigiosa cadena de hoteles para sacar este año adelante. La presentación es dentro de tres meses. He visto lo que Noach ha preparado y tengo claro que no sirve.

—¿No sirve? —Los iris verdes de Sol brillaron con interés.

—No digo que Noach sea un mal gestor, lo que ocurre es que sigue haciendo las cosas como se llevan haciendo en Wittenimf desde hace dos siglos, y con la competencia que hay hoy en día no nos lo podemos permitir. Durante los últimos años hemos perdido clientes muy importantes; si seguimos a este ritmo, tendremos que echar el cierre más pronto que tarde.

Sol se levantó para dejar los platos en el fregadero y traer el postre.

—Ahora estás tú para cambiar las cosas. ¿La gente quiere algo nuevo?, pues dáselo. Eres un hombre muy inteligente, has recorrido el mundo de punta a punta, seguro que se te ocurre algo —afirmó llena de confianza.

—Humm...

Kors, en cambio, no parecía tan seguro, y de nuevo se quedó en silencio con las pupilas clavadas en el dedo de Sol, que, en ese momento, trazaba una serie de garabatos sobre el mantel, distraída. De pronto, el holandés dio una fuerte palmada en la mesa y exclamó:

—¡Pues claro!

Ella alzó la vista sobresaltada.

—¿Qué es lo que está tan claro?

Pero Kors levantó una mano imperioso.

—¡Silencio, necesito pensar!

Sin más, se levantó de la mesa y salió de la cocina a toda prisa.

Sol echó un vistazo a los cacharros usados que se amontonaban en el fregadero y soltó un suspiro.

Estaba claro a quién le iba a tocar recoger.

Capítulo 10

El alegre repiqueteo de las gotas de lluvia sobre el cristal la despertó de nuevo. Confundida, miró a su alrededor y, a pesar de que ya llevaba casi dos semanas viviendo en la granja, tardó unos segundos en recordar dónde estaba. Como todas las mañanas, se había despertado al amanecer y había vuelto a su habitación antes de que Kors se percatara de su presencia. Prefería que no la pillara; lo más seguro era que no le hiciera mucha gracia enterarse de que dormía todas las noches pegada a él como un molesto grano en el mismísimo.

Se desperezó tratando de despejarse, y su mano chocó contra un papel doblado en dos que alguien había colocado encima de la almohada. Era una nota escrita con una caligrafía minúscula y desordenada:

Te espero en mi despacho a las 12 h. Sé puntual.

Sin poder evitarlo, sus labios esbozaron una sonrisa; había que ver lo muchísimo que le gustaba mandar al capitán Van Dijken. Saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. Mientras caminaba por el pasillo, oyó el runrún de la televisión en el piso de abajo y se imaginó a Balu y a *Silver* contemplando extasiados los dibujos animados, a pesar de que ninguno de ellos hablaba una palabra de holandés. Cuando estuvo lista, se despidió del niño, que apenas le hizo un gesto con la mano antes de devolver su atención a la pantalla.

El día estaba gris y seguía cayendo una fría llovizna, así que se tapó la cabeza con la capucha de la cazadora y caminó por el césped empapado hasta llegar a la fábrica, a poco más de un kilómetro y medio de distancia.

El edificio tenía una belleza clásica, con su antigua fachada de ladrillos, interrumpida a cada poco por unos grandes ventanales, y dos altísimas chimeneas del mismo material. La puerta principal era un gran arco sobre el que el nombre de Wittenimf, escrito con letras de porcelana en blanco y azul, resaltaba con intensidad.

El interior, en cambio, era un espacio mucho más moderno. Sol caminó hacia el mostrador futurista tras el que la recepcionista, una rubia bastante atractiva, contestaba al teléfono. En cuanto colgó, se dirigió a ella con una gran sonrisa:

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Busco el despacho del señor Van Dijken. Me llamo Sol Lawrence.

—Por supuesto, señorita Lawrence, el señor Van Dijken me avisó de que vendría. La acompañaré.

Justo en ese momento, volvió a sonar el teléfono.

—No se preocupe, dígame dónde es y yo misma lo buscaré.

La recepcionista volvió a sonreír, agradecida, y le indicó que subiera a la primera planta y contara cuatro puertas a la derecha.

Sol se detuvo frente a la cuarta puerta y llamó con los nudillos. Le pareció oír una voz que le decía que pasara, así que abrió y se detuvo en seco en el umbral.

Un hombre alto, de pelo muy corto y rubio que contrastaba vivamente con la piel quemada por el sol, aguardaba en pie frente al gran ventanal de cristal que ocupaba la pared del fondo en su totalidad.

—Perdone, creo que me he equivocado.

Iba a dar media vuelta, cuando una voz conocida la detuvo.

—¿No me reconoces?

Los ojos verdes se dilataron por la sorpresa. Aquel hombre tan atractivo, vestido con un elegante traje de chaqueta, camisa blanca y una exquisita corbata de seda, no era otro que Kors Van Dijken. En silencio, Sol lo miró de arriba abajo y de pronto deseó con todas sus fuerzas que, en vez de aquel intimidante hombre de negocios que parecía un desconocido, regresara el desastrado capitán Van Dijken, con sus largas barbas y la melena recogida en un moño desaliñado, con el que había compartido tantos días de mar y risas.

A Kors no se le escapó la sombra de incomodidad que nubló el expresivo rostro de la joven. Lo último que deseaba era que Sol se pusiera a la defensiva, así que se apresuró a romper el hielo con una de sus habituales salidas de tono.

—Ya sabíamos que el capitán Van Dijken era guapísimo, pero veo que el ejecutivo Van Dijken te ha dejado sin palabras.

Al oírlo, Sol se relajó al fin y soltó una carcajada.

—La verdad es que no pensaba que fueras tan...

—¿Guapo? Dilo, no te cortes.

—Eres un creído, iba a decir tan imponente; pareces uno de esos tiburones de Wall Street que salen en las pelis.

Kors se pasó la mano por el corto flequillo, como si echara de menos los largos mechones que, hasta hacía nada, caían sobre su frente a la menor oportunidad.

—Sólo soy un humilde directivo de una fábrica de provincias. —Hizo un gesto de falsa modestia—. Así que he tenido que cambiar mi imagen para no asustar a mis clientes, ya sabes: ¡si no puedes con ellos, únete a ellos!

—La verdad es que estás tan distinto...

Cansado de aguantar aquella mirada recelosa, Kors se acercó a ella de dos zancadas, la agarró por encima del codo y, sin mucha delicadeza, la arrastró hasta el ventanal.

—Mira. Impresionante, ¿verdad?

Sol asintió en silencio, boquiabierta. A sus pies se extendía la inmensa nave que constituía el cuerpo de la edificación. Casi medio centenar de personas se afanaban en aquel espacio diáfano, en el que las máquinas modernas se mezclaban con un par de hornos gigantescos que debían de llevar ahí los mismos años que la fábrica. Fascinada, contempló durante un buen rato a los operarios, que iban y venían por todo el recinto igual que un bullicioso hormiguero en el que cada individuo tenía asignada una función.

—Ya es suficiente. Tenemos que hablar, así que siéntate. —Señaló una silla y él se acomodó a su vez al otro lado de su mesa de trabajo. Ella obedeció y lo miró expectante—. Quiero que trabajes para mí.

A juzgar por su expresión de estupor, eso era lo último que Sol había esperado oír esa mañana.

—¿Trabajar para ti? Ya te dije que no tengo ningún tipo de cualificación profesional. Soy bilingüe en inglés y español y chapurreo un poco de alemán, pero, aparte de eso, no sé hacer nada más.

Él descartó sus palabras con un gesto de la mano.

—No me vengas con un ataque de falsa modestia, Sol Lawrence. Tú eres una artista y, en este momento, eso es justo lo que necesito.

Se limitó a mirarlo, demasiado sorprendida para decir nada, así que Kors aprovechó para seguir con su explicación:

—He pasado todos estos días viendo gráficos y más gráficos de estadísticas hasta acabar mareado, y he llegado a una conclusión: el problema no es que haya que renovar la maquinaria o cambiar la técnica de elaboración que hemos utilizado hasta ahora, de eso ya se ocupó mi padre hace unos años. No. Lo que en realidad necesita Wittenimf es... —hizo una pausa efectista y alzó las cejas varias veces antes de continuar— ¡un cambio de imagen!

Sol pasó la siguiente media hora tratando de convencerlo de que olvidara aquella idea descabellada. Argumentó que no entendía nada de porcelana ni de su proceso de fabricación, que no había tenido un trabajo regular en toda su vida, que aquel asunto era demasiado importante para dejarlo en manos de una novata conocida por su inconstancia..., pero fue inútil. Él rebatió sus argumentos, uno a uno, y luego lanzó la traca final:

—Te recuerdo que me debes un montón de pasta. ¿Cómo piensas pagarme si no buscas un empleo?

Ahora fue ella la que se quedó sin argumentos. Kors tenía toda la razón, le debía un dinerito, y no creía que, precisamente en Holanda, fuera a triunfar con el trapicheo de hachís. Nerviosa, se mordisqueó la uña del pulgar con furia mientras trataba de buscar otra solución, pero no encontró ninguna.

El holandés observaba su lucha interior tratando de aparentar cierta indiferencia. A decir verdad, a él también le estaban entrando ganas de morderse las uñas, pero no se sentía en absoluto avergonzado de haber utilizado una táctica tan rastrera.

Si de algo estaba seguro era de que, antes o después, Sol intentaría encontrar un trabajo y recuperar su vida. Con la oferta que le había hecho pretendía matar dos pájaros de un tiro: por una parte, estaba firmemente convencido de que, aunque hiciera cientos de entrevistas, no encontraría un candidato más idóneo para desempeñar la tarea que tenía en mente —había visto pocos dibujos tan originales y llenos de vida como los que ella había pintado en su cuaderno cuando estaban a bordo del *Sea Bitch*— y, por otra, estaba dispuesto a retenerla a su lado como fuera. Le daba igual si para ello se veía obligado a recurrir a una sucia treta. Sol Lawrence aún estaba demasiado tocada para enfrentarse sola al mundo.

—Está bien. —Le sostuvo la mirada con total seriedad—. Lo haré, pero cuando resulte todo un desastre no digas que no te avisé.

Al oírla aceptar su propuesta, Kors casi gritó de alivio. Se levantó de un salto, fue hacia ella y la alzó de la silla con tanto ímpetu que ésta cayó al suelo. Sin una palabra, la agarró por la nuca, la atrajo con brusquedad hacia sí y la besó de lleno en la boca.

Antes de que Sol pudiera protestar, la soltó de nuevo y, como si no hubiera pasado nada extraordinario, recogió la silla y empezó a hacer planes mientras ella lo observaba desconcertada.

—Kors...

Él interrumpió su entusiasta disertación durante unos segundos y respondió con amabilidad:

—Dime.

Pero con las yemas de los dedos posadas aún sobre los labios enrojecidos, Sol negó con la cabeza.

—Nada. Déjalo.

A pesar de sus dudas, el entusiasmo del holandés era contagioso, así que pasaron juntos el resto del día discutiendo los detalles. Bajaron a la sala de producción y Kors le presentó a los artesanos más veteranos, cuyo oficio se había transmitido de padres a hijos durante generaciones. Luego le mostró con

todo lujo de detalles el proceso de fabricación de la porcelana mientras hablaban con los operarios que lo llevaban a cabo. Hicieron un paréntesis para comer unos sándwiches en la pequeña cafetería y luego la llevó a conocer al administrador de la fábrica.

Adriaan Drescher era un anciano muy distinguido, con su pelo blanco y su traje oscuro de tres piezas algo pasado de moda, pero con la hechura inconfundible de un buen sastre. En cuanto hablabas un rato con él, resultaba evidente que la jubilación no entraba en sus planes y que conocía al dedillo los entresijos de aquel lugar. A Sol le cayó bien desde el principio, y agradeció de corazón su ofrecimiento sincero de ayudarla con todas las dudas que pudieran surgirle.

Después visitaron lo que llamaban el *museo*, una enorme habitación llena de vitrinas que iban de suelo a techo, en las que se exponían valiosas piezas antiguas.

Sol lo observaba todo embelesada. Conocía bien la porcelana de Delft, famosa en el mundo entero, con su característico color azul. A su padre le gustaba instalarse frente al mar con una melliza sentada en cada uno de sus muslos y mostrarles libros de arte, repletos de fotografías de hermosos objetos, mientras les explicaba al detalle toda la belleza que encerraban. Sin embargo, las piezas de Wittenimf le parecieron aún más exquisitas. Muy despacio, deslizó las yemas de los dedos por el borde de una delicada fuente de porcelana de mediados del siglo XIX que Kors había sacado de una de las vitrinas, emocionada con la perfección de sus líneas, antes de alzar de nuevo los ojos hacia él.

—Te prometo, Kors Van Dijken, que haré todo lo que esté en mi mano para estar a la altura — declaró solemne.

El holandés colocó un dedo debajo de su barbilla, la obligó a alzar el rostro hacia él y, con las pupilas clavadas en las suyas, replicó:

—No me cabe la menor duda de que lo estarás, Sol Lawrence de Mendoza.

Pensamientos y palabras que nadie había pronunciado fluyeron del uno al otro a través de aquella intensa mirada y, de pronto, Sol notó que le costaba respirar. Confundida, dio un paso atrás y bajó la vista hasta el cinturón de cuero que rodeaba la cinturilla de los elegantes pantalones oscuros de Kors, cortando en el acto aquella extraña comunicación.

—Yo... —comenzó a decir, sintiendo que le faltaba el aliento—. Creo que será mejor que vuelva con Balu. Tengo que darle vueltas a un montón de cosas.

—¡Espera! —Kors rebuscó debajo de unos papeles que había sobre su mesa y le tendió un cuaderno de dibujo de buen tamaño, lápices y dos cajas de pinturas—. Te he comprado acuarelas y óleos, no sabía con qué te sentirías más cómoda.

Sol lo cogió todo con el ceño fruncido.

—¿Tan seguro estabas de que aceptaría?

El holandés alzó una de sus cejas rubias con suficiencia.

—Digamos que albergaba algo más que la esperanza.

Meneó la cabeza, divertida por su chulería.

—Eres de lo que no hay. Te veo luego.

En cuanto Sol salió de su despacho, Kors se dejó caer de golpe en su sillón de cuero con un rotundo juramento. ¡Maldición, le temblaban las piernas! Impaciente, se desató el botón del cuello de la camisa y se aflojó la corbata, que, de pronto, parecía empeñada en asfixiarlo.

Había estado a punto de echarlo todo a perder con aquel beso, se dijo enfadado, y ahora, como el imbécil que era, le había faltado un pelo para repetirlo. Cada día le costaba más contenerse cuando la tenía cerca, a pesar de que sabía bien que no era el momento.

«Tal vez nunca será el momento», comentó una vocecita odiosa desde algún oscuro recoveco de su mente, pero él la acalló con impaciencia.

—Esperaré lo que sea necesario —dijo entre dientes—, me mataré a duchas frías si tengo que hacerlo, pero Te lo advierto muy seriamente: por muchos obstáculos que pongas en mi camino, Sol Lawrence será mía.

Justo en ese momento, se oyó el estallido de un trueno ensordecedor que hizo temblar el marco de la ventana. Sobresaltado, Kors contempló el violento aguacero que golpeaba con fuerza el cristal y se preguntó si, una vez más, no se habría pasado de la raya.

Aquella noche ya no pudo posponerlo por más tiempo, y Kors se vio obligado a aceptar la enésima invitación a cenar de su hermana. Con la excusa de que Balu empezaba el colegio al día siguiente, lo dejaron en casa con la cena preparada. Conocía demasiado bien la habilidad de su padre para herir a las personas a las que despreciaba y no estaba dispuesto a exponer al niño a la crueldad de su lengua.

—Balu, quiero que apagues la tele dentro... —echó una ojeada a su reloj de pulsera— dentro de media hora y te vayas a dormir. Mañana será un día complicado.

—Sí, *sahib* Kors —repuso el chico obediente sin despegar los ojos de los dibujos animados.

En ese momento oyó pasos en la escalera y se volvió hacia la recién llegada. A pesar de que le había advertido que las cenas en casa de su padre resultaban cualquier cosa menos informales, la visión de Sol con un sencillo vestido negro que le llegaba un poco más arriba de la rodilla, medias transparentes que resaltaban el tono tostado de sus largas piernas y taconazos hizo que se le descolgara la mandíbula inferior a causa de la sorpresa.

—Veo que te he dejado sin habla. —Alzó una ceja burlona antes de dar una vuelta sobre sí misma que mostró el profundo escote de la espalda—. ¿Qué opinas?, ¿estoy guapa?

Con un esfuerzo sobrehumano, Kors se obligó a cerrar la boca y contestó con fingida indiferencia:

—Psee, estás monilla. Al menos esta noche nadie te confundirá con un pilluelo desnutrido.

Balu, que, cosa rara, había logrado apartar los ojos de la pantalla durante unos instantes, intervino con un susurro pasmado:

—Estás bellísima, *nagini*.

Sol se acercó a él para darle un beso de buenas noches.

—Dulces sueños, dulce Balu. Menos mal que aún quedan caballeros en el mundo. —Dirigió al holandés una mirada de lo más expresiva, pero éste se limitó a carraspear un par de veces antes de coger el abrigo que llevaba colgado del brazo y ayudarla a ponérselo.

Luego la giró hasta que quedó frente a él, la sujetó por los hombros y le recordó las advertencias que le había hecho horas antes:

—Recuerda: espíritu zen. Habla del tiempo, hazte la tonta y, sobre todo...

—Nada de entrar al trapo —terminó Sol por él con los ojos en blanco—. Sí, ya lo sé, me lo has repetido ochenta veces.

Kors la sacudió un poco, impaciente.

—Pues aquí va la ochenta y una. Mi padre es un maestro sacando a la gente de sus casillas; es su juego favorito. No caigas en él.

Sol se llevó una mano al corazón.

—Te lo prometo, capitán —aseguró con solemnidad—. Me limitaré a hablar del tiempo y a sonreír todo el rato como una idiota.

—Perfecto, ésa es la idea. Vamos allá.

El comedor con las paredes forradas de cuadros que representaban sangrientas escenas de caza era tan lúgubre como el salón en el que los habían recibido la primera vez. Una enorme araña de cristal colgaba encima de la inmensa mesa de caoba y arrancaba destellos cegadores de la exquisita vajilla de porcelana, la cristalería de Bohemia y la cubertería de plata. A Sol la sorprendió que no hubiera un centro de cristal con las figurillas de diez negritos de porcelana en su interior. Aquella mansión habría sido el escenario perfecto para unos cuantos asesinatos, se dijo reprimiendo un escalofrío.

El viejo Van Dijken presidía la mesa sentado en uno de los extremos. A su derecha se sentaban su hija y su yerno, y a su izquierda, la hermosa rubia que Wilma le había presentado como «una querida amiga de la familia», Kors y luego ella. Al parecer, a su anfitrión no le preocupaba lo más mínimo que pudiera sentirse como un incómodo apéndice en aquella mesa interminable.

Con una ceremonia solemne, un par mujeres vestidas de negro y con delantal blanco empezaron a pasar las inmensas soperas para que todos se sirvieran. Mientras daban cuenta del primer plato, una crema de puerros que Sol atacó con apetito, nadie dijo una sola palabra. El único sonido que se oía era el incesante tintineo de las cucharas al chocar contra la delicada porcelana.

En un momento dado, alzó la vista de su plato y se encontró con la mirada bondadosa del marido de Wilma clavada en ella. El hombre, cuyo rostro aún lucía un color ligeramente ceniciento, le guiñó un ojo con disimulo y Sol no pudo reprimir una sonrisa. Nada más conocerlo, supo que Noach y ella se llevarían bien; estaba claro que, como solía ocurrirle, en aquel país también iba a resultar más popular entre los hombres que entre las mujeres, con la excepción del viejo cascarrabias, por supuesto.

Hasta que retiraron los platos hondos su anfitrión no abrió la boca.

—¿Y bien, Fredrika?, ¿cómo has encontrado a mi hijo?

—No hay duda de que tu pequeño ha vuelto convertido en todo un hombre, Harold —respondió la rubia con un ronroneo seductor.

Al oírla, el viejo enseñó los dientes con lo que Sol supuso que debía de ser una sonrisa.

—Ya has oído, Kors, tu antigua novia te sigue encontrando atractivo.

—Me ruborizo —comentó el aludido en tono indolente antes de alzar la copa de vino y dar un buen trago.

Sol se mordió los labios para contener una sonrisa, pero al parecer no fue suficiente.

—Veo que la mala educación de mi hijo le parece muy divertida, señorita. —Se volvió hacia la otra mujer y le dio unas palmaditas confortadoras en el dorso de la mano—. Te presento mis excusas, Fredrika, esto es lo que ocurre cuando sientas a una hippy sin modales a tu mesa.

La aludida notó la súbita rigidez de Kors y le dio un doloroso pellizco de advertencia en el muslo por debajo de la mesa, al tiempo que una sonrisa inmensa y algo estúpida se dibujaba en su boca.

—¿Has oído, Kors? Me ha llamado hippy. ¡Qué gracia, igualito que mi abuelo! Aunque él normalmente solía añadir «del demonio». Era un encanto, el viejo chocho. De verdad, señor Van Dijken, le agradezco un montón que se esfuerce tanto en hacerme sentir como en casa.

Justo entonces regresaron las mujeres cargadas con unas pesadas bandejas de plata con el segundo plato, por lo que el señor Van Dijken, no muy seguro de cómo tomarse aquel comentario hecho con aparente candidez, decidió dejarlo pasar.

Durante unos segundos, Kors observó a su padre, que, una vez más, parecía absorto por completo en la comida, y decidió que aquél era un momento tan bueno como cualquier otro para anunciar las novedades.

—Padre, he decidido que lo que necesita Wittenimf es un nuevo modelo de vajilla.

—¡Tonterías! —lo interrumpió su progenitor, golpeando violentamente la mesa con el puño—. No te he hecho venir para que ahora empieces a cambiarlo todo. Llevamos más de dos siglos fabricando el mismo modelo de vajilla, que, por si no te has enterado aún, nos ha dado fama mundial, y seguiremos así dos siglos más.

—Kors tiene razón, llevo tiempo diciéndote lo mismo. Estamos anticuados, deberíamos ir con los tiempos... —Noach trató de apoyar a su cuñado, pero al instante su suegro cargó contra él.

—¡Tú, cállate! Llevas años al frente de la fábrica, así que, si va mal, es por tu culpa.

Al notar el modo en que la piel del rostro del marido de Wilma palidecía un poco más, Sol decidió intervenir.

—¡Este pollo está para morirse! —Aquel comentario insustancial resultó un efectivo anticlímax.

—Muchas gracias, señorita Lawrence, pero en realidad es venado. —Al parecer, la hermana de Kors también opinaba que había llegado el momento de distender el ambiente.

—¡Venado! —Sol hizo un puchero—. No me digan que nos estamos comiendo a la mamá de *Bambi*.

Ahora fue el turno de Kors de contener una sonrisa; desde luego, aquella diableja se había tomado muy a pecho su papel de tonta del año. Muy divertido, notó el modo en que la miraba su padre, con los ojos a punto de salirse despedidos de las órbitas, y decidió proseguir antes de que le diera un nuevo ataque.

—Necesitamos un cambio de imagen, y ahora es el momento. No podemos permitirnos el lujo de perder el pedido de la cadena Kroon, el futuro de Wittenimf depende de él.

—¡No lo consentiré, ¿me oyes?! —El anciano, cuyo rostro estaba cada vez más rojo, volvió a golpear la mesa con ambas manos, pero Kors no se dejó intimidar.

—Es inútil que te opongas, padre. Te recuerdo que, antes de volver, puse como condición que yo tendría la última palabra respecto a las decisiones sobre el funcionamiento de la fábrica y tengo un documento que lo acredita. Así que te lo diré aún más claro para que no quepan dudas: no te lo estoy consultando, te lo estoy anunciando.

Al oír aquel ultimátum, el anciano se inclinó en silencio sobre su plato y empezó a cortar pequeños trozos de carne y a masticarlos con parsimonia. No obstante, Kors no se dejó engañar, conocía bien a su padre y sabía que sólo estaba buscando un nuevo flanco por donde atacar.

Escuchó a Sol, que, fiel a la promesa que le había hecho antes de salir de la granja, había empezado una apasionada disertación sobre las diferencias entre el clima holandés y el español, y las entusiastas contribuciones de Wilma y de Fredrika al tema, aunque esta última no parecía encontrarse muy a gusto tras la tensa discusión.

Kors la miró de reojo. Fredrika Van Der Veen había sido una preciosa adolescente y se había convertido en una mujer bellísima. A pesar de que no había vuelto a pensar en ella ni una sola vez en los últimos años, recordaba bien aquellos meses en los que salieron juntos. Por aquel entonces, ninguno de los dos tenía más de dieciséis años, y se había sentido muy orgulloso de ser el novio de la chica más

guapa de la pandilla y haber provocado la consiguiente envidia de sus amigos. Sin embargo, también se acordaba de los pocos besos que intercambiaron: torpes y vehementes por su lado, pasivos y fríos por el suyo. En aquella cuestión, tenía la impresión de que no había cambiado mucho, seguía teniendo el aspecto gélido de una princesa de cuento de cualquier país de hielo.

Volvió ahora la mirada hacia su izquierda. Ahí estaba Sol, que no paraba de hablar, soltando una estupidez detrás de otra con una beatífica expresión de inocencia. Si algo había aprendido durante los días que habían pasado juntos era que aquella *nagini* deslenguada ardía con un fuego propio, más vivo que el del incendio de Roma.

La vio asentir con entusiasmo por algo que había dicho su hermana, seguramente un comentario igual de inane que los suyos, lo que hizo que las luces de la araña de cristal arrancaran destellos de las brillantes ondas de su pelo, que ahora le llegaban a la altura de la mandíbula, y notó la familiar excitación que sentía siempre que la miraba. Sol Lawrence era un terremoto en todos los aspectos de su vida, y estaba seguro de que en el de la pasión lo sería también. Sólo tenía que imaginarla devolviéndole un beso, arrebatada de deseo, y empezaba a hiperventilar.

Al notar que, en efecto, su respiración se hacía más trabajosa por momentos, hizo un esfuerzo y desvió su atención hacia la cabecera de la mesa, donde su padre seguía comiendo su venado en silencio. Cuando le retiraron el plato y le trajeron el postre, alzó de nuevo la vista hacia él y preguntó en un tono cargado de sarcasmo:

—Imagino que ya has pensado quién será el artista que, de la noche a la mañana, nos va a rescatar del abismo, ¿no es así?

Al oírlo, las mujeres se callaron en el acto, y de nuevo reinó en el comedor un silencio tenso que Kors rompió unos segundos más tarde sin perder ni un ápice de la calma que había mostrado hasta entonces.

—Por supuesto, padre. Tú ya la conoces: la señorita Sol Lawrence de Mendoza es una magnífica artista.

Aquello fue demasiado para aquel tirano acostumbrado a hacer siempre su santa voluntad. Con aspecto de demente, empezó a insultar a su hija y a su yerno. A Sol le dedicó unos calificativos especialmente hirientes que ella recibió con otra de esas irritantes sonrisitas que lo ponían aún más frenético, pero cuando empezó a llamar a Kors bastardo inútil y a lamentarse de la maldición que suponía para los Van Dijken el haber tenido un hijo como él, eso Sol ya no pudo resistirlo. Lanzando chispas por los ojos, se puso en pie con un movimiento brusco que derribó la silla. El ruido de la pesada pieza de madera al estrellarse contra el suelo frenó en seco la furiosa invectiva, y su voz resonó con nitidez en el amplio comedor, pese a que habló en un tono normal.

—Mire, especie de carcamal, no me importa lo más mínimo que me grite, que me insulte o que anuncie que cualquier colaboración conmigo terminará en un apocalipsis; yo misma se lo advertí a su hijo cuando me propuso contratarme. Lo que no estoy dispuesta a consentir es que diga esas barbaridades de Kors, que es el hombre más bueno con el que me he topado en la vida.

»Conozco bien a las personas como usted, personas mezquinas que se regodean en la infelicidad de la gente que tienen a su alrededor, y sólo espero que, si hay justicia en el universo, el Amigo de su hijo le reserve un lugar bien calentito en el infierno, a ser posible al lado de mi querido abuelo. Dicho esto, creo que será mejor que me vaya. Muchas gracias por la cena, estaba todo delicioso, y lo que más lamento es

tener que irme sin probar esta tarta, que tiene pinta de estar tremenda. Mis felicitaciones, señor Van Dijken, tiene usted un cocinero magnífico. Buenas noches, han sido todos muy amables, pero no hace falta que me acompañen hasta la puerta.

Durante todo ese discurso no se le borró ni un segundo la encantadora sonrisa de los labios, y Kors, quien hacía tiempo que temblaba a consecuencia de la risa contenida al notar las expresiones de estupefacción del resto de los comensales, la vio caminar hacia la puerta, con la cabeza bien alta y la dignidad de una reina, y desaparecer.

Entonces, se puso él también en pie, cogió su plato y el de Sol y, con una enorme sonrisa, anunció:
—Me temo que será mejor que vaya detrás de ella. Ya se sabe lo sensibles y temperamentales que son los artistas. Si no te importa, Wilma, me llevo el postre. Sol tiene razón: esta tarta tiene una pinta estupenda.

Se inclinó en una burlona reverencia y salió del salón antes de que el resto de los presentes se hubiera repuesto lo suficiente para decir una sola palabra.

La encontró de pie junto a la ventana del salón, con la mirada perdida en la oscuridad de la noche y los brazos alrededor de la cintura; estaba tan concentrada en sus pensamientos que no lo oyó entrar.

—Me parece que tu concepto de «espíritu zen» deja mucho que desear.

Su voz profunda la sacó de su ensimismamiento y se volvió hacia él muy seria.

—Siento lo ocurrido, Kors.

—No tienes por qué sentirlo, mi padre tiene una asombrosa habilidad para hacer que la gente reaccione, por lo general, de mala manera.

Mientras hablaba, dejó los platos con la tarta sobre la mesa de centro, frente al sofá, y se acercó a ella en dos zancadas.

—Creo que lo estaba llevando muy bien hasta que empezó a meterse contigo. —Los ojos verdes destellaron llenos de rabia—. Odio a las personas que pisotean a los demás para sentirse poderosas. Además, no tenía derecho a hablar así de ti.

—Calma, calma. —Kors posó las palmas de las manos sobre sus hombros para tranquilizarla y clavó sus pupilas en ella—. ¿Tú me ves afectado por sus palabras? Las opiniones de mi padre hace mucho que dejaron de herirme.

Sol lo miró con atención y lo encontró muy atractivo con aquella semisonrisa sardónica.

—Tienes razón, pero no lo puedo evitar. La gente como tu padre me saca de mis casillas. Es un clon de mi abuelo, un auténtico dictador que disfruta haciéndole la vida imposible a su familia; mira a tu hermana, a Noach..., no entiendo cómo lo aguantan.

Según hablaba, crecía su indignación y al brillo furioso de sus ojos se sumaron las dos manchas de rubor que colorearon sus pómulos. A Kors le pareció que estaba preciosa y, sin poder reprimirse, la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí.

—Shhh, calma —repitió deslizando las yemas de los dedos a lo largo de su espalda desnuda en una reconfortante caricia.

—Al menos, me he desahogado. —Sol apoyó la mejilla sobre el pecho masculino y aspiró con placer el agradable aroma que desprendía su cuerpo—. Me quedé con las ganas de soltarle unas cuantas cosas a mi abuelo.

Kors apoyó la barbilla en los suaves cabellos y esbozó una sonrisa.

—Conociéndote, seguro que algo le dirías...

Aunque no podía verle la cara, notó que ella sonreía a su vez.

—La verdad es que, antes de que nos despachara rumbo al internado de Madrid, me enfrenté con él unas cuantas veces, pero sólo era una niña.

—Déjame que adivine, fue entonces cuando te dijo eso tan bonito de «hippy del demonio». —Kors seguía acariciando su espalda con lentitud, y notó que sus músculos se relajaban por fin.

—Y no nos olvidemos de «bicho salvaje», «fierabrás» y mi favorita: «engendro de Satanás». Las dos últimas tuve que buscarlas en el diccionario.

—Fuiste muy valiente.

—Tenía que proteger a mi hermana. Yo nací un minuto antes, así que soy..., era la mayor.

Al notar el temblor de su cuerpo, el holandés la apretó aún más contra sí, y se quedaron abrazados en silencio. Un buen rato después, Kors se dijo que debería soltarla antes de traicionarse del todo, pero estaba tan a gusto que era lo último que deseaba. Sin embargo, fue la voz burlona de Sol la que puso fin a aquel tierno momento de manera bastante abrupta.

—¡Caramba, Kors! Se nota que llevas tiempo sin estar con una mujer. —Se acercó más y se frotó contra él, provocativa, antes de apartarse por completo con una carcajada.

Él disimuló su turbación y contestó con aparente indiferencia:

—Tienes razón, demasiado tiempo.

Sol le lanzó una mirada cargada de malicia.

—Pues Fredrika es muy bella...

A Kors le dolió en el alma que no le importara lo más mínimo la posibilidad de que él se acostara con otra, pero, una vez más, logró disimular sus sentimientos.

—Tienes una mente sucia, *nagini* —se limitó a replicar antes de cambiar de tema—. Te he traído el postre, aunque no sé si te lo mereces.

Con una exclamación de gozo, Sol se abalanzó sobre la mesa, cogió su plato, se tiró en el sofá y empezó a comer la tarta con los dedos sin esperarlo.

—¡Está de morirse! —exclamó con la boca llena.

El holandés sacudió la cabeza con divertida desaprobación.

—Devoras con la delicadeza de una piraña. —Se sentó junto a ella y, usando los dedos también, se llevó un buen trozo a la boca.

Capítulo 11

Balu se refugió en el hueco de la escalera que daba al patio, desde donde podía ver jugar al resto de los niños sin que ellos lo vieran a él. Alzó los ojos al cielo pizarroso y suspiró de nuevo; hacía tanto frío en ese país... Le castañeteaban los dientes, así que se arrebujó un poco más con el flamante abrigo azul marino que el *sahib* Kors le había comprado para la ocasión.

Echaba de menos a *Silver*, al *sahib* y a la *nagini*, que esa mañana lo había llevado al colegio y lo había despedido con un fuerte abrazo en la puerta. También añoraba el barco, el sol, el mar y la brisa salada. Lo cierto era que no deseaba estar en ese sitio.

En cuanto el maestro lo presentó al resto de la clase, notó las caras de asombro y las risitas mal disimuladas de los otros niños y se le cayó el alma a los pies. Durante los meses que había pasado a bordo del *Sea Bitch*, había sido inmensamente feliz. Tanto el *sahib* Kors como la *nagini* lo habían tratado en todo momento como a un chico normal, hasta el punto de que, a su lado, había conseguido olvidarse de su rostro deforme; sin embargo, sus compañeros de clase le habían recordado con esos cuchicheos y sus miradas de reojo que seguía siendo el mismo monstruo de siempre. Hacía muchos meses que no pensaba en su antigua vida, pero entonces se acordó de que su último amo solía llamarlo *Iama*, como al dios de la muerte y guardián del inframundo, y de que se burlaba de él con crueldad.

Notó que estaba a punto de llorar, pero parpadeó varias veces para contener las lágrimas y se secó la nariz con el dorso de la mano, al tiempo que sorbía con fuerza con gesto desafiante.

—¡Por fin te encuentro! Llevo un rato buscándote, ¿puedo sentarme aquí?

Sorprendido, Balu alzó los ojos y vio a una niña con dos largas trenzas rubias que le caían a ambos lados del rostro. Sin esperar su respuesta, la recién llegada se sentó a su lado sobre el frío suelo de cemento.

—Te llamas Balu, ¿verdad? Yo llegué a este colegio el año pasado. Es un rollo ser la nueva; miradas raritas y todo eso.

A pesar de que le hablaba en inglés, Balu tenía la sensación de que no entendía lo que aquella niña le decía, así que siguió en silencio con los ojos clavados en los cordones de los zapatos, como si las lazadas con las que la *nagini* se los había anudado fueran un interesante acertijo.

—¿Qué ocurre? —La niña frunció sus cejas rubias con preocupación—. ¿No puedes hablar con eso que tienes en la boca? ¿Te duele?

Él se volvió hacia ella con la velocidad de una cobra que se apresta a atacar y afirmó furioso:

—¡Claro que puedo hablar!

Al verla sonreír con expresión satisfecha, sin que al parecer su malhumorada contestación la hubiera perturbado lo más mínimo, Balu se dijo que era una criatura muy extraña.

—¡Perfecto! Entonces seremos amigos.

—¿Amigos? —La miró con desconcierto, como si nunca antes hubiera oído esa palabra.

—Claro. Yo te ayudaré con los deberes y esas cosas, y tú, a cambio, me cuentas tus aventuras. ¿Es verdad lo que ha dicho el maestro? ¿De verdad has pasado meses y meses navegando? ¿Has dado la vuelta al mundo? ¿Cuántas veces? ¿Existen los monstruos marinos o es una leyenda? ¿Has visto alguna

sirena?...

Antes de que Balu pudiera abrir la boca para contestar al menos una de las preguntas de semejante andanada, su compañera de clase le tendió la mano.

—Por cierto, yo soy Gretje.

Balu se asomó a aquellos inmensos ojos que tenían el mismo tono que el cielo de Calcuta con cierta desconfianza. Con mucha precaución, estrechó la mano algo pegajosa que ella le tendía, sin que se le escapara el profundo contraste entre la pálida piel de la niña y la suya, casi negra.

—Yo me llamo Balabhadra *el Afortunado* —dijo, y añadió, muy digno—: Aunque puedes llamarme Balu.

—Balabhadra *el Afortunado*... —Gretje paladeó con placer aquel nombre tan exótico antes de obsequiarlo con una enorme sonrisa.

Y, por primera vez desde que había llegado a ese colegio, Balu pensó que, en verdad, su nombre era bien merecido.

Sus días estaban tan ocupados que Sol tenía la sensación de que se le escurrían entre los dedos con la celeridad del agua y, cuando quiso darse cuenta, ya llevaba en aquel país algo más de dos meses. Nada más llegar, Kors había contratado los servicios de un abogado para tramitar la adopción de Balu, y ahora, con los papeles en su poder, Sol los había acompañado varias veces a la consulta de un prestigioso cirujano estético, quien, después de un estudio exhaustivo del caso, les había dicho que la reconstrucción del labio superior del pequeño era factible.

Además, su nuevo empleo —en realidad, el único trabajo serio que había desempeñado en su vida— la absorbía de un modo que nunca habría imaginado.

Kors le había adjudicado un pequeño despacho lleno de luz no lejos del suyo, así que todas las mañanas, después de desayunar los tres juntos en la cocina, acercaban a Balu a la pequeña escuela, que quedaba a las afueras del pueblo, y luego continuaban en dirección a la fábrica.

Desde el principio, Sol había descubierto lo mucho que le gustaba cambiar impresiones con los empleados de la fábrica y discutir con los maestros artesanos la posibilidad de un nuevo diseño para una jarra o una taza, o el modo de alcanzar alguno de los tonos de la paleta de colores que encajaría a la perfección con sus criaturas marinas.

Casi todas las tardes, después de comer, Adriaan Drescher acudía a buscarla a su despacho y se iban a dar un paseo por el hermoso parque que rodeaba la propiedad, hiciera el tiempo que hiciese. El administrador conocía al dedillo los dos siglos de historia de Wittenimf, y era una fuente inagotable de información en lo referente a cualquier aspecto del negocio; desde los mejores proveedores de caolín o polvo de alabastro, hasta la última campaña de marketing que había realizado la compañía.

Sol no se cansaba de escucharlo. En otro momento de su vida habría descartado todo aquello con un mohín de aburrimiento; sin embargo, desde que ella misma estaba embarcada en el proyecto, le resultaba de lo más interesante y, a pesar de que el administrador contestaba de buena gana a su interminable lista de preguntas, nunca parecía satisfecha.

La joven digería poco a poco hasta el último detalle de aquella ingente cantidad de datos, y la inspiración salía a su encuentro en los momentos más insospechados. Dibujaba a todas horas; en el despacho, en el coche de camino al colegio... Incluso cuando paseaba con Adriaan tenía que pararse con

frecuencia para hacer unos apuntes en una libreta que nunca se olvidaba de llevar en alguno de los bolsillos del abrigo.

A veces ocurría mientras preparaba la cena. De pronto, alguna de aquellas volátiles criaturas que emanaban de la punta de su lápiz decidía hacer notar su presencia, y Sol, demasiado abstraída para hacer algo más que darle vida en el margen del primer libro de recetas que encontraba a mano, se olvidaba de que tenía una sartén en el fuego, y eran el holandés o Balu los que tenían que apresurarse a intervenir para evitar una catástrofe.

En otra ocasión, Kors la había visto salir de la ducha cubierta tan sólo por una breve toalla y, sin prestar atención a las huellas que sus pies empapados dejaban sobre la tarima de madera, dirigirse a toda prisa a su dormitorio para volcar sobre el cuaderno que siempre tenía a mano encima de la mesilla de noche a otra de esas inoportunas criaturas. De hecho, aquella visión lo había dejado jadeando de deseo durante días.

Por las noches, tras ayudar a Balu con los deberes, y una vez que éste les daba las buenas noches y se iba a la cama, Kors se sentaba junto a ella en el confortable sillón frente a la chimenea encendida y, con el brazo alrededor de los hombros delgados, examinaba fascinado los bocetos de aquel día.

Salvo una breve pausa para tomarse un sándwich a la hora de comer en la cafetería, apenas se veían en el trabajo, por lo que el holandés esperaba con impaciencia de avaro aquel momento mágico en el que la tenía sólo para él.

Entonces discutían animadamente sobre los dibujos; el diseño del asa de la bandeja de *cake* que, según ella, iba a revolucionar el apasionante mundo de las bandejas de *cake*; la habilidad de uno de los becarios recién contratado; las nuevas campañas publicitarias que Kors había planeado en revistas y redes sociales; el colegio de Balu y la temida y, a la vez, esperanzadora cirugía que lo aguardaba.

Las carcajadas de ambos resonaban a menudo en el interior de la acogedora vivienda, y el holandés no podía evitar pensar, procurando disimular su anhelo, que si Sol Lawrence fuera suya podría disfrutar de esas encantadoras veladas durante el resto de su vida.

Una de esas noches, Balu, que acababa de terminar los deberes y en ese momento se dedicaba a guardar los cuadernos y el resto del material en la mochila, los contempló mientras discutían acaloradamente sobre la forma de una tetera. Kors lanzó dos coloridas maldiciones, según él por culpa de la enervante cabezonería de ella, y al instante se oyó la voz aguda del chico:

—¿Cuándo te casarás con la *nagini*, *sahib* Kors?

Aquella inocente pregunta lo descolocó de tal modo que su tercera maldición se le atascó en la garganta y empezó a toser. Sin embargo, la alegre carcajada con la que Sol recibió la intervención del niño cortó en seco su ataque de tos y lo hizo rechinar los dientes con fuerza.

—Qué cosas se te ocurren, Balu. —Movió la cabeza de buen humor—. El *sahib* y yo no nos vamos a casar.

El pequeño la miró perplejo.

—Dice Gretje —de un tiempo a esa parte, todos sus comentarios comenzaban así— que cuando dos personas se llevan muy bien y se ríen mucho cuando están juntas se hacen novios y se casan.

Sol le dirigió una sonrisa cargada de diversión.

—A veces sí y a veces no.

Balu volvió la cabeza y se dirigió al holandés, que seguía completamente mudo, lleno de impaciencia.

—Pero, *sahib* Kors, tú me has adoptado. Me dijiste que ahora soy tu hijo.

—En efecto. —Kors se pasó una mano por los cortos cabellos; estaba empezando a sudar—. Y, ya que estamos, no te voy a pedir que me llames papá, pero creo que deberías empezar a llamarme Kors a secas.

—Sí, *sahib* Kors. —El niño asintió obediente y continuó con lo que estaba tratando de explicar—: Gretje dice que si ahora tengo un padre también necesitaré una madre...

—«Gretje dice, Gretje dice...» —lo interrumpió su flamante padre con brusquedad—. Me parece que tu amiga dice demasiadas tonterías.

Al ver la expresión herida en los grandes ojos oscuros del pequeño, Sol decidió intervenir. Arrimó una silla a la suya, le pasó el brazo por los hombros y le explicó con voz suave:

—Verás, Balu, el *sahib* y yo somos muy buenos amigos. En realidad, somos mucho más que eso. Lo cierto es que yo le debo la vida —alzó una mano con autoridad para acallar las protestas del holandés—, y ya sabes que creo que es el hombre más bueno del mundo —Balu asintió de nuevo y, una vez más, se oyó un resoplido de impaciencia en la habitación—, pero no estamos enamorados el uno del otro.

—¿No? —Una profunda decepción asomó al rostro oscuro, y a Sol, que estaba muy pendiente de las reacciones del niño, se le escapó por completo la mueca de dolor que crispó los labios de Kors al oírla—. Entonces ¿no viviremos los tres juntos en esta casa para siempre?

—No, Balu, lo siento. —La sonrisa se le había borrado de los labios, y trató de aclarar la situación con la mayor suavidad posible—. El *sahib* ya ha hecho demasiado por mí, en algún momento tendré que retomar mi vida. No puedo seguir abusando de su buen corazón.

—Pero te queremos con nosotros —afirmó el niño obstinado—. ¿A que sí, *sahib* Kors? Díselo tú. ¿A que no quieres que la *nagini* se vaya y nos deje solos?

Sol alzó los ojos hacia el holandés en una muda petición de auxilio.

—Por supuesto que no se va a ningún lado, Balu. Ahora la *nagini* trabaja en la fábrica y yo voy a encargarme de que cumpla con todas y cada una de sus obligaciones, si no... —Muy despacio, deslizó el índice de un lado a otro de su garganta, al más puro estilo mafioso.

Por fortuna, su gesto y el ácido comentario distendieron el ambiente y, aliviada al ver la sonrisa del pequeño, Sol se volvió de nuevo hacia él.

—Te prometo que vamos a aprovechar a tope el tiempo que estemos juntos, Balu. —Se besó la uña del dedo pulgar y añadió—: Palabra de *nagini*.

Aquel molesto recordatorio de que Sol Lawrence desaparecería de su vida antes o después le hizo comprender a Kors que había llegado el momento de actuar. No estaba seguro de que hubiera pasado el tiempo adecuado para que los sentimientos de Sol por su novio se hubieran apaciguado lo suficiente, pero le daba igual. A partir de ese instante, se prometió, haría lo necesario para que ella tomara conciencia de él como hombre de una vez por todas y ¡al carajo si la asustaba!

Con decisión, se acercó a la mesa en dos zancadas, tiró de su mano para levantarla de la silla y la rodeó por la cintura con un brazo. Con la otra mano sujetó la delicada barbilla, obligándola a alzar el rostro hacia él, y estampó un beso hambriento sobre la boca entreabierta por la sorpresa que tuvo un efecto extraño en el estómago femenino. Sin embargo, antes de que Sol tuviera tiempo de reaccionar, Kors la soltó con la misma presteza, dio un paso atrás y comentó con una calma que los alborotados latidos de su corazón desmentían:

—Estoy pensando en tirarle los tejos a Fredrika y me noto un poco oxidado. No te importa que practique un poco contigo, ¿verdad? Para eso están los amigos.

Sol lo miraba estupefacta, pero al fin tartamudeó:

—No..., no sé.

—Lo has dicho antes, *nagini* —intervino Balu con expresión candorosa—. Has dicho que el *sahib* Kors era más que un buen amigo. Tienes que ayudarlo. A lo mejor, ya que tú no quieres, ella puede ser mi nueva madre.

—Yo...

Aturdida por completo y sin saber muy bien qué responder, Sol se llevó la punta de los dedos a los labios, que le ardían, sin percatarse del guiño de complicidad que intercambiaron los otros dos.

—¡Se acabó! —Kors le arrebató el cuaderno de las manos con brusquedad—. Es sábado y te prohíbo terminantemente que sigas trabajando.

Sol se levantó del sillón en el acto e intentó recuperarlo, pero él lo mantenía sujeto por encima de su cabeza y, por tanto, fuera de su alcance.

—¡Eres insoportable! ¿Quieres devolvérmelo de una vez? —ordenó sin dejar de saltar, en un vano intento de hacer que lo soltara—. Precisamente había puesto el despertador tan temprano porque tengo un montón de cosas pendientes. Te recuerdo que sólo quedan unos días para la presentación; se nos está echando el tiempo encima.

A pesar de la oposición de su padre, Kors había decidido apostar fuerte y presentar el nuevo modelo de vajilla —de cuyo éxito dependía el futuro de Wittenimf, de los trabajadores y el de su propia familia— en una fiesta por todo lo alto. Hacía semanas que había despachado invitaciones a poderosos banqueros y hombres de negocios y a los directores de los medios de comunicación más prestigiosos del país, y la mayoría había aceptado. Tampoco faltarían varias docenas de caras famosas; estrellas de la música, del cine y la televisión, así como algunos de los futbolistas y los modelos más cotizados del momento, habían confirmado su asistencia. Nadie quería perderse la que ya se anunciaba en las revistas del corazón como la gala del año.

Desde hacía días, decenas de furgonetas cargadas con estufas móviles, espectaculares maceteros llenos de plantas y los elementos necesarios para el catering entraban y salían de la propiedad a todas horas. Un numeroso grupo de operarios daba los últimos toques a la gigantesca carpa que habían levantado frente al castillo mientras el paisajista volvía locos a sus ayudantes, cambiando los gigantes maceteros de sitio una y otra vez, entre los agudos gritos del chef de uno de los restaurantes más conocidos de Ámsterdam —que iba camino de las tres estrellas Michelin—, que se quejaba amargamente a los proveedores de la calidad de sus productos.

Y, entretanto, Kors y Sol, que parecían gozar del don de la ubicuidad, eran de los pocos que conservaban la cabeza fría en medio de aquel pandemónium y se complementaban a la perfección a la hora de apagar algunos de los fuegos más urgentes; el holandés, con alguna de sus frases contundentes, y ella, con una sonrisa y un guiño cómplice.

Noach, que ya se encontraba mucho más recuperado, y Wilma, quien, sin saber cómo —aunque su hermano lo achacaba a la influencia perturbadora de Sol, con la que mantenía largas y esclarecedoras conversaciones—, parecía haberle perdido a su progenitor algo de su antiguo temor, también procuraban ayudar en lo posible, pero a pesar de ello habían sido unas semanas agotadoras.

Por eso, Kors estaba decidido a que Sol descansara al menos un poco antes del gran día.

—¡Dámelo! —exigió ella una vez más.

—He dicho que no. ¡Balu! —gritó y, a los pocos segundos, el pequeño se asomó por la barandilla de la escalera, descalzo y sin dejar de frotarse los ojos somnolientos con una mano.

—¿Sí, *sahib* Kors?

—Llama a la sabelotodo de tu amiga y dile que la invitamos a navegar. Que se abrigue bien.

—¡Navegar! —Al oír eso, el pequeño se espabiló por completo y empezó a dar saltos de alegría.

—¿Navegar? —Sol lo miró ilusionada.

—Sí, navegar. ¿Qué pasa?, ¿no habéis oído nunca esa palabra? Estoy harto de verte hecho un alma en pena, Balu, y a ti, *nagini*, te llegan las ojeras hasta los pies y has envejecido veinte años desde que trabajas en la fábrica. La falta de costumbre, supongo... —añadió sarcástico, aunque era la mentira más burda que había dicho en su vida.

Desde hacía semanas, Sol resplandecía con el mismo brillo que el astro al que debía su nombre, y parecía flotar por los rincones en una nube de felicidad. No sólo había descubierto que podía ganarse la vida de un modo honorable haciendo algo que le encantaba, sino que, además, se daba cuenta de que era muy buena en lo suyo. Por vez primera se sentía válida y capaz, y aquella sensación tan poco familiar le resultaba sumamente placentera.

Por supuesto, a Kors no se le había escapado el efecto beneficioso del nuevo empleo sobre la autoestima femenina; pero la veía tan obsesionada por los asuntos de la fábrica, trabajando sin parar y a veces, como esa misma mañana, robándole horas al sueño para seguir haciéndolo, que juzgó que había llegado la hora de que se tomara un respiro.

Dos horas y media después, la quilla del precioso velero de madera de los años cuarenta propiedad de Adriaan Drescher, en el que Kors había aprendido a navegar de niño, cortaba las oscuras olas del mar del Norte con la precisión de un escalpelo.

—¡Es un barco precioso! —Sol trató de hacerse oír por encima del ruido del viento, que aquella mañana soplabla con fuerza mientras ajustaba el rumbo con la antigua rueda de timón, en madera tallada y bronce, que era una auténtica obra de arte.

Kors, que permanecía en pie detrás de ella, vigilante, se acercó un poco más y gritó muy cerca de su oreja:

—Sí, *De Piraat* es una joya. Pensaba que Adriaan lo habría vendido hacía tiempo; sé que su mujer le prohibió salir a navegar en solitario hace años. —Colocó la mano sobre la de Sol y giró la rueda de forma casi inapreciable—. Veo que manejas el barco a la perfección.

—La duda ofende, capitán Van Dijken, ya deberías saber que yo también soy una gran loba de mar.

Uno de los cortos mechones dorados que se habían escapado del gorro de lana azul marino le rozó la mejilla y, sin poder evitarlo, el holandés se pegó un poco más a ella.

—¿Has visto a esos dos? —preguntó procurando que pareciera que, si se acercaba tanto, era sólo para hacerse oír por encima del estruendo de los elementos—. A lo mejor Balu consigue afirmar su hombría de una vez; a mi Amigo le divierte sorprendernos con algún milagro de vez en cuando.

Sol observó a los dos niños, que, entre las numerosas capas de ropa y los chalecos salvavidas que el holandés les había obligado a ponerse nada más subir a bordo, se daban un aire al muñeco de Michelin, y al perro, que los seguía de un lado a otro del barco muy excitado, y soltó una alegre

carcajada. En efecto, en esa ocasión era el pequeño el que llevaba la voz cantante y arrastraba a Gretje de un lado a otro de la embarcación mientras le mostraba su funcionamiento con cierta actitud paternalista.

Sin soltar el timón, Sol se recostó contra el pecho del holandés y lanzó un suspiro de contento. No había sido consciente de cuánto había echado de menos su amado océano hasta que, al bajarse del coche en el pequeño puerto deportivo donde estaba amarrado *De Piraat*, había aspirado con fruición la deliciosa brisa salada.

Ese mar oscuro y algo salvaje, con sus cielos plomizos cubiertos de nubes amenazadoras, poco tenía que ver con el intenso azul del agua y del cielo de su Atlántico. Sin embargo, el vaivén familiar de las olas, las velas hinchadas por el gélido aire marino y el amplio horizonte que se extendía ante sus ojos la hicieron sentirse de vuelta en su hogar.

Los fuertes brazos del holandés rodearon su cintura y, por primera vez desde que se había enterado de la muerte de Jeremy y de su hermana, sintió en su pecho un atisbo de esperanza, que se hacía mayor con cada bocanada de oxígeno que aspiraba, por lo que el porvenir podría depararle todavía.

Ya no notaba aquella apremiante necesidad de hacerse un ovillo y desaparecer en algún rincón oscuro como le había ocurrido durante los últimos meses. El cuidado de Balu, al que sin darse cuenta había llegado a querer como si fuera suyo, y la presencia reconfortante de aquel holandés gruñón la habían hecho salir del círculo vicioso del dolor y la depresión, a lo que en los últimos meses se había sumado la ilusión por su trabajo, que la impulsaba a levantarse de la cama cada mañana con energía renovada.

Y todo se lo debía a ese hombre, se dijo con las pupilas perdidas en aquella inmensidad de aguas turbulentas. Kors Van Dijken no sólo le había salvado la vida en dos ocasiones, sino que se había hecho cargo de ella y había puesto a su disposición todas sus posesiones, y ni una sola vez le había reclamado ningún tipo de pago. Desde luego, semejante grado de desprendimiento no era algo a lo que su existencia la tuviera acostumbrada.

Recordó que, según sus propias palabras, él estaba pensando en tirarle los tejos a su novia de la adolescencia, y notó que se le encogía el estómago sólo de pensarlo. No había que ser adivina para saber que en el momento en que Kors y Fredrika se embarcaran en una relación, la idílica existencia de los tres y *Silver* en la granja tocaría a su fin. Por supuesto, Kors no la despediría ni se desentendería de Balu; sabía bien que el holandés era, sobre todo, un hombre íntegro, así que en ese aspecto no abrigaba el más mínimo temor, pero ya nada sería igual. La certeza de que si esa mujer se hacía un hueco en la existencia de Kors ella se vería obligada a dejarlos provocó un nuevo y doloroso retortijón en sus tripas.

«Aún no está todo perdido. —De repente, sus pensamientos fluían a una velocidad vertiginosa—. Sólo se siente atraído por ella porque es muy guapa y lleva tiempo sin acostarse con nadie. En realidad, le bastaría con cualquier mujer medianamente atractiva, y yo lo soy. Podría volverme ahora mismo, pegarme a él y besarlo hasta que no pudiera ni pensar. Podría hacer que me deseara al menos por un tiempo; nunca me ha costado mucho despertar en los hombres ese tipo de pasiones. Así prolongaría el *statu quo* unos meses más y luego podría...»

—¿Te ocurre algo? Te has puesto completamente rígida.

La voz masculina tan cerca de su oído la hizo salir de golpe de aquel extraño trance.

«¿En qué estoy pensando?» De pronto, se sintió profundamente avergonzada. Sí, ¿en qué demonios estaba pensando?, ¿en utilizar con malas artes a un hombre que le había dado sin condiciones todo lo que tenía?

¡Dios, se daba asco!

Recordó que su hermana le decía a menudo que no debía pensar tanto en sí misma. Nunca le había molestado aquella crítica, a la que siempre respondía con las mismas palabras desafiantes: «Si yo no lo hago, dudo que nadie lo vaya a hacer por mí». Sin embargo, ahora se daba cuenta de que Luna tenía razón; no era más que una egoísta despreciable. Allí estaba ella, dispuesta a lo que fuera preciso, sin importarle en absoluto si eso significaba herir o engañar al mismo hombre que, por dos veces, le había salvado la vida y jamás le había pedido nada a cambio.

«¡No!», gritó en silencio.

Por una vez no antepondría su bienestar a todo lo demás; por una vez, actuaría desinteresadamente, aunque eso significase perder lo único que le quedaba en el mundo. Aterrorizada por su propia resolución, pero, al mismo tiempo, decidida a cumplirla costara lo que costase, se volvió hacia él y sujetó las ásperas mejillas entre sus manos.

—¡Te ayudaré, Kors, te lo juro! ¡Haré lo que esté en mi mano para que tú y Fredrika volváis a estar juntos!

—¿Qué cojo...? —El holandés se interrumpió al descubrir el inesperado brillo de las lágrimas en los enormes ojos verdes.

Ella sorbió con fuerza y trató de sonreír con valentía.

—Tengo que confesarte algo. —Su interlocutor frunció el ceño, más perplejo a cada rato que pasaba, y guardó silencio esperando a que continuara—. De pronto he pensado en vosotros dos juntos. Tú y Fredrika, ya sabes, y he sentido un miedo terrible de perderos a Balu y a ti y... Y no te puedes ni imaginar la de cosas absurdas que se me han pasado por la cabeza.

—¿Como cuáles? —La miró con profundo interés.

—No te lo vas a creer, pero hasta he pensado en seducirte —confesó en un tono tan trágico que lo hizo sonreír.

—Bueno, no me parece tan mala idea...

—No bromees, Kors.

Sus palabras le hicieron recuperar la seriedad en el acto; saltaba a la vista que aquella idea que a él le resultaba tan atractiva a ella, en cambio, la llenaba de angustia.

—Mi hermana tenía razón: soy una egoísta, y con tal de no tener que renunciar a estar a vuestro lado estaba dispuesta... —Se interrumpió y movió la cabeza avergonzada—. Bueno ya sabes a lo que estaba dispuesta, pero te juro que no sólo no lo haré, seducirte, digo, sino que te ayudaré en lo posible a reconquistar a Fredrika.

Al oír eso, Kors tuvo que morderse la lengua con fuerza para no empezar a soltar una maldición detrás de otra. ¡La desquiciante ceguera de aquella mujer lo iba a matar!

Echó una rápida mirada por encima del gorro de lana, comprobando que el rumbo del barco era el correcto, y dirigió de nuevo toda su atención hacia el precioso rostro de mejillas sonrosadas por el aire helado.

—Bueno, bueno, será mejor que no le des más vueltas. Ya hablaremos de esto más adelante.

Diciéndose que lo hacía para tranquilizarla, la apretó con fuerza entre sus brazos. Al sentir que ella se aferraba a su cintura, sumida aún en aquella orgía de autodesprecio, decidió que sería una buena idea aprovechar la ocasión. Con delicadeza, colocó un dedo debajo de su barbilla y la obligó a alzar el rostro antes de inclinar la cabeza y besarla apasionadamente.

En un principio, ella se quedó paralizada por la sorpresa, pero enseguida los suaves labios empezaron a moverse contra los suyos y, unos segundos después, Sol le devolvía el beso con un ardor desconocido que inflamó su deseo hasta límites insospechados. Sin embargo, a pesar de que su cuerpo estaba en llamas, Kors echó mano de toda su fuerza de voluntad y obligó a su cerebro a seguir funcionando.

«¡Eh, Tronco, ayúdame a mantener la cabeza fría, es importante!», rogó en silencio.

Con lentitud, recorrió el contorno de su boca con la punta de la lengua antes de obligarla a abrirla y a acogerlo en su interior. Cuando sus lenguas se enredaron, lanzó un gemido y la apretó con más fuerza contra sí. No podía dejar de besarla; esa boca de labios sensuales era la droga más potente de la que se tuviera noticia. Notó que la respiración femenina se hacía cada vez más irregular e, incapaz de resistir el deseo de contemplar su expresión, abrió los ojos y se separó un poco. Sol se quedó muy quieta, con los párpados apretados con fuerza y la boca entreabierta, mientras su pecho subía y bajaba, muy agitado, contra el suyo. Aquellas señales inconfundibles lo llenaron de satisfacción.

«¡Sí, alabado sea mi Amigo!», su muda exclamación resonó en su cerebro.

Conseguiría que Sol lo deseara con la misma intensidad con la que él la deseaba a ella, aunque fuera lo último que hiciera en la vida. Borraría de su mente aquella imagen que tenía de él de amiguete bonachón, que lo hacía rechinar los dientes, y la cambiaría por la de un dios del sexo al que es necesario adorar. Utilizaría su técnica más depurada y los trucos más sucios que conocía para someterla a su voluntad hasta que su propio deseo le impidiera pensar en nada que no fuera él. Nunca había recibido quejas de las mujeres con las que se había acostado, sino todo lo contrario. Estaba decidido: se serviría de sus habilidades como amante para llegar hasta su corazón.

Posó la palma de la mano sobre sus nalgas y la acercó con firmeza contra su pelvis para que no le quedara la menor duda sobre el efecto que producía en él. Introdujo la otra mano por debajo del impermeable y acarició uno de sus pechos firmes por encima del grueso jersey de lana. Entonces su boca, que no quería quedarse al margen de semejante banquete, resbaló por la suave piel de la mandíbula hasta el hueco de su garganta y empezó a mordisquear con delicadeza la larga columna de su cuello.

Un gemido ahogado escapó entre los labios sensuales antes de que ella se los mordiera para acallarlos, y aquel suave sonido lo llevó al borde de un abismo de locura, de donde lo rescató la voz asustada de Balu, acompañada por los ladridos de *Silver*:

—¡*Sahib* Kors, vamos a chocar!

Con una sonora blasfemia, el holandés hizo a Sol a un lado con brusquedad antes de aferrar la rueda del timón y girarla a tope, justo a tiempo para esquivar el pequeño velero que, de pronto, había aparecido en su trayectoria.

A pesar de los meses transcurridos Sol no había aprendido mucho holandés, pero, aunque no entendió la mayoría de las palabras, pasaron tan cerca de la otra embarcación que la cara enrojecida de su único tripulante y la manera en que agitaba el puño en el aire le hicieron saber que el tipo no estaba nada contento con aquel pequeño descuido.

Aturdida y con las piernas temblorosas, se dejó caer en el banco y oyó a Kors responder, esperaba que pidiendo perdón, aunque a juzgar por su expresión tormentosa y por la rudeza de su tono, no lo tenía tan claro. El holandés se pasó una mano no muy firme por los cortos cabellos rubios y, luciendo su ceño más torvo, ladró un par de órdenes que Balu y Gretje se apresuraron a obedecer antes de volverse hacia ella amenazador.

—¡Está claro que no puedo dejarte al mando!

La respiración de Sol empezaba a normalizarse, por lo que logró responder con un cierto grado de serenidad:

—Eso es bastante injusto, ¿no crees? Yo no te he pedido que me besaras.

—Te ofreciste a ayudarme —afirmó él como si eso lo explicara todo.

—Y ¿qué tiene que ver eso, con... —agitó las manos con un gesto expresivo— esto?

Kors volvió la vista al frente y corrigió el rumbo ligeramente.

—Te dije que estaba oxidado y que necesitaba practicar un poco.

—Practicar. Ja —replicó sarcástica—. Lo que has hecho ha sido liarla parda.

Él se volvió hacia ella una vez más y alzó una ceja con arrogancia.

—¿Yo? No sé por qué lo dices.

Sol meneó la cabeza con desaprobación.

—Te dije que te ayudaría con tu Fredrika, pero ahora... —Chasqueó la lengua muy descontenta.

—Ahora, ¿qué?

—Pues que ahora te deseo.

Aquella confesión sincera, aunque realizada con evidente fastidio, hizo que a Kors se le dispararan las pulsaciones.

—¿Y?

—¿Y? ¿Cómo que «y»? —preguntó enojada—. Pues que se va a estropear todo. Cuando nos acostemos, quiero decir.

Lo dijo con tanta seguridad que al holandés no le cupo la menor duda de que, antes o después, aquello con lo que apenas se atrevía a soñar iba a ocurrir de verdad, y notó que su corazón, lleno de júbilo, hacía un mortal en el interior de su pecho.

—Bah, no será para tanto. —Se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Créeme, lo sé por experiencia, todas mis historias acaban mal. Fíjate en Jeremy —añadió en voz baja.

—¿Jeremy? Eso no tiene nada que ver. No puedes culparte por lo que le pasó, hay un montón de cosas que escapan a nuestro control.

Ella meneó la cabeza con pesimismo.

—Sólo te aviso. Aún estás a tiempo de volver a retomar tu plan de liarle con Fredrika.

Kors fingió meditarlo y, al cabo de unos segundos, respondió con total seriedad:

—Creo que a efectos prácticos es mejor que sigamos como hasta ahora: nosotros tres y *Silver* en la granja. La presencia de otra persona podría resultar incómoda.

—Podrías irte a vivir con ella... —sugirió Sol servicial.

Ahora fue él el que movió la cabeza en una firme negativa.

—Estoy bien como estoy. De hecho, creo que resultará mucho más cómodo si tengo un lío contigo. Al fin y al cabo, ya nos conocemos y no tenemos que empezar con los fastidiosos principios; ya sabes, esas situaciones en las que tratas de ocultar a toda costa tu personalidad para intentar parecer alguien cien veces más encantador que el capullo que eres en realidad.

—Qué bonito, así que, según tú, lo mejor será que nos liemos porque yo conozco de sobra tu mal carácter y tú sabes de buena fuente que estoy un poco pirada.

—¿Un poco sólo? —Kors alzó una ceja burlón.

Sol puso los brazos en jarras y clavó los ojos verdes en él.

—Y, a pesar de saberlo, ¿te apetece liarle conmigo?

Él se encogió de hombros como si, en realidad, la cuestión no tuviera mucha importancia.

—Ya te he dicho que estoy un poco oxidado y, como habrás podido comprobar, me ha gustado besarte.

—Sí, claro que lo he notado. Entonces estás dispuesto a renunciar a tu Fredrika a las primeras de cambio, ¿no es así? —Frunció los labios con desaprobación.

Kors lanzó una mirada en dirección a los niños, que estaban sentados en la proa. Comprobó que estaban muy entretenidos haciendo nudos con unos cabos, ajenos por completo a su conversación, y prosiguió:

—Tú has dicho que me deseas, ¿no?

—Ajá.

—Tú me deseas, yo te deseo..., pues tengamos un lío. Es lo más lógico, ¿no crees? —Kors contuvo una sonrisa al ver su expresión de profunda melancolía y añadió como si se dirigiera a una niña pequeña —: Anda, venga, ya le daremos unas cuantas vueltas más tarde. Por ahora nos limitaremos a disfrutar del placer de navegar y, para que veas que no soy rencoroso, te dejo el mando otra vez. Pero nada de distraerse, ¿entendido?

Sol, sintiéndose un modelo de paciencia, se abstuvo de replicarle como se merecía. De un salto, se puso en pie y agarró de nuevo la rueda del timón con seguridad, al tiempo que alzaba un poco la barbilla, agradecida por la gélida brisa marina que refrescaba su rostro acalorado.

Capítulo 12

Navegaron un par de horas hasta llegar a una pequeña playa, completamente desierta, en la que se alzaba una hilera de alegres casetas pintadas con rayas verticales de colores, construidas encima de un armazón de madera diseñado para que la subida de la marea no las inundara.

—¡Ayúdame con el ancla, *nagini*!

Unos minutos después, *De Piraat*, bien protegido del viento, se mecía con tranquilidad frente a la pequeña medialuna de arena mientras la tripulación al completo —y un buen cargamento de provisiones— bajaba a tierra a bordo del *dinghy*.

Kors sacó un abultado llavero del bolsillo y abrió la puerta de una de las casetas de color azul y blanco. En el interior olía a cerrado y a humedad, y entre todos sacaron una mesa, varias sillas plegables y una barbacoa de buen tamaño que colocaron sobre la plataforma de tablones que hacía las veces de solario.

Mientras esperaban a que las brasas de carbón alcanzaran la temperatura adecuada para asar las hamburguesas, prepararon un aperitivo y las bebidas sin dejar de charlar y reír. En cuanto terminaron de comer, Balu y Gretje se fueron corriendo a explorar los alrededores con *Silver* pegado a sus talones, pero los mayores prefirieron quedarse donde estaban. Kors sacó un termo y sirvió café caliente en un par de vasos de plástico.

—Mmm. —Sol dio un sorbo con los ojos cerrados; entre el calor de la bebida y el que desprendía la barbacoa, se sentía en la gloria—. Debo reconocer que estás en todos los detalles, capitán Van Dijken. Está siendo un día perfecto.

—Me alegro de que estés disfrutando, te merecías un descanso después de tanto trabajo. No quiero que luego me acuses de ser un jefe esclavista.

Siguieron conversando tan a gusto y relajados como de costumbre, como si la escena que había tenido lugar a bordo del barco unas horas antes no hubiera ocurrido jamás.

Mucho más tarde, después de recogerlo todo y de volver a cerrar la caseta con llave, llamaron a los niños y regresaron a puerto.

Cuando Kors detuvo el coche frente a la casa de Gretje era ya noche cerrada. La niña y Balu dormían profundamente en la parte trasera del vehículo, así que Kors la cogió en brazos y se la entregó a su padre, que le dio las gracias en silencio para no despertarla. Al llegar a la granja, el holandés repitió la operación con Balu y lo depositó con delicadeza sobre su cama. Sol le quitó la ropa con rapidez y le puso el pijama sin que el pequeño, que estaba en un estado próximo al coma, se rebullera ni una sola vez.

Sólo los crujidos de los tablones de madera de la vieja granja interrumpían de tanto en tanto el silencio reinante. Incapaz de dormir, Kors agarró la almohada y, mascullando una maldición, la ahuecó con violencia. Llevaba más de dos horas dando vueltas en la cama sin que el sueño se dignara hacer acto

de presencia. Otra que tampoco parecía que fuera a hacer acto de presencia esa noche era aquella mujer enervante.

¡Pues iría él!, decidió desesperado; se presentaría en su dormitorio y le diría, muy tranquilo, eso sí, porque en esas cosas era mejor no perder los nervios, que cuando se quedaba en tener un lío, lo natural era ponerse a ello cuanto antes, y que qué era eso de irse a dormir y dejarlo con la miel en los labios. Que estaba muy feo hablar por hablar, que la gente se hacía ilusiones y que...

De pronto, le pareció oír un ruido. Se quedó inmóvil y contuvo el aliento temeroso de que tan sólo fueran imaginaciones suyas, pero no, ahí estaba otra vez: el sonido inconfundible de la puerta al cerrarse con suavidad y de unos pies descalzos que se acercaban con rapidez.

La oyó detenerse junto a la cama y, a la pálida claridad lunar que entraba por la ventana, vio volar por encima de su cabeza una prenda de ropa. Kors dedujo que debía de tratarse de una de sus viejas camisetas que ella usaba para dormir y empezó a hiperventilar. Una corriente de aire refrescó su espalda desnuda cuando Sol alzó las sábanas y se deslizó bajo ellas.

En esta ocasión, Kors no fingió que estaba dormido. Incapaz de aguantar por más tiempo aquella dolorosa incertidumbre, se volvió hacia ella decidido a aclarar las cosas de una vez para siempre.

—¡Anda que no has tardado, pensé que esta noche ya no venías!

—¿Esta noche? —susurró ella sorprendida—. ¿Sabías que suelo venir?

Kors dobló el codo y apoyó la cabeza sobre la mano para observarla mejor. Tan sólo el brazo desnudo de la joven sobresalía por encima de las sábanas, y no pudo evitar admirar el modo en que la luz de la luna contorneaba la suave curva del hombro con un filo de plata.

—¿Tú qué crees? —preguntó a su vez en un tono cargado de sarcasmo—. ¿Que caigo todas las noches en coma y no me entero de nada?

Sol, que lo miraba con la mejilla apoyada sobre la almohada, se apartó un corto mechón de pelo que había resbalado sobre su ojo.

—No sé. Como nunca has hecho ningún comentario, pensé que no te habías enterado.

—Pues sí, me he enterado. Ya lo creo que me he enterado. —Esta vez, su tono era cortante—. Así que espero que hoy no vengas tan sólo a aprovecharte de mi calor corporal. Te recuerdo que habíamos quedado en liarnos.

Ella asintió con la cabeza, muy seria.

—Claro, por eso estoy aquí. He pensado que lo mejor sería acabar con esto de una vez.

—¡Que viva el romance!... Cualquiera diría que estás hablando de una muela cariada que hay que extraer cuanto antes —rezongó él ofendido.

Los blancos dientes de Sol destellaron en la oscuridad cuando sonrió.

—Le recuerdo que nadie ha hablado de romance, capitán Van Dijken.

Aquel comentario le dolió; sin embargo, se rehízo y replicó con aparente indiferencia:

—Es sólo una forma de hablar, pero como veo que no quieres perder tiempo, será mejor que nos dejemos de cháchara.

Kors extendió el brazo, deslizó la palma callosa por la suave piel de su hombro con lentitud y la notó estremecerse bajo su contacto.

—Kors...

—¿Qué pasa ahora? Pensé que no querías hablar.

—Es sólo... —empezó titubeante.

Con un profundo suspiro de resignación, el holandés tomó la pequeña mano que reposaba sobre el colchón, entrelazó los dedos con los suyos y le dijo con desacostumbrada amabilidad:

—Dime qué es lo que te preocupa.

—Verás —notó que los dedos esbeltos apretaban los suyos con fuerza antes de continuar—, siempre he sido mucho más liberal que mi hermana Luna respecto a las relaciones sexuales, pero, no sé por qué, esta vez siento que al desearte traiciono a Jeremy de alguna manera.

—No tiene nada que ver. Tú misma lo has dicho: relaciones sexuales. Es sólo sexo; no es como si sintieras algo de tipo amoroso por mí o... o yo por ti. —Le pareció oír una burlona risita celestial, pero no hizo caso.

—Pero ¿y si luego te hiero de alguna manera? Lo último que quiero es hacerte daño.

Sin soltarla, Kors explicó en un paciente tono didáctico:

—Sol Lawrence, te recuerdo que soy mayor de edad y he visto bastante mundo. Sé bien dónde me estoy metiendo. —¿De verdad lo sabía? Esa vez, la risa celestial se convirtió en una sonora carcajada.

Sin embargo, sus palabras, que él mejor que nadie sabía lo falsas que eran, parecieron reconfortarla.

—Bueno, en ese caso... —Sol se alzó sobre los antebrazos y lo besó con una provocativa suavidad que borró de un plumazo sus propios temores.

«¡Qué diablos, después de todo, mañana será otro día!», se repitió su frase favorita al tiempo que le devolvía el beso con avidez.

Mucho más tarde, notó que ella trataba de liberarse con suavidad del peso de su brazo, que descansaba sobre su cintura. Habían hecho el amor en dos ocasiones y Kors apenas había dormido en toda la noche, saboreando el placer de sentir la suave respiración femenina contra su pecho. Se sentía inmensamente feliz, aunque era del todo consciente de que la había cagado sin paliativos. Incluso creyó oír de nuevo el irritante regocijo divino; casi podía ver a su Amigo sacudiendo la poderosa cabeza de blanca cabellera con recochineo.

Como ya imaginaba, Sol Lawrence en la cama era una auténtica bomba nuclear. Aquella mezcla explosiva de pasión, risas y lujuria sin disimulos haría perder la cabeza a un eunuco ciego y a él —que ni era eunuco y que presumía de tener vista de halcón— lo había desarmado por completo. Era consciente de que aquella noche marcaría un antes y un después en su existencia y no quería ni pensar en una vida de la que aquella *nagini* ardiente no formara parte.

Con un rápido movimiento, se inclinó sobre sus labios y susurró pegado a ellos:

—¿Adónde crees que vas?

—¿Te he despertado? —Ella también hablaba en susurros—. Perdona, pero tengo que irme, está amaneciendo.

Muy despacio, el holandés recorrió con la yema del pulgar un sendero invisible desde la sien hasta la mandíbula.

—¿Y? —Su tono era de lo más sugerente.

—Que debo volver a mi habitación antes de que Balu se despierte y nos pesque... ¡No hagas eso! —protestó sin poder reprimir un estremecimiento al sentir los blancos dientes masculinos mordisqueando su hombro—. ¡Kors Van Dijken, detente ahora mismo! Tengo que irme.

—¿Por qué? —Ni siquiera se molestó en levantar la cabeza mientras proseguía con su enloquecedor recorrido por la clavícula y la base del cuello—. Te aseguro que Balu ha visto cosas mucho más fuertes en su corta vida.

Sol cerró los ojos unos segundos, más que tentada de dejarse llevar. Debía reconocer que aquel hombre gozaba de una maestría en las artes amatorias fuera de lo común; se moría de ganas de volver a hacer el amor con él. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad, pero al fin consiguió recuperar el control y, apoyando las palmas de las manos contra su pecho, lo apartó con firmeza.

—No lo dudo, pero no quiero que se haga ilusiones. Ya oíste el otro día ese parloteo de padres y madres. Yo sólo estoy de paso, no sería bueno que nos asociase como una presencia permanente en su vida.

Una vez más, su aparente indiferencia le produjo un agudo dolor que al instante se convirtió en una rabia sorda. Enojado, se colocó encima de ella inmovilizándola con el peso de su cuerpo y enmarcó su rostro con ambas manos.

—¿Qué tiene de malo? ¿Acaso sería tan horrible? —Su ceño fruncido resultaba más amenazador que de costumbre.

A pesar de que no podía moverse y de que podía notar su manifiesta excitación rozando su vientre desnudo, Sol no sintió el menor temor.

—Por supuesto que no sería horrible, pero no sería real. No estoy dispuesta a que Balu sufra por mi culpa, así que lo mejor para todos será seguir con el plan establecido.

—¿El plan? —Aquel cálido cuerpo debajo del suyo le impedía pensar, por lo que, sin saber muy bien lo que decía, Kors bajó la cabeza y la besó de lleno en los labios.

—Sí..., el... el plan —respondió ella de manera entrecortada cuando consiguió apartar la boca en un heroico acto de voluntad—. Podemos estar juntos por las noches, pero de día todo seguirá como hasta ahora.

Kors se inclinó sobre uno de sus pechos.

—Mmm... —Concentrado de lleno en las suaves curvas mientras trazaba un círculo de besos ligeros alrededor de cada una de las areolas, comentó con calma—: Creo que no me gusta nada ese plan.

Inerme ante sus caricias, Sol se arqueó contra él incapaz de reprimir un gemido de placer. Asustada por su falta de firmeza, entabló una denodada lucha consigo misma y consiguió recuperar el juicio antes de que la cosa continuara por aquellos peligrosos derroteros.

—¡Kors Van Dijken, te ordeno que me sueltes ahora mismo! Si no lo haces —su voz adquirió un tinte claramente amenazador—, nuestro *lío*, como te gusta llamarlo, acabará aquí y ahora.

Aunque no la soltó, sus palabras le hicieron alzar la cabeza al instante y, sin apartar los ojos de su rostro, preguntó con evidente descontento:

—Entonces ¿no podré tocarte cuando me apetezca?

—¡No!

—¿Ni siquiera darte un beso miserable?

—Ni siquiera. —Negó con la cabeza, inflexible.

—¡Como pille al bastardo ese de Tántalo le voy a cortar los huevos!

Los ojos verdes lo miraron perplejos.

—¿Puede saberse de qué estás hablando ahora?

—Nada, cosas mías. Está bien. Si quieres irte, vete. —Se apartó de ella y rodó hacia su lado de la cama, dándole la espalda del mismo modo en que lo haría un niño enfurruñado—. Aprovecharé para dormir un poco, que hay que ver cómo roncas.

Sol, que en ese momento buscaba su camiseta por el suelo de la habitación, se irguió muy ofendida.

—¡Yo no ronco!

—Roncas. Igual que una locomotora. De las de vapor.

—Eres un idiota. Adiós.

Encontró la prenda al otro lado de la cama, se la puso con rapidez y ya se disponía a salir cuando la voz del holandés la detuvo junto a la puerta.

—Una última cosa.

Sol se giró con curiosidad y, a la tenue luz del amanecer, lo vio sentado con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Apenas se había molestado en taparse un poco con las sábanas y, con el poderoso pecho moreno desnudo, los rubios cabellos muy despeinados y una sonrisa jactanciosa que dejaba al descubierto los bonitos dientes blancos, lo encontró completamente irresistible, a pesar de lo cual alzó la barbilla en el aire en un claro desafío.

—¿Sí?

—Recuerda —la señaló con la punta del dedo índice—: el semental nocturno te espera esta misma noche en el mismo lugar y a la misma hora. No faltes.

Sol meneó la cabeza exasperada, aunque fue incapaz de reprimir una sonrisa.

—Definitivamente, eres un idiota —afirmó antes de salir del dormitorio y cerrar con suavidad.

Kors se quedó mirando la puerta cerrada con fijeza y se dijo que sí, que ella tenía toda la razón: era un auténtico idiota.

Llegó y pasó el día de la fiesta, que resultó, como Kors había planeado, uno de los eventos más espléndidos del año. Los medios de comunicación se hicieron eco del acontecimiento, y a lo largo de muchas semanas casi no se habló de otra cosa en todos los programas y revistas de cotilleos del pequeño país.

El éxito del nuevo diseño de vajilla superó todas las expectativas, hasta el punto de que el holandés se vio obligado a doblar los turnos de producción. Sin embargo, el estado de dicha permanente que experimentaba Kors Van Dijken durante aquellos días no era debido al elevado número de pedidos ni a la extensa lista de espera, que se alargaba durante meses, que garantizaban el futuro de la fábrica; tampoco a las felicitaciones de Noach, de su hermana y de Adriaan; ni siquiera a los inusuales —y bastante extravagantes— cumplidos de su padre.

Aquella sensación de felicidad absoluta que nunca antes había experimentado tenía una sola causa, y ésta, a su vez, tenía un nombre: Sol Lawrence.

Desde la primera noche en que hicieron el amor, ella no había faltado ni una sola vez a aquella especie de cita nocturna. Muchas de esas noches se habían amado hasta el amanecer, pero en vez de saciarse, Kors, al igual que un drogodependiente que no piensa en nada que no sea el próximo chute, cada vez necesitaba más.

Durante el día trataba de mantener aquel simulacro de indiferencia que habían acordado, pero le costaba Dios y ayuda tener las manos lejos de ella. Había momentos en los que el deseo de besarla se volvía tan intenso y el esfuerzo que tenía que hacer para controlarse era tan grande, que su frente se cubría con un sudor frío y le temblaban las manos como si estuviera enfermo. Sin embargo, no siempre conseguía contenerse.

En más de una ocasión, se había pasado por el despacho de Sol con la excusa de comentar alguno de los bocetos y, si la encontraba a solas, cerraba la puerta a su espalda con mucho cuidado y la obligaba a dejar lo que fuera que estuviese haciendo de un modo un tanto brusco antes de apretarla contra la pared y empezar a besarla con un ardor que nada parecía enfriar.

Cada vez que ocurría, ella trataba de mostrarse severa, y lo conseguía al menos unos segundos, pero enseguida lanzaba una alegre carcajada, le echaba los brazos al cuello y respondía a sus caricias con tanta pasión que en más de una ocasión casi habían llegado al punto de no retorno. Cuando después de varios intentos lograban separarse al fin, sofocados y jadeantes, intercambiaban una sonrisa cómplice y ambos tenían que hacer un esfuerzo hercúleo para continuar con su trabajo como si nada hubiera ocurrido.

«Esta *nagini* me tiene cogido por los huevos —se decía cada vez que se pillaba a sí mismo contando los minutos que faltaban para volver a verla—. Estoy enamorado, sí, enamorado y completamente acojonado.»

Como buen marino —y aunque él opinaba exactamente lo contrario—, Kors Van Dijken era bastante supersticioso, y estaba convencido de que aquel estado de cosas no podía durar mucho más. Una sensación de desgracia inminente de la que no podía sustraerse por mucho que lo intentara lo acompañaba incluso en los momentos más perfectos.

Para empezar, porque ninguno de los dos había hablado en ningún momento de sentimientos. Él no tenía la menor duda respecto a los suyos: amaba a Sol Lawrence con locura, admiraba su coraje, su manera de reinventarse cada vez que el destino le escupía en la cara, siempre con una sonrisa desafiante en los labios. Le encantaba la pasión que ella ponía en todo lo que hacía, la ternura que mostraba con Balu, el modo en que se abandonaba en sus brazos y exprimía el placer hasta la última gota sin avergonzarse jamás. Así y todo, en ningún momento se había atrevido a darle ni siquiera una mínima pista de lo que albergaba en su corazón. Estaba convencido de que, si le hablara de amor, ella se revolvería igual que un potro asustado y saldría corriendo a galope tendido, y eso era lo último que quería. Tal vez nunca lo amase como a él le gustaría, pero tenía una cosa muy clara: no estaba dispuesto a perderla.

Así que había optado por dejar pasar el tiempo mientras esperaba un milagro —aunque estaba seguro de que su Amigo racionaba aquellos prodigios con la misma tacañería con la que un avaro se desprendía de sus monedas— y, en tanto éste se producía o no, estaba decidido a disfrutar de cada segundo que pasaran juntos.

Por eso, cuando aquella mañana, mientras discutían acaloradamente sobre algunos detalles de la nueva línea de juegos de desayuno individuales —justo después de haber intercambiado unos cuantos besos achicharrantes de esos que los dejaban temblorosos a ambos—, la recepcionista lo llamó por el interfono y anunció que la señorita Lawrence tenía una visita, Kors supo con una certeza aplastante que lo que tanto había temido, aunque no tenía ni idea de qué podía tratarse, estaba a punto de ocurrir.

Sus dedos se cerraron con fuerza en torno al auricular y, con el estómago encogido y una aspereza que rara vez utilizaba con sus empleados, ordenó a la joven que acompañara a la visita de la señorita Lawrence hasta su despacho.

—¿Qué ocurre, Kors? —A Sol no le había pasado por alto su repentina rigidez.

—Nada. —Le quitó importancia con un gesto de la mano, aunque su voz sonó más ronca que de costumbre—. Al parecer, tienes una visita.

—¿Una visita? ¿Yo?

En ese momento se abrió la puerta, y la recepcionista se hizo a un lado para dejar pasar al hombre que iba con ella.

—Señor Van Dijken, el teniente Jay Farrell, de la marina norteamericana, desea hablar con la señorita Lawrence.

Sol se quedó mirando a aquel imponente moreno que debía de rozar los dos metros de altura llena de extrañeza. Si bien el recién llegado, con aquel tamaño y el parche negro que cubría su ojo izquierdo, resultaba alguien difícil de olvidar, no le sonaba de nada; pero se dijo que quizá su falta de reconocimiento era otra consecuencia más del golpe que había recibido en la cabeza.

El hombre se quedó un buen rato frente a ella con las largas piernas ligeramente separadas y las manos cruzadas por detrás de la espalda, sin dejar de examinarla con su ojo de un helado azul pálido con una fijeza que rayaba en la mala educación, hasta que Kors decidió que había llegado el momento de intervenir y rompió el tenso silencio:

—Buenos días, teniente Farrell, ¿le importaría enseñarme algún documento que acredite su identidad? Verá, no es que dude de su palabra, pero en vista de que no lleva uniforme y de que en realidad no lo conocemos de nada...

El teniente pareció despertar de un sueño. Al instante, se volvió hacia él y empezó a tantear en el bolsillo interior de su chaqueta, hasta que dio con una cartera bastante abultada de la que sacó un carné que le tendió en el acto.

Kors comprobó el documento con atención antes de devolvérselo.

—Les ruego que me disculpen —el recién llegado habló por fin—, pero a pesar de que la señorita Lawrence lleva el cabello corto, el parecido es tan extraordinario que por un momento me he quedado atónito.

—¿Qué quiere decir, teniente?

—¿Parecido? —preguntó Sol al mismo tiempo.

—Con su hermana Luna, por supuesto.

De pronto, a Sol se le ocurrió que quizá aquel tipo estaba investigando la muerte de su hermana. No sabía cómo había podido dar con ella, pero si lo había conseguido era más que posible que otros individuos menos recomendables lo hicieran también, ¿o tal vez era él mismo uno de aquellos individuos poco recomendables? Tragó saliva y procuró parecer calmada.

—¿Conocía a mi hermana?

Por primera vez desde que había entrado en el despacho, en los firmes labios masculinos se dibujó una amplia sonrisa que cambió su expresión por completo, otorgándole un atractivo fuera de lo común. Al verla, Sol se vio obligada a sonreír a su vez, y supo en lo más profundo de su ser que aquel hombre no era un sicario enviado para deshacerse de ella.

—A pesar de que sólo llevamos unos pocos meses casados, yo diría que la conozco bastante bien. —Su único ojo destelló con un brillo peculiar.

—¿Casado con... con Luna? —Sol movió la cabeza sin comprender, aturdida por una violenta ráfaga de dolor. ¿Qué pretendía aquel teniente salido de no se sabía dónde? ¿Volverla loca?—. Me temo que ha habido un terrible error. Mi hermana Luna... mi hermana...

Al ver el modo en que le temblaban los labios, Kors acabó la frase por ella:

—Lamentablemente, la hermana de la señorita Lawrence falleció hace unos meses en...

El militar, cuyo rostro había recobrado su impenetrabilidad en cuanto ella empezó a hablar, lo interrumpió con brusquedad sin ni siquiera mirarlo:

—Señorita Lawrence, puedo asegurarle que su hermana estaba en perfectas condiciones cuando me despedí de ella ayer en el aeropuerto de Jerez.

Las mejillas de Sol perdieron de golpe cualquier vestigio de color y, convencido de que iba a desmayarse, Kors se apresuró a rodear su cintura con el brazo para sujetarla.

Ella notó que se le nublaba la vista, pero se aferró con todas sus fuerzas al faldón de la chaqueta de Kors y logró balbucear con voz débil:

—Luna... ¿está... está viva?

—Le doy mi palabra de honor, señorita Lawrence, de que su hermana Luna está viva y en perfecto estado de salud.

Capítulo 13

Jerez de la Frontera, unos días antes

El teniente Farrell, al que apenas le quedaban unos pocos meses más para abrazar la vida civil después de haberse alistado en el ejército a los diecisiete años, leyó una vez más el informe que acababan de enviarle. No era la primera vez que algún elemento de la extensa red de informadores que había tendido por la mayoría de los países del mundo avisaba de que había creído reconocer a Sol Lawrence de Mendoza en alguna parte. Había recibido informes de lugares tan dispares como Cali, Boston o Papúa Nueva Guinea, y se había molestado en investigar todas y cada una de aquellas pistas, aunque, hasta ahora, no habían dado ningún resultado.

Desde el principio había descartado contarle a Luna nada de aquellos presuntos avistamientos; a pesar de que se mostraba reacia a hablar del tema, Jay era consciente de que el duelo por su melliza continuaba, hasta el punto de que muchas noches se había visto obligado a despertarla de una pesadilla. Cada vez que aquello ocurría, él la estrechaba con fuerza contra su pecho y la obligaba a contarle hasta el último detalle de su sueño. Un sueño que, sin apenas variaciones, se repetía casi cada noche.

Ambas se encuentran en una cueva en la que la única claridad proviene de una hendidura en la pared del acantilado que se va haciendo más y más diminuta a medida que se acerca la pleamar. Sol está tumbada en el suelo rocoso envuelta en una especie de sudario de colores que la mantiene atrapada en una inmovilidad alarmante; entonces Luna chilla histérica, tratando de avisarla de la subida de la marea, pero su hermana no la oye y sus párpados continúan cerrados a pesar de que el agua salada comienza a lamer la tela brillante que envuelve sus pies.

De pronto, Sol abre los ojos, que arden con un inquietante fulgor, y los clava en ella suplicándole con voz apenas audible:

—¡Luna, ayúdame!

Desesperada, ella trata de acercarse para liberarla, pero es como si habitara en una dimensión diferente en la que ni su voz ni su cuerpo pudieran rozarla. Incapaz de llegar hasta donde está su melliza, se limita a contemplar con impotencia la marea imparable, que ya le llega hasta la cintura. Justo cuando casi alcanza el cuello de Sol, el agua empieza a hervir con un borboteo ensordecedor y una extraña criatura, mitad dragón, mitad serpiente, surge de algún abismo olvidado con un potente rugido, atrapa el cuerpo de su hermana entre sus fauces y desaparece con ella en las profundidades marinas.

Aunque pudiera parecer extraño en un hombre tan pragmático como él, el teniente creía firmemente que los sueños de su mujer tenían una cualidad premonitoria que no convenía pasar por alto. ¿Acaso Luna no había soñado desde que era una niña con un pirata que la perseguía sin descanso? Y aquel sueño se

había hecho realidad: él, Jay Farrell, era aquel pirata de parche negro en el ojo que no había parado hasta hacerla suya.

No sabía por qué, pero esas pesadillas que la hacían gemir y revolverse inquieta —hasta que él se veía obligado a despertarla y Luna enterraba el rostro en su pecho para ahogar los violentos sollozos que la sacudían— lo hacían mantener la esperanza de que Sol estuviera viva o, al menos, de conseguir recuperar su cuerpo. Era consciente de que en ambos casos las probabilidades eran tan ínfimas que sería prácticamente un milagro, pero aun así investigaba hasta el menor indicio que recibía a través de sus colaboradores.

Hacia varios meses le había llegado un nuevo soplo a través de la gendarmería marroquí. Al parecer, tras ojear uno de los numerosos folletos con fotos de personas desaparecidas que circulaban por todas las comisarías del mundo, un agente había creído reconocer a Sol en una mujer que viajaba a bordo de un catamarán en compañía de un hombre blanco, un niño hindú y un perro cojo.

A las pocas semanas, otro agente de aduanas del Aeropuerto Internacional de Tánger-Ibn Batouta también creyó reconocerla, aunque no estaba seguro de que viajara en compañía de un niño y un hombre que había facturado un transportín con un perro en ese mismo vuelo. Lo que estaba claro era que, si se trataba de Sol Lawrence, desde luego viajaba con otro nombre. Al parecer, había volado a Ámsterdam, y ahí se había perdido su pista una vez más.

Tanto la ubicación como el hecho de que viajara en una embarcación hacían que ese testimonio resultara mucho más creíble. Pero cuando el teniente se desplazó a Tánger para hacer las averiguaciones pertinentes fue como si se los hubiera tragado la Tierra; incluso había desaparecido cualquier rastro del barco. Algo que no resultaba tampoco demasiado extraño, puesto que el país estaba lleno de talleres clandestinos donde lo más probable era que le hubieran cambiado el nombre y la matrícula o, incluso, que lo hubieran desguazado para vender las piezas sueltas.

De todas formas, habló con el hombre que había dado la voz de alarma y le enseñó algunas fotos antiguas de Sol. El tipo parecía bastante seguro de que se trataba de la misma mujer, a pesar de que, según comentó, ahora llevaba el pelo mucho más corto.

El propio Farrell había visionado durante horas numerosas cintas de seguridad, pero a pesar de que en una de ellas se podía apreciar la espalda de un hombre fornido con una larga coleta rubia en compañía de un niño de piel oscura, no encontró ni rastro de la mujer. Era como si ella hubiera esquivado a propósito la omnipresente vigilancia de las cámaras de seguridad.

Tampoco entonces le había comentado a Luna las novedades, consciente de que resultaría demasiado doloroso para ella crearse expectativas que lo más probable era que no tuvieran el menor fundamento. Sin embargo, en esa ocasión contaba con una prueba mucho más consistente.

Poco después de su viaje a Tánger, había solicitado información sobre el tipo de la melena rubia, pero al no tratarse de un caso prioritario no había recibido respuesta hasta varios meses más tarde. Uno de sus agentes en Europa le había enviado un dossier repleto de datos en el que había incluido un recorte de periódico sobre un evento social que había tenido gran repercusión en los medios de comunicación holandeses: el lanzamiento del nuevo diseño de vajilla de una fábrica de porcelana de fama internacional. La fotografía en color mostraba al dueño de la fábrica, un hombre alto y rubio, que, aunque ahora llevaba el pelo mucho más corto y se había afeitado la barba, había reconocido en el acto como al hombre del aeropuerto que viajaba con el niño de color, acompañado por dos conocidos empresarios del país y una

actriz famosa. Pero lo que en realidad había llamado la atención de Jay fue el perfil de una mujer en una de las esquinas. A pesar de la falta de nitidez de la imagen, le resultó vagamente familiar, y su instinto lo puso en guardia al instante.

Había buscado en internet otras fotografías del evento, pero pese a que en algunas se podía apreciar de pasada la tela roja de su vestido, un hombro o algún otro detalle que parecía pertenecer a esa misma mujer, una vez más daba la sensación de que ella se había tomado muchas molestias para esquivar los objetivos de los *paparazzi*. De todas formas, había tenido otra de esas corazonadas a las que siempre prestaba atención, y ya tenía un billete de avión para el día siguiente en su bolsillo.

En ese momento, se abrió la puerta de la pequeña habitación que le servía de estudio, y cerró la tapa del portátil en el acto.

—¿Tratando de ocultar algún secreto inconfesable, teniente Farrell?

Luna, que acababa de llegar de trabajar del despacho de abogados que había montado en Jerez unos meses antes, se inclinó sobre su silla y lo abrazó por la espalda.

—¿Una amante, quizá? —insistió ella, dejando un reguero de besos ligeros sobre su cuello.

Con un suspiro de placer, su marido cerró los ojos, echó la cabeza hacia un lado y le dejó vía libre.

—¿De veras crees, Mrs. Farrell, que, después de las noches y las mañanas que paso a tu lado, me sobra energía para gastarla en otra mujer?

—Más te vale —advirtió amenazadora sin dejar de mordisquear esa provocativa nuca morena que el corte militar dejaba al descubierto.

Jay la agarró de la cintura y, con un movimiento rapidísimo, la sentó sobre su regazo y empezó a besarla como si hubieran transcurrido un par de siglos y no unas horas tan sólo desde la última vez que la había estrechado entre sus brazos.

—¿Te he dicho hoy cuánto te quiero? —musitó con voz ronca pegado a sus labios.

—Creo que sólo un par de veces esta mañana. —Luna acarició mimosa los cortos cabellos.

—Te quiero, Luna Lawrence de Mendoza. —Y se inclinó de nuevo sobre su boca.

Mucho más tarde, alzó de nuevo la cabeza, enmarcó el rostro femenino con sus grandes manos y, con su ojo azul pálido clavado en los iris verdes, repitió:

—Te quiero, Mrs. Farrell.

Luna le lanzó una sonrisa cargada de dulzura y pensó, como lo había hecho tantas veces en los últimos meses, que a pesar de su aspecto imponente y de ese amenazador parche negro que cubría la cuenca vacía, no entendía cómo había podido sentir temor de su guapísimo marido en algún momento.

—Yo también te quiero, teniente Jay Farrell. —Mordisqueó su labio inferior con gula antes de apartarse y comentar con un brillo malicioso en los ojos—: A pesar de esos secretillos que me ocultas...

—Ya sabes, cosas del trabajo.

Luna cogió uno de los numerosos folios que había esparcidos por encima de la mesa y examinó el boceto, plagado de cifras y apuntes ininteligibles, con atención.

—Me temo que, aunque fuera una espía dispuesta a robar los planos secretos de tu nuevo transmisor, no sabría por dónde empezar.

La ajustada falda de tubo del traje de chaqueta gris se le había subido hasta medio muslo de manera muy sugerente, y Jay, incapaz de reprimirse, deslizó la palma de la mano por la suave piel que quedaba al descubierto.

—Estás muy sexi, Mrs. Farrell, estoy seguro de que a tus clientes les cuesta concentrarse cuando te tienen delante.

—¿No estarás celoso, teniente?

—Siempre —afirmó él antes de abalanzarse sobre su boca.

Luna le echó los brazos al cuello una vez más y le devolvió el beso, y siguieron besándose apasionadamente hasta que, con un poderoso impulso, él se levantó de la silla con ella en brazos y se dirigió al dormitorio.

—Jay, ahora no podemos —susurró de mala gana contra su boca—, tengo la cena en el fuego.

Sin soltarla, el militar se desvió hacia la cocina, apartó el cazo con la pasta a medio hacer y apagó la vitrocerámica.

—Problema resuelto.

—Con lo que he trabajado para poder alimentarte... —Su mujer hizo un puchero conmovedor.

—Me temo que la cena tendrá que esperar, Mrs. Farrell, estoy hambriento, sí, pero de otro tipo de alimentos. —Aquella voz ronca y acariciadora pegada a su oreja le erizó el vello de la nuca, y Luna se dejó llevar hasta su dormitorio sin oponer la menor resistencia.

Un poco más tarde, Jay, vestido tan sólo con un bóxer blanco, regresó al dormitorio con una bandeja en la que había dispuesto una botella de vino, un par de copas, queso, pan, jamón ibérico y unas servilletas.

Luna se había puesto la camiseta que él había arrojado al suelo con descuido unos minutos antes y que le quedaba inmensa y lo esperaba sentada con las piernas cruzadas, más que dispuesta a hacer un pícnic entre las sábanas. Los iris verdes recorrieron apreciativos aquel cuerpo excepcional, pese a las terribles cicatrices que desfiguraban su pecho, antes de desviarse hacia la bandeja.

—Bien, estoy hambrienta. —Examinó el contenido encantada antes de guiñarle un ojo con picardía—. El único detalle que te ha faltado es una rosa solitaria.

—Me temo que no he encontrado ninguna rosa, pero espero que te conformes con esto.

Cogió una ramita de perejil que había ocultado debajo de uno de los platos y se la tendió con una elaborada reverencia.

Sin poder esconder una enorme sonrisa, Luna se la llevó a la nariz, aspiró con fruición y comentó con un coqueto aleteo de pestañas:

—¿Quién me iba a decir a mí que el impasible teniente Farrell, al que tanto temí en una época lejana de mi vida, iba a resultar un marido tan romántico?

—¿Quién me iba a decir a mí que iba a volverme loco por la impertinente y no siempre sincera Luna Lawrence de Mendoza?

Al oírlo, ella no pudo contener la risa. En efecto, nadie que hubiese estado presente el día en que se conocieron ni las subsiguientes semanas, en las que se vieron obligados a vivir juntos, habría imaginado jamás que el teniente Farrell y ella acabarían casados apenas unos meses más tarde. La misión de Jay había consistido en protegerla mientras trataba de averiguar quién o quiénes habían asesinado al soldado Jeremy Lions y por qué motivos, al tiempo que buscaban pistas sobre el paradero de su hermana, y su convivencia había sido de todo menos pacífica, a pesar de la intensa atracción que había surgido entre ellos casi desde el principio, o quizá debido a esa misma atracción, que ninguno de los dos parecía dispuesto a admitir.

Podía decirse que aún se estaban conociendo. Luna cada día descubría en su marido una nueva faceta que admirar que la hacía enamorarse un poco más y, a juzgar por las veces que levantaba la cabeza y lo sorprendía mirándola con expresión apasionada, el sentimiento era mutuo.

Además, estaba segura de que no habría sido capaz de enfrentarse a la muerte de su hermana sin la presencia, paciente y consoladora, del militar a su lado. Incluso ahora, muchos meses más tarde, era el calor de su cuerpo y sus palabras tranquilizadoras cuando la estrechaba contra sí tras haber tenido una de esas pesadillas que poblaban sus noches lo que la hacía mantener la cordura.

—Mañana salgo de viaje.

Sus palabras la arrancaron con brusquedad de sus pensamientos.

—¿Otra vez? —Lo miró sin ocultar su desilusión—. Había pensado ir a pasar el fin de semana a la casa de El Palmar.

—Vete tú y me reuniré contigo el sábado por la tarde.

—Estoy empezando a pensar que, en efecto, tienes otra familia escondida en algún rincón del planeta. —De pronto, se le ocurrió una cosa que hizo que se le pasaran las ganas de bromear en el acto—: No vas a correr ningún riesgo, ¿verdad?

Farrell agarró la mano que descansaba sobre las sábanas y la apretó con ternura.

—Sabes que ya no intervengo en misiones peligrosas. No soy más que un pobre soldado tuerto en la reserva y, dentro de poco, ya ni eso.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Tú de pobre soldado tuerto no tienes un pelo. Cada vez que me encuentro al comandante Anderson en uno de los eventos de la base me cuenta con pelos y señales alguna de las misiones en las que interviniste, algo que, por cierto, me impide dormir bien durante el resto de la semana, y siempre acaba con la misma coletilla: «Es una verdadera lástima que el teniente Farrell se haya retirado del servicio activo». —La imitación del acento americano de su superior era tan perfecta que Jay no pudo reprimir una sonrisa, pero entonces Luna apartó la mirada y terminó con voz suave—: Me da miedo que eches de menos esa vida llena de peligros y que te acabe convenciendo para que vuelvas.

Jay cogió de nuevo la bandeja y la dejó en el suelo, luego se puso de rodillas sobre el colchón y la obligó a incorporarse también.

—Luna Lawrence de Mendoza —su rostro severo, muy cerca del suyo, habría asustado a más de un recluta—, te dije cuando nos casamos que me retiraría de la primera línea de fuego, ¿no es así?

Luna asintió en silencio, sin embargo, los expresivos ojos verdes le dijeron a Farrell que seguía pensando que, antes o después, se aburriría con la vida apacible que llevaban y suspiraría por embarcarse de nuevo en alguna de aquellas peligrosas operaciones.

—Crees que echaré de menos aquellos subidones de adrenalina, ¿verdad? —Ella se encogió de hombros y continuó sin decir nada—. ¿Qué pensarías si te dijera que ninguna de esas misiones me ha hecho sentir jamás una emoción comparable al hecho de estrecharte entre mis brazos?

Luna rompió al fin su silencio:

—Pensaría que mientes, aunque sé que lo harías con buena intención.

—¡Buena intención! —Jay tiró de ella con rudeza y la hizo caer contra su cuerpo.

Al sentir pegada a su vientre la dureza inconfundible que la fina tela de la camiseta no podía disimular, una exclamación de sorpresa escapó de los labios de Luna.

—Lo has notado, ¿no es cierto? —dijo él con voz ronca—. Estoy muerto de hambre, acabamos de hacer el amor hace menos de un cuarto de hora y en lo único que puedo pensar ahora mismo es en hacerte mía de nuevo. —Introdujo la mano por debajo la camiseta y acarició una de sus nalgas desnudas con suavidad.

Luna trató de no dejarse distraer, aunque su pulso se había convertido en un martilleo acelerado.

—Eso es lujuria, Jay Farrell, pasará.

—Así que eso es lo único que sientes por mí, Luna Lawrence: simple lujuria. —La mano izquierda siguió a su compañera y se detuvo sobre la otra nalga.

—Bueno... —a Luna le costaba respirar—, no tan simple. Además, las mujeres somos diferentes.

La cálida mano del militar siguió subiendo y se posó sobre uno de sus senos.

—Mmm, en eso te doy la razón. Muy diferentes. —Y, sin poder contenerse un segundo más, empezó a besarla con fiereza.

Al notar su propia excitación, Luna se dijo que quizá, en el fondo, no eran tan diferentes, pero un nanosegundo después sus preocupaciones, el viaje, la cena y todo lo que no fueran las caricias apasionadas de su marido se borraron de su mente por completo.

El mar reflejaba el tono plomizo del cielo y el viento rizaba las olas levantando chorros de espuma. Luna aspiró con deleite el olor característico del océano. Le encantaba la playa desierta —salvo por la compañía de alguna que otra gaviota solitaria y gritona— en los días de invierno, y adoraba perder la mirada en el horizonte durante horas, dejando que la brisa salada revolviera sus cabellos.

Sentada sobre la arena húmeda cerca de la orilla, se abrazó a sus piernas tratando de entrar en calor. Acababa de darse un baño, y fuera del agua hacía aún más frío que dentro. A pesar de que se había apresurado a cambiar el bikini mojado por unos pantalones y un grueso jersey de lana, tenía la melena empapada y se estaba quedando helada.

«Será mejor que vuelva —se dijo sin muchas ganas—. Jay debe de estar a punto de llegar.»

Su marido llevaba poco más de un día fuera de casa, pero lo había echado de menos de una manera terrible, en especial la noche anterior. Había vuelto a tener una de aquellas pesadillas, pero en esta ocasión había sido particularmente inquietante; tanto, que todavía notaba un vago desasosiego que ni siquiera el largo baño en el mar había logrado calmar.

—¡Luna! —La voz grave de Jay resonó por encima del estruendo del oleaje.

Al oírla, ella se levantó de un salto con una exclamación de placer y corrió a su encuentro todo lo rápido que le permitía la arena pastosa.

—¡Jay!

Lo recibió como solía: en un único movimiento se lanzó a sus brazos, entrelazó las manos detrás de su nuca y enroscó las piernas alrededor de su cintura. Su marido, encantado con aquella entusiasta bienvenida, la besó de lleno en la boca y la estrechó con tanta fuerza que ella se vio obligada a protestar, medio asfixiada.

—¡Me vas a aplastar!

El teniente aflojó un poco su abrazo, pero no la soltó.

—Te he echado de menos, Mrs. Farrell.

—Te he echado de menos, teniente.

Se quedaron en silencio unos minutos, con las pupilas trabadas, hasta que Jay le dio un último beso en los labios, desenlazó las piernas de su cintura y se separó de ella con evidente reluctancia, aunque dejó las palmas de las manos sobre sus hombros.

—Verás, Luna... —inspiró con fuerza antes de proseguir—, tengo que decirte algo muy importante.

Su expresión impenetrable y severa le recordó a Luna al teniente Farrell de los primeros tiempos. Asustada, tragó saliva, y la extraña desazón que no la había abandonado en toda la mañana aumentó de un modo alarmante.

Sin apartar los ojos del rostro de su marido, preguntó con voz ronca:

—¿Qué ocurre, Jay? —De pronto, tuvo una especie de revelación—. Tiene que ver con mi hermana, ¿no es así? Es algo relacionado con Sol.

Él se llevó la mano al parche del ojo izquierdo, un gesto automático que indicaba que no estaba tan sereno como aparentaba, antes de confirmar sus sospechas.

—En efecto, Luna, tiene que ver con Sol. —Notó que las mejillas femeninas perdían todo el color y se apresuró a continuar—: Verás, desde que encontramos la esclava de plata de tu hermana en la cueva no he dejado de investigar cualquier indicio relacionado con su desaparición. Nunca te lo he comentado antes, no quería que empezaras a abrigar falsas esperanzas que te hicieran sufrir aún más, pero los cortes en la cometa en la que había estado envuelto el cuerpo habían sido hechos con un cuchillo...

—¿Está viva, Jay?!

Estaba tan pálida que su marido la sujetó más fuerte.

—Sí, Luna, está viva.

—¿Dónde...? —Se interrumpió un segundo antes de continuar llena de excitación—: ¡Está aquí! ¿No es así?

—Sí. Sol te está esperando en ca...

Pero sin aguardar a que terminara la frase, Luna empezó a correr a toda velocidad en dirección a la casita en la que habían vivido cuando eran niñas. Ni siquiera se entretuvo en mirar a un lado y a otro antes de cruzar la carretera que la separaba de la playa; por fortuna, a aquellas alturas del invierno los únicos habitantes de El Palmar eran en su mayoría turistas ingleses y alemanes de cierta edad que buscaban la tranquilidad, y apenas había tráfico.

Indiferente a todo lo demás, corrió lo más rápido que le permitieron sus piernas.

Y entonces la vio.

Sol esperaba apoyada en el muro encalado que rodeaba la casa que había sido de sus padres, sin dejar de escrutar impaciente la franja de tierra que quedaba al otro lado de la carretera.

En cuanto se había repuesto del shock causado por la noticia de que su hermana seguía viva, apenas había tardado unos minutos en volver a la granja a recoger sus escasas pertenencias, despedirse de Kors —en cuya expresión de absoluta conmoción no deseaba pensar siquiera— y de Balu, que se había aferrado a su cintura como si no estuviera dispuesto a dejarla marchar nunca, y, con un nudo en el estómago, había partido junto a aquel desconocido que acababa de contarle esa historia tan increíble rumbo a Madrid.

Después de un suave aterrizaje en el aeropuerto de Jerez hacía poco más de una hora, habían subido al pequeño utilitario en el que el teniente Farrell la había conducido hasta allí sin perder ni un instante. Primero en el avión y luego durante el trayecto hasta El Palmar, Sol lo había bombardeado a preguntas que su interlocutor contestaba con santa paciencia. Sin embargo, pese a sus explicaciones, todavía le costaba creer que su hermana no había muerto y que ahora estaba casada con ese militar de apariencia formidable al que había conocido unos meses antes, tan distinto del tipo encantador del despacho de abogados donde trabajaba Luna, con el que, según le había contado, había salido en más de una ocasión.

Tras comprobar que en la casa no había nadie, él le había ordenado que esperara allí, pero Sol estaba tan impaciente por ver a su hermana que había sido incapaz de obedecerlo. El teniente Farrell había insistido en hablar con Luna primero para que no se llevara un susto de muerte y ella había estado de acuerdo, no obstante, en cuanto lo vio desaparecer en dirección a la playa, decidió que sería mejor esperar a su hermana junto a la cancela.

Y entonces la vio.

—¡Luna! ¡Luna!

—¡Sol! ¡Sol!

Sin dejar de chillar, recorrieron a la carrera los últimos metros que las separaban antes de fundirse en un abrazo tan estrecho que daba la impresión de que resultaría difícil separarlas. Ambas reían y lloraban a un tiempo, incapaces de hacer otra cosa más que repetir sus nombres una y otra vez.

Jay, que había salido corriendo detrás de su mujer, fue testigo privilegiado de aquel emotivo reencuentro y, algo avergonzado, se secó con disimulo una inoportuna lágrima que amenazaba con rodar por su mejilla.

Capítulo 14

Hospital de la Vrije Universiteit, Ámsterdam

La espera en la incómoda silla de la habitación del hospital apenas había empezado, pero amenazaba con volverse interminable. Kors apoyó los codos sobre los muslos y hundió el rostro entre las manos. Un celador acababa de llevarse la cama de Balu, con él encima, en dirección al quirófano, y no se le iba de la cabeza la mirada atemorizada que le había lanzado el pequeño.

Balu no había dejado de preguntar por Sol hasta el último minuto. Había confiado ciegamente en la promesa de la *nagini* de que estaría allí a tiempo para acompañarlo en aquellos momentos y, cuando fue evidente que ella al final no acudiría, a Kors no se le habían escapado sus valientes esfuerzos para no llorar.

Sol. Tan sólo repetir su nombre en su mente le hacía daño. Casi no había pegado ojo desde que ella se había marchado y, debido a su falta total de apetito, tenía que obligarse a sí mismo a comer todos los días.

Había confiado en que al menos llamaría para hacerles saber cómo había encontrado a su hermana o para darle ánimos a Balu, que debía hacer frente a aquella difícil situación. En realidad, fantaseaba con la idea de que telefonaría para decirle que lo echaba de menos; si no con la intensidad con la que él la añoraba día y noche, al menos con un rastro de nostalgia por los momentos que habían pasado juntos, pero en tres semanas no habían tenido noticias suyas.

Ni una llamada, un email, una nota..., nada.

Si tan sólo hubiera sido su orgullo lo que estaba en juego, hacía semanas que se habría puesto en contacto con el teniente Farrell para conseguir algún tipo de información, pero aquel silencio hermético era muy revelador. Saltaba a la vista que Sol no quería saber más de ellos, así que no tenía sentido que la acosara. Lo horrorizaba que pudiera sentirse obligada hacia él de algún modo sólo porque consideraba que le debía la vida. Si Sol Lawrence estaba decidida a desaparecer de su existencia del mismo modo abrupto en que había entrado en ella, era mejor así. Cortar por lo sano a la larga resultaría menos doloroso.

O, al menos, eso esperaba.

Oyó que se abría la puerta, pero pensó que sería una enfermera y ni siquiera alzó la cabeza; en esos momentos no deseaba hablar con nadie. Notó que la persona que había entrado se acercaba hacia él con pasos silenciosos y, al sentir el peso leve de unas manos sobre los hombros, se quedó completamente rígido.

—Siento no haber podido llegar antes, capitán Van Dijken. —La voz de Sol y el tacto de unos dedos hábiles que aliviaban la tensión de los músculos de su cuello lo hicieron seguir muy quieto, temeroso de que el más mínimo movimiento los hiciera desaparecer—. Pero tenía tantas cosas de las que hablar con mi hermana y con su nuevo marido, quien, pese a su aspecto de mercenario temible, es un auténtico

encanto, que se me ha pasado el tiempo sin sentir. Además, ha coincidido con el comienzo del juicio contra Georg y, por supuesto, he tenido que acudir a la policía para hacerles saber que seguía vivita y coleando. No puedes imaginarte el papeleo que hay que hacer para demostrar que nadie te ha asesinado.

—¿Se va a ir de rositas? —Fue lo único que pudo decir el holandés.

Los movimientos rítmicos de esas manos competentes estaban empezando a relajar sus músculos agarrotados, pero Kors tenía la sensación de que estaba soñando; de que en unos minutos despertaría y se daría cuenta de que seguía solo en aquella habitación tan inhóspita.

—Ha pasado varios meses en la cárcel, lo que, para un hombre como Georg, acostumbrado a los espacios abiertos, es una auténtica tortura. Además, Luna me ha contado que él no era responsable de sus actos; al parecer, una conocida que no me tiene en mucha estima lo había drogado. La verdad es que espero que después de mi milagrosa reaparición lo suelten pronto.

—Hum... —Kors cerró los ojos, perdido en la maravillosa sensación de su tacto—. No sé si me gusta la idea. ¿Por qué no has llamado?

Sol carraspeó un par de veces y, aunque el holandés no podía ver su rostro, adivinó que se sentía ligeramente incómoda.

—Ya sabes que odio los móviles y todo eso.

—Mira, Sol Lawrence, que ya nos conocemos...

—Está bien. Confesaré. —Se mordió el labio con nerviosismo—. Lo cierto es que necesitaba pensar. En ti..., en mí..., en Balu.

Al oírla, él se puso en pie y se volvió hacia ella. Su sola visión hizo que le temblaran las piernas; estaba aún más guapa de lo que la recordaba. Llevaba un vestido demasiado veraniego para el clima holandés que dejaba al aire las piernas bronceadas y una ligera chaqueta de punto, y los brillantes cabellos, un poco más largos, enmarcaban el precioso rostro de un modo muy favorecedor.

—Y ¿qué has pensado? —preguntó con voz ronca.

Pero ella ni siquiera contestó, sino que se limitó a mirarlo fijamente, con el mismo aspecto de alguien que acabara de ver a un fantasma.

—¿Qué ocurre? —Preocupado, colocó las manos sobre sus hombros sin dejar de examinarla con fijeza.

Por fin, Sol meneó la cabeza como si acabara de salir de un trance.

—Acabo de darme cuenta de una cosa —dijo con cara de horror.

—¿Qué? —La sacudió ligeramente; estaba empezando a asustarse de verdad.

—¡Vaya por Dios! ¡No me lo puedo creer!

Cada vez más preocupado, le propinó otro ligero zarandeo.

—¿Qué es lo que ocurre?!

—Te quiero.

Kors la miró boquiabierto.

—¿Qué?!

—¡Que te quiero! —A juzgar por su expresión, cualquiera habría pensado que acababa de confesar que tenía un terrible dolor de muelas.

—¿Cómo que me quieres?!

Sol pateó el suelo con impaciencia.

—¿Tengo que deletrearlo o qué? —Su irritación era evidente—. ¡Te estoy diciendo que me acabo de dar cuenta de que estoy enamorada de ti!

Kors se pasó una mano que temblaba visiblemente por los cortos cabellos.

—Y ¿por qué estás tan enfadada?

—¿No lo comprendes? —Parecía a punto de hacer un puchero—. ¡Es lo peor que podría haber pasado! Ya te dije cuando me di cuenta de que te deseaba que se iba a estropear todo, pero esto es mucho peor. ¡Es una catástrofe!

A pesar de que su corazón latía tan rápido que daba la sensación de que estaba a punto de agujerearle el pecho y salir pitando, el holandés no pudo evitar sonreír ante aquella declaración tan dramática.

—¿Por qué?

—Porque todas mis relaciones sentimentales han sido un completo fiasco. Aparte de mi hermana, tú eres la persona en la que más confío, eres mi amigo, mi amante... —Sacudió de nuevo la cabeza con gesto de derrota—. Había pensado que cuando volviera a verte todo seguiría igual, pero, de pronto, me ha bastado mirarte a la cara para comprender que me estaba engañando a mí misma, y sé muy bien que estos sentimientos arruinarán nuestra relación.

—No entiendo esa asociación tuya de «amor equivale a desastre». —Kors alzó las cejas burlón—. De verdad, Sol Lawrence, que a veces pienso que ese golpe que te diste en la cabeza...

—¡No estoy para bromas! —lo interrumpió de malos modos—. El que me haya enamorado de ti es un completo desastre porque estoy convencida de que mi infancia me ha incapacitado para albergar sentimientos profundos y no quiero perderte. ¡Por Dios, si eres el hombre más bueno que conozco! —Sus labios temblaron al pronunciar aquellas palabras, como si eso fuera una desgracia más.

De nuevo, Kors inspiró hondo tratando de serenarse.

—Vayamos por partes, a ver si lo entiendo, ¿cuántas veces te has enamorado?

—Tantas que ya ni me acuerdo. He estado con un montón de hombres.

Al oír esa afirmación, su interlocutor apretó los dientes con fuerza y a duras penas consiguió controlar un súbito ataque de celos asesinos.

—Soy una discapacitada emocional, te lo digo yo —añadió desolada; se notaba a la legua que hablaba completamente en serio.

—Vamos, no será para tanto. Yo también he estado con un montón de mujeres —bueno, tal vez estaba exagerando un poco—, pero no es eso lo que te estoy preguntando. Repito: ¿de cuántos hombres te has enamorado de verdad?

Sol abrió la boca dispuesta a responder con sinceridad a su pregunta, pero volvió a cerrarla sin emitir sonido alguno; se quedó muy quieta y sus pupilas se dilataron como si acabara de hacer un descubrimiento increíble.

—Sólo de ti —reconoció al fin en voz muy baja.

Una de las cosas que a Kors más le gustaban de Sol Lawrence era su completa incapacidad para andarse con disimulos de ningún tipo. Sin embargo, ahora no estaba para pensar en eso; llevaba varios minutos conteniendo unas terribles ganas de besarla y ya no podía aguantar ni un segundo más.

—Pues me voy a encargar de que este estado de cosas no cambie. Jamás —afirmó rotundo antes de envolverla en sus brazos y empezar a besarla con hambre atrasada.

Después de nunca se supo cuánto tiempo, el holandés alzó la cabeza y Sol emitió un sonido de protesta.

—Perdón, venía a dejar este calmante...

A pesar de que ahora no llevaba el pelo largo y lucía un afeitado perfecto, la mirada que Kors le dirigió a la inoportuna enfermera que acababa de interrumpirlos no tenía nada que envidiar a la que le habría dirigido un bárbaro enfurecido y, muy asustada, la pobre mujer tartamudeó una nueva disculpa antes de salir a toda prisa de la habitación, llevándose consigo su cargamento de pastillas.

Sol, que seguía pegada a su cuerpo con las manos entrelazadas detrás de la nuca masculina, fue incapaz de reprimir una carcajada, y al oírla el holandés volvió su atención hacia ella sin dejar de fruncir aquel ceño aterrador.

—¡No te rías, no tiene gracia! —ordenó con fingida indignación—. Ahora no recuerdo por dónde íbamos.

Ella agitó las pestañas con coquetería y contestó en tono melindroso:

—Pienso..., no estoy muy segura, la verdad, pero creo... creo que íbamos por aquí, capitán Van Dijken.

Y, sin más, se puso de puntillas, aplastó su boca contra la suya y siguió besándolo con ardor.

Unos minutos antes...

Balu se aferró con fuerza a las sábanas de la cama que el celador empujaba a toda velocidad por los desangelados pasillos del hospital. Estaba muerto de miedo, pero había tratado con todas sus fuerzas de disimularlo delante del *sahib* Kors. No quería que su nuevo padre se diera cuenta de lo cobarde que era en realidad y se avergonzara de él.

Además, era consciente de que el *sahib* estaba muy triste desde la marcha de la *nagini* Sol. De noche lo oía dar vueltas por la casa casi hasta el amanecer, y sus ojos ya no chispeaban alegres como solían. Había rogado con todas sus fuerzas a Ganesh, el dios elefante, que ella regresara, pero la ofrenda de flores y frutas que le había hecho en el jardín no debía de haber sido de su agrado; aunque de todas formas no estaba seguro de que las *naginis* obedecieran órdenes, ni siquiera de los dioses.

Porque, a pesar de que el *sahib* Kors se burlaba de sus supersticiones, él, Balabhadra *el Afortunado*, sabía de sobra que Sol Lawrence era una *nagini* auténtica. ¿Acaso no los había hechizado a todos con su encanto? Hasta el pobre *Silver* paseaba por la casa como un alma en pena, y cuando llegaba del colegio siempre lo encontraba en el cuarto de ella, tumbado sobre la cama vacía con los ojos llenos de pesar.

—¡Un momento! ¡Espere, por favor!

Aquella voz conocida lo hizo incorporarse en la cama y, boquiabierto, vio a la misma *nagini* en la que estaba pensando en esos momentos correr por el pasillo a toda velocidad en dirección a ellos.

—¡Por favor, tengo que despedirme de mi hijo y asegurarle que todo va a ir bien!

Los ojos del celador pasaron de los suplicantes ojos verdes al rostro oscuro del niño y alzó las cejas desconcertado.

—No puedo esperar, señorita, nos aguardan en quirófano.

—Sólo será un momento, por favor —suplicó Sol jadeante—. Mi jefe, un ser amargado y sin sentimientos, ha insistido en que debía cumplir hasta el último minuto de mi turno y no he podido salir antes.

La deslumbrante sonrisa que le dirigió habría derretido la Antártida, y el pobre incauto no tuvo la menor oportunidad; un flechazo instantáneo lo hizo olvidarse en el acto de que su propio jefe era también un tocapelotas de primera que no toleraba los retrasos.

Superado aquel pequeño obstáculo, Sol se volvió hacia Balu, que aún la contemplaba con la boca abierta, y tomó su mano entre las suyas.

—Bueno, Balabhadra *el Afortunado*, aquí estoy, como te prometí. Justo a tiempo.

El niño le apretó los dedos emocionado.

—Creí que te habías olvidado de nosotros, *nagini*. Pensé que no volvería a verte nunca más.

Sol frunció el ceño y lo miró con fingido reproche.

—He tardado un poco más de la cuenta porque no había vuelos directos, pero ya deberías saber que una *nagini* siempre cumple su palabra.

Balu asintió muy convencido, con una enorme sonrisa de felicidad en la boca deforme. Ahora que la *nagini* estaba ahí no tenía la menor duda de que todo iba a salir bien.

Sol bajó la voz para que no la oyera el celador, que acababa de echar una segunda ojeada a su reloj, impaciente.

—Te he traído algo. —Con disimulo, colocó una cosa dura en la palma del pequeño y cerró su puño en torno a aquel objeto con suavidad—. Te dará suerte.

—Gracias, *nagini*.

—Señorita, tenemos que irnos ya.

De mala gana, Sol soltó la mano infantil y se apartó al instante de la cama; aunque se quedó donde estaba, sin dejar de agitar la mano en un gesto silencioso de despedida, hasta que el pequeño desapareció detrás de las puertas batientes del quirófano. Sin embargo, antes de que éstas se cerraran del todo, lo oyó gritar:

—¡*Nagini*, cuida del *sahib* Kors!

Luego ya no pudo hablar más porque un hombre vestido de verde, con una mascarilla y un gorro que tan sólo dejaban sus ojos al descubierto, le colocó una máscara de plástico en el rostro y le ordenó que empezara a contar despacio del uno al diez. Pero Balu no lo obedeció porque tenía otras cosas mucho más importantes en las que pensar.

Ahora que por fin la *nagini* estaba de vuelta, todo volvería a marchar bien de nuevo, se dijo. El *sahib* Kors estaría contento y seguiría tratando de hacerles creer que era un malvado capitán; él tendría por fin un padre y una madre; *Silver*, un ama cariñosa que lo sacaría a pasear cuando él tuviera muchos deberes... Desde luego, su madre era una mujer sabia; había acertado de pleno cuando le puso ese nombre.

Justo entonces, la anestesia hizo su efecto y Balabhadra *el Afortunado* se quedó profundamente dormido. Su puño se aflojó despacio, y la figurilla de plata de una sirena de elegante cola escamada rodó sobre la mesa de quirófano.

Epílogo

El Palmar, Cádiz

Kors le dio un codazo y señaló con la barbilla.

—Mira, ya están otra vez.

Jay alzó la mirada del ruinoso castillo de arena que llevaban casi una hora tratando de construir — cada vez que Kors o él conseguían volcar el cubo y hacer un torreón medianamente decente, una de las dos regordetas pequeñas de pelo rubio se lanzaba en el acto a aplastarlo con su pala de plástico entre gorjeos y grititos de alegría— y descubrió a las mellizas Lawrence, que caminaban hacia ellos con decisión.

Las dos lucían unos bikinis rojos exactamente iguales y llevaban las melenas castañas con vetas doradas recogidas en una larga trenza. Los cuerpos de ambas, bronceados y atléticos, tenían las mismas medidas y las dos lucían una sonrisa maliciosa en los labios mientras dos pares de ojos verdes chisporroteaban con picardía. En ese momento no parecían mellizas, sino gemelas idénticas. Cuando estuvieron a menos de veinte metros de distancia de la orilla, se detuvieron y les hicieron señas con el dedo para que se acercaran.

Con el dorso de la mano, que, al igual que la de su cuñado, estaba llena de arena, Kors se apartó un mechón de pelo rubio que volvía a llevar bastante largo y sonrió con ferocidad.

—¡Pobres! Año tras año, la misma canción, no se cansan.

—No, no se cansan. —Jay esbozó también su característica media sonrisa, algo torcida, sin apartar la mirada de aquellas dos mujeres espectaculares.

—¡Balu!

El espigado adolescente de piel oscura, cuya boca tan sólo lucía ya una pequeña cicatriz de color blanco —que, en opinión de sus compañeras de clase, y para desesperación de Gretje, que lo acusaba de tenérselo muy creído, acentuaba su atractivo—, dejó al instante de jugar al fútbol y se acercó corriendo hasta donde estaban seguido de cerca por su pequeño compañero de juegos, un niño moreno de ojos azules, quien, a pesar de su corta edad, ya daba muestras de que, cuando creciera, iba a ser tan alto como su padre.

Como le ocurría siempre que las veía una al lado de la otra, Balu se sorprendió de lo parecidas que eran la hija de la *nagini* y la de su hermana Luna; cualquiera habría pensado que eran hermanas en vez de primas.

Las pequeñas habían llegado al mundo con apenas tres días de diferencia, y Luna, que llevaba soñando con ellas desde hacía exactamente nueve meses, decretó que se llamarían Alba y Clara.

A pesar de que tan sólo se habían visto en vacaciones y durante alguna visita relámpago de Jay y Luna a Holanda o de Sol y Kors a España, en cuanto se reunían, las pequeñas no consentían en separarse. Dormían en la misma cuna estrechamente abrazadas, comían al mismo tiempo y se bañaban juntas en la

bañera salpicándolo todo. Las dos primeras palabras que habían aprendido eran *aba* y *ara*, y cuando sus madres —quienes, pese a la distancia, hablaban casi todos los días por teléfono— las colocaban frente a la pantalla del ordenador, mantenían interminables conversaciones en su particular lenguaje ininteligible.

—¿Qué quieres, *sahib* Kors? —Para el chico, a pesar de los años que llevaba viviendo con ellos, seguían siendo el *sahib* Kors y la *nagini* Sol.

—Necesito que vigiles de cerca a los dos monstruos de la pala.

El muchacho dirigió la vista hacia las dos mujeres, que seguían ahí paradas con las manos en las caderas sin dejar de reír, y esbozó a su vez una enorme sonrisa; él también sabía de qué iba aquello.

Sin embargo, Jay júnior, que idolatraba a Balu, no estaba dispuesto a dejarlo solo ante el peligro.

—Yo lo ayudo, tío Kors. Clara y Alba se portan muy mal.

El niño fijó una mirada cargada de desaprobación en las risueñas pequeñas, que seguían destrozando los restos del castillo con entusiasmo. Había separado un poco las piernas y tenía las manos detrás de la espalda, en la misma postura de descanso que solía adoptar su padre y, al verlo, Kors no pudo evitar guiñarle un ojo a su cuñado.

—Desde luego, no hay duda de que es hijo tuyo.

—Ni tampoco de que estas dos *elementas* son hijas de sus madres —replicó Jay divertido. En ese momento, Clara acababa de darle a Alba una cucharada de arena con su pala que la otra había aceptado con entusiasmo, aunque en el acto empezó a escupirla con cara de asco, espurreando babas en todas las direcciones. Jay volvió la vista de nuevo hacia las dos mujeres, que seguían haciéndoles señas impacientes y se puso en pie—. ¿Vamos?

Kors lo imitó, sacudiéndose la arena del traje de baño.

—Vamos. Balu, da la salida.

—Preparados, listos... ¡Ya!

Los dos hombres empezaron a correr en línea recta por la arena, cada uno apuntando hacia una de las hermanas Lawrence, pero, con una sincronización perfecta, justo antes de alcanzarlas, se cruzaron y cambiaron de objetivo.

Al llegar a su altura se agacharon, las sujetaron por las piernas y se las echaron al hombro sin dejar de correr cada uno en una dirección distinta, igual que un par de jugadores de fútbol americano decididos a hacer un *touchdown*, hasta que unos pocos metros más allá se detuvieron, volvieron a depositarlas en el suelo y empezaron a besarlas sin la menor delicadeza.

La mujer cuya boca Jay devoraba con ansia consiguió apartar el rostro a duras penas y decir jadeante:

—¡Te has confundido, teniente... Farrell! Soy tu cuñada Sol.

Sin hacerle el menor caso, Jay la sujetó por la mandíbula de forma que no pudiera rehuir sus caricias y volvió a besarla apasionadamente, hasta que notó que ella dejaba de luchar y empezaba a responder a sus besos con la misma pasión. Aquel cambio de actitud tan radical lo hizo esbozar una sonrisa de satisfacción contra sus labios y siguió besándola con vehemencia, ajeno por completo a las miradas de diversión que les lanzaban el resto de los bañistas.

Unos metros más allá, otra de las hermanas golpeaba con las palmas de las manos el pecho desnudo del hombre con aspecto de bárbaro que la besaba con fiereza en un vano intento de detenerlo. Cuando, mucho más tarde, él alzó la cabeza y el aire comenzó a llegar de nuevo con regularidad a sus pulmones, pudo pronunciar al fin unas palabras:

—¡Detente, Kors, soy Luna!

El holandés examinó el rostro sonrojado y los ojos verdes que brillaban llenos de deseo y esbozó una sonrisa burlona.

—A ver si te enteras de una vez, Sol Lawrence, de que jamás conseguirás engañarme con ese truquito.

Sol frunció el ceño con gesto de fastidio, pero no apartó los brazos del cuello moreno de su supuesto cuñado.

—No comprendo cómo lo hacéis, somos prácticamente iguales. Hasta hemos ensayado los gestos y no hemos hablado en ningún momento...

Kors colocó la yema del dedo índice sobre los labios ligeramente enrojecidos, silenciándola en el acto.

—¿Has oído hablar de Van der Waals? —Su mujer negó con la cabeza—. Van der Waals fue un físico holandés que recibió el Premio Nobel en 1910. Entre otras cosas, descubrió la importancia de las fuerzas intermoleculares.

Sol imitó el ruido de unos ronquidos y cerró los ojos.

—Creo que voy a quedarme dormida...

—Aún no. —El tono ronco de la voz masculina hizo que volviera a abrir los párpados en el acto. Sin apartar las pupilas de las suyas, Kors rodeó su rostro con las palmas de las manos y continuó en ese mismo tono que le ponía la carne de gallina—: La energía del enlace de Van der Waals es pequeña, sin embargo, desempeña un papel fundamental en muchos procesos biológicos. Y no sé si tiene mucho que ver, pero siempre que pienso en nosotros pienso en una fuerza, mucho más poderosa que las fuerzas de Van der Waals, que atrae nuestras moléculas, de manera que, vayas a donde vayas y te escondas donde te escondas, siempre existirá esa fuerza irresistible que me guiará hacia ti, del mismo modo preciso con que la Estrella Polar y la Cruz del Sur han guiado a los marinos hasta sus hogares desde el principio de los tiempos.

Mimosa, Sol acarició las rubias cejas de su marido con los pulgares mientras le sonreía con una mezcla de ternura y malicia.

—Así que, según tú, y me salto la parte de tu paisano porque no he entendido una palabra, lo nuestro estaba escrito en las estrellas.

—Desde el principio de los tiempos... —repitió Kors antes de inclinarse sobre sus labios una vez más.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias al Capitán Carvajal, quien durante una divertida travesía a bordo de un catamarán me puso al día sobre el maravilloso mundo de los barcos y la navegación; un tema en el que mi ignorancia era (y sigue siendo) total, por lo que si al final me he equivocado en algo reclamo completa responsabilidad.

¡Gracias!

¡Gracias por leer *Escrito en las estrellas*,
espero que hayas disfrutado!

¿Quieres saber cuándo saldrá mi próximo libro?
Puedes suscribirte a mi Newsletter
en <www.isabelkeats.com> (solo te enviaré información
sobre futuros lanzamientos),
seguirme en Twitter [@IsabelKeats](https://twitter.com/IsabelKeats) o darle a «Me gusta»
en mi página de Facebook.

Las opiniones son muy útiles para ayudar
a otros lectores a encontrar mis libros.
Agradezco todo tipo de opiniones tanto positivas
como negativas.

Otras de mis novelas publicadas por Esencia:

Cuéntaselo a otra
Un bonsái en la Toscana
Mi tramposa favorita
Escrito en mis sueños

¡Espero que las disfrutes también!



Isabel Keats —ganadora del Premio HQÑ digital con *Empezar de nuevo*, finalista del I Premio de Relato Corto Harlequin con su novela *El protector* y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR con *Abraza mi oscuridad*— es el seudónimo tras el que se oculta una madrileña licenciada en Publicidad, casada y madre de tres niñas. Isabel es una lectora empedernida que devora todo lo que cae en sus manos. Hace pocos años empezó a escribir sus propias historias, y a día de hoy ha publicado casi una docena de obras entre novelas y relatos, algunas de las cuales han sido traducidas al inglés, alemán y portugués.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<http://www.isabelkeats.com/>.

Escrito en las estrellas

Isabel Keats

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Dudarev Mikhail y Jakkapan - Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Isabel Keats, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-17515-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

